

¡Proletarios de todos los países, uníos!

La Forja



Órgano Central del Partido Comunista Revolucionario

Año IX - II Época - N° 25 / Abril 2002

2 euros

SUMARIO

Editorial	2
Educación para la Revolución	15
La Línea Militar de la Revolución Proletaria en Colombia (2ª parte)	20



URGE RECONSTITUIR EL PARTIDO COMUNISTA, PERO ...

¿Cuál es la clave?

¡Trabajador: estudia y difunde La Forja!

La Reconstitución del Comunismo

Hemos ingresado al año 2002 embriagados por la *euroforia* que ha propagado la burguesía del Viejo Continente. Claro que el cambio de moneda produjo una evidente e inmediata resaca que fue el alza de precios de los bienes y servicios de consumo popular¹.

Un poco más allá de lo que alcanza la simple vista, hace ya tiempo que los destacamentos más avanzados de las clases oprimidas vienen denunciando lo que realmente significa el euro para cada sector de la sociedad: para la burguesía europea, es el paso siguiente en el desarrollo de un mercado más amplio y más libre que le permita una mayor acumulación de capital y más potencia con relación a otros países imperialistas; para el proletariado y las masas populares, son los sacrificios en que se traduce este supremo objetivo. En efecto, la libertad que exige la competitividad internacional no es otra que la de explotar más, la de despedir antes, la de flexibilizar y precarizar mejor el trabajo, etc. **El equilibrio presupuestario o "déficit cero"** (al que obliga la estabilidad monetaria erigida en prioridad absoluta) se ha conseguido y se mantiene a costa de los gastos sociales, es decir, trasvasando una enorme porción de la renta nacional hacia las grandes corporaciones europeas. ¡Todo el poder a las multinacionales!, es la consigna inconfesable de la orgiástica globalización neoliberal. Una vez el comunismo dado por muerto, al capital se le cae a pedazos esa hoja de parra que es el Estado benefactor y se presenta desnudo, como el único dios al que se debe adorar y servir: contra toda evidencia, se nos predica que el empleo, el salario, la seguridad laboral, ... se obtienen únicamente como consecuencia del crecimiento de los beneficios y de la acumulación capitalista. Un claro ejemplo de ello es el organismo que va a controlar la moneda única, esto es, el Banco Central Europeo, que carecerá de control democrático, incluso en el sentido meramente formal (burgués) de la palabra, y será directamente dependiente de las oligarquías financieras.

Pero, a la vez, el capitalismo es incapaz de limitarse a esa explotación socialmente organizada del proletariado: presupone una guerra de todos contra todos, donde se entremezclan las luchas entre las clases con las que se producen en el mismo seno de la burguesía. Y no nos referimos solamente a la explotación de las naciones oprimidas, sino ante todo a las contradicciones entre las burguesías del Viejo Continente. La realidad económica y social de los países europeos es muy diferente (producto interior bruto, desempleo, salarios, etc.), pero la disciplina monetaria del euro no pretende su homogeneización sino más bien conduce al crecimiento de las desigualdades y a la mayor dominación de los más poderosos, ya sea Alemania sola o con Francia y, en el futuro, tal vez con Gran Bretaña. Para los países cuyo déficit público supere el 3% del PIB, el Plan de Estabilidad prevé multas del 0,2% del mismo, más un 0,1% por cada punto que exceda de dicho límite; esto supone castigar todo intento de promover desde los

Estados más débiles de la Unión Europea un acercamiento económico a los más fuertes o una simple mejora de las condiciones materiales de vida de sus masas trabajadoras. Aun así, un hecho reciente ha venido a revelar que la ambición imperialista no se conforma siquiera con tratar por igual a los desiguales sino que se salta la norma cuando el que la incumple es un poderoso: Alemania registró un déficit presupuestario superior al 3% de su PIB durante el año 2001, pero ha sido perdonada por las instituciones comunitarias. ¿Habrían mostrado la misma misericordia con Portugal, Grecia o España? Seguramente que no. Sin embargo, estos países se mantienen dentro de la Comunidad Europea porque sus burguesías obtienen de ello más beneficios que perjuicios. Más adelante, ilustremos este hecho con el ejemplo de España y sus succulentos negocios en Argentina, pero antes recordemos la verdadera naturaleza de ese proyecto llamado Europa, la cual desentrañamos ya en el número 1 de *La Forja*.

Europa: por el euro, hacia la hegemonía mundial

Observaba Lenin, en su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, que la "transformación de la competencia en monopolio constituye uno de los fenómenos más importantes (por no decir el más importante) de la economía del capitalismo de los últimos tiempos". Es precisamente en aquel momento de transformación del capitalismo ascendente, de libre competencia, en capitalismo monopolista, en imperialismo, que surge la idea de una Europa políticamente unida. Del mismo modo que el monopolio surge allí donde la competencia amenaza con la ruina a los concurrentes, la idea de "Europa" apareció en plena Primera Guerra Mundial, como modo de evitar que las contradicciones entre las potencias imperialistas del continente las condujeran a la mutua aniquilación.

En la medida en que este proyecto integrador se hace posible por una creciente socialización de las fuerzas productivas y se convierte, a su vez, en base para su ulterior desarrollo, y siempre que "olvidemos" contra quién van dirigidas las contradicciones que aglutina, es fácil construir un discurso europeísta "de izquierda". Eso es lo que hacen casi todos los revisionistas en la actualidad, siguiendo los pasos de Kautsky y, en menor medida, de Trotsky, contra los que Lenin tuvo que dirigir su artículo *Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa*:

"Desde el punto de vista de las condiciones económicas del imperialismo, es decir, de la exportación de capitales y del reparto del mundo por las potencias coloniales 'avanzadas' y 'civilizadas', los Estados Unidos de Europa son imposibles o son reaccionarios en el capitalismo".

"En el capitalismo, los Estados Unidos de Europa equivalen a un acuerdo sobre el reparto de las colonias. Pero en el capitalismo no puede haber otra base ni otro principio de reparto que la fuerza".

"Desde luego, son posibles acuerdos temporales entre los capitalistas y entre las potencias. En este sentido son

¹ La inflación interanual en el conjunto de la "zona euro" pasó del 2,1% en diciembre al 2,5% en enero. ¡Casi un 20% de subida en el primer mes de vigencia de la nueva moneda! (*El Mundo*, 2 de febrero)

también posibles los Estados Unidos de Europa, como un acuerdo de los **capitalistas europeos** ... ¿sobre qué? Sólo sobre el modo de aplastar juntos el socialismo en Europa, de defender juntos las colonias robadas **contra** Japón y Norteamérica”.

“Los Estados Unidos del mundo (y no de Europa) constituyen la forma estatal de unificación y libertad de las naciones, forma que nosotros relacionamos con el socialismo, mientras la victoria completa del comunismo no traiga la desaparición definitiva de todo el Estado, incluido el Estado democrático”.

En el Editorial del número 1 de *La Forja*, apoyándonos en esta genial clarividencia de Lenin, concluíamos:

“Lo que políticamente se denomina ‘Europa’ no es más que la asociación de los capitalistas del Viejo Continente para dar, por un lado, una solución política a esa tendencia a la centralización y a la internacionalización inherentes al capital, no es más que la **alianza imperialista de los Estados monopolistas europeos**, entre los que se encuentra España, y, por otro, no es más que la **acumulación de fuerzas de cara al reparto del mundo frente a los otros centros del imperialismo mundial** (EE.UU., Japón y Rusia, principalmente). En resumen, no es más que la puesta en marcha, una vez más, de la dinámica de pugnas y enfrentamientos entre potencias que anegó al mundo en sangre en dos guerras imperialistas y que nos aboca a una tercera (...)

La integración política verdadera ‘de los trabajadores y de los pueblos’ sólo puede partir de esta base: de la unión de los Estados dirigidos por el proletariado que vayan surgiendo en todo el mundo en la medida en que se vaya rompiendo la cadena imperialista mundial. Pero este plan no se limita a Europa, ni siquiera tiene por qué partir, por principio, de Europa: depende de por dónde la vanguardia de la Revolución Proletaria Mundial vaya rompiendo la cadena imperialista. (...)

El proletariado español no tiene otro proyecto internacional que el de cumplir las tareas de la Revolución Proletaria Mundial y no tiene otro objetivo de alianza política internacional fuera de aquellos pueblos que vayan cumpliendo esas

mismas tareas”.

Así respondíamos a todas esas majaderías de Izquierda Unida y demás revisionistas que tratan de conciliar a los trabajadores con el imperialismo por medio de consignas del tipo: “Sí a Europa y al euro, pero no así. Porque es el símbolo monetario de la Unión Europea frente al dólar. Etc.” (confundiendo los choques inter-imperialistas con algo así como los Juegos Olímpicos o los concursos televisivos).

En resumidas cuentas, las premisas históricas del euro son el aplastamiento y la degeneración del movimiento obrero en Europa Occidental, la presión contrarrevolucionaria sobre la Unión Soviética y las democracias populares de Europa Oriental, y el mantenimiento-reforzamiento del yugo (neo)colonial sobre los pueblos oprimidos en permanente contienda abierta o soterrada con las demás potencias imperialistas. En los últimos años, el impulso para el euro ha venido de las políticas neoliberales de austeridad contra las capas más explotadas de la población de las metrópolis y del nuevo reparto de las esferas de influencia en la periferia propiciado por el derrumbe del bloque “soviético”. Y el destino del euro no es otro que el desarrollo de estas tendencias, agudizando las contradicciones del imperialismo, desencadenando guerras diversas y encontrando así su definitiva solución en la Guerra Popular que abra paso a la Revolución Socialista constructora de un nuevo mundo comunista. Parafraseando la conocida referencia de Marx a la acumulación originaria del capital, podemos sostener que **el euro vino al mundo y morirá, chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies hasta la cabeza**.

Lo que esconde el 11 de Septiembre

Volvamos ahora a la actualidad y a las perspectivas más inmediatas del proceso de construcción europea y, más allá, de las relaciones internacionales, desde la óptica del juego de colusión y pugna que se traen entre manos las potencias imperialistas y que es, hoy en día, el que determina la cadena de acontecimientos (mientras madura una Nueva Ola de Revoluciones Proletarias y de poderosas luchas de liberación nacional).

Como ya hemos dicho, Europa fue un proyecto de unir viejas potencias coloniales con Alemania, frente a EE.UU. y Japón, y también contra el socialismo entonces encabezado por la Unión Soviética; en este segundo aspecto, la integración fue apoyada incluso por los imperialistas yanquis. Eso cambió a partir de los años 60 en que, debido a que la URSS ya no era socialista (aunque sí un rival en el mundo, manteniéndose Europa Occidental como aliado de los norteamericanos) y a que empezaba a declinar el predominio económico estadounidense, el *Tío Sam* muestra crecientes reticencias hacia la unificación de las países imperialistas del Viejo Continente. Ésta es la tendencia que sigue afirmándose hasta la actualidad, máxime tras la bancarrota del bloque “soviético”. En este sentido, los pasos integradores que se están dando —como la puesta en circulación del euro, la Convención convocada para impulsar la unificación política, la puesta en marcha del proyecto de comunicaciones “Galileo”, etc.—, por muy lentos y contradictorios que sean,



no dejan de preocupar a EE.UU.

No obstante haber concluido la Guerra Fría, lo que mantiene a los vencedores más unidos que enfrentados son las inagotadas posibilidades de rapiña sobre lo que fueron las zonas de influencia de la URSS. Pese a la creciente confrontación entre ellos, la prioridad en la agenda política es común: **acrecentar la explotación del proletariado dentro de sus fronteras y volver a un mayor sometimiento de los pueblos del llamado tercer mundo y de Europa central y oriental.** Este es el auténtico motivo propulsor de las campañas bélicas occidentales contra Irak, Somalia, Yugoslavia y Afganistán. Pero en todas ellas se dirime también, bajo el tapete, la pugna por la futura hegemonía en la cadena imperialista mundial.

En la presente agresión contra Afganistán (que, por lo demás, va encontrando frente a sí una resistencia cada día mayor²), si bien todas las potencias —incluida Rusia— intervinieran con entusiasmo, cada una llevaba sus propios cálculos. Desde luego que aquí está en juego el suculento negocio que supone para todos el petróleo y el gas de las repúblicas ex-soviéticas centroasiáticas. Y Estados Unidos, por ejemplo, pretende llevarse un buen pique del mismo mediante la construcción del oleoducto que conectaría aquellas con el Océano Índico por parte de la empresa UNOCAL, y para eso ha puesto a la cabeza del nuevo régimen títere afgano a Hamid Karzai, un antiguo (?) empleado de ésta³. Mas, para entender realmente la política norteamericana hacia Oriente Medio, hay que tener en cuenta que la potencia imperialista que menos depende del petróleo procedente de esta región es precisamente EE.UU. Así, su afán por controlarla es, en gran medida, expresión de su **ambición hegemónica sobre sus rivales**, colocándolos bajo su dependencia en cuanto a una materia prima vital tanto para el desarrollo económico como para la guerra⁴. Y este hecho

refleja y, a su vez, no puede por menos que espolear las contradicciones interimperialistas, sobre todo en unas condiciones de avance en la integración europea y de coyuntural retroceso relativo de la economía norteamericana. De ahí el recurso de la Administración yanqui a las recetas keynesianas en cuanto a reactivar el complejo militar-industrial como motor económico, algo que podría estar dando ya ciertos resultados en detrimento de la afluencia de capitales a Europa⁵. De ahí la reactivación de la guerra comercial del acero con la decisión estadounidense de gravar con aranceles la importación de esta materia prima, contra los criterios de la Organización Mundial del Comercio⁶. De ahí los desacuerdos entre los aliados sobre la extensión de la "Guerra Total al Terrorismo" hacia otros países. Etc.

El verdadero trasfondo de la "Guerra Internacional contra el Terrorismo" es el que acabamos de indicar, y los acontecimientos del 11 de Septiembre no son más que un pretexto para acelerar y reforzar algo que lleva años gestándose e incluso realizándose. La opinión pública de los "países ricos", donde una parte considerable de la población obtiene ventajas del expolio de los pueblos oprimidos, es reticente a las guerras imperialistas. El sacrificio que le exigen choca con la cultura hedonista y acomodaticia que ha aceptado y los valores demoliberales con los que comulga. La burguesía monopolista se ve obligada a disfrazarlas de intervenciones en aras de la libertad, la democracia y los derechos humanos, si bien últimamente ha conseguido con éxito volver a esgrimir lo de "la superioridad de la civilización occidental" frente al Islam. Pero, para desplegar la ofensiva contra los países periféricos que precisa el imperialismo, hace falta algo más que el compadecimiento con la suerte de los pobrecitos de Asia, África y América Latina. Hace falta además que pese **una amenaza directa sobre la población de los países "civilizados"**. El vacío dejado aquí por el comunismo ha venido a llenarlo el terrorismo.

La oligarquía española destaca mundialmente en este tipo de sucias demagogias. Después de que su caudillo Fran-

² Además de ataques a puestos militares occidentales en varios puntos del país, los medios han informado de las vicisitudes de la *Operación Anaconda* realizada por tropas de EE.UU. en la parte oriental, muriendo siete soldados yanquis y resultando heridos otros once. Al menos 50 soldados tuvieron que ser atendidos en el hospital militar español de Bagram. Los propios mandos reconocieron que estaban librando los más crudos combates desde Vietnam. Y los restos del Talibán no son el único problema ya que Afganistán ha quedado repartido territorialmente entre los "señores de la guerra" que vienen enfrentándose entre sí en continuas escaramuzas. El gobierno títere carece de fuerza militar de confianza y el banditismo campa por sus respetos por todo el país, cometiendo asesinatos, robos, raptos, violaciones, ..., por lo que las mujeres siguen portando su *burka* como protección, para escarnio del pseudofeminismo de los imperialistas. (*El Mundo*, 1 de febrero y 5, 6, 7 y 9 de febrero)

³ *El Mundo*, 18 de febrero.

⁴ Estados Unidos aparece ahora como una superpotencia borracha de una arrogancia que dirige no sólo hacia los oprimidos, sino a amedrentar a sus competidores imperialistas: después de denunciar el Tratado sobre Misiles Antibalísticos, el gobierno de Washington ha dado la autorización al Pentágono para utilizar armas atómicas como represalia a agresiones convencionales; desde los atentados del 11-S, ha incrementado un 20% el despliegue de sus tropas por el mundo, siendo ya 300.000 los soldados yanquis presentes en 140 países; se permite incluir en su

lista de próximos objetivos militares hasta a países que le han prestado apoyo en la agresión contra Afganistán (¡Roma no paga traidores!); ha creado la Oficina de Influencia Estratégica, con el fin de difundir noticias falsas, también destinadas a desinformar a sus aliados. (*El Mundo*, 20 de febrero y 11 de marzo)

⁵ La Casa Blanca se propone gastar un 12% más en Defensa y un 11% en Seguridad, el mayor aumento del gasto militar desde Reagan. (*El País*, 5 de febrero) Mientras la "zona euro" registró un crecimiento negativo en el último trimestre de 2001, por primera vez desde 1993 (la economía española, 1'3 puntos menos que el año anterior, y la economía alemana entra en recesión con una reducción de su PIB de 0'3%), la economía norteamericana volvía a la senda del crecimiento con un 1'4%. (*El Mundo*, 21 y 28 de febrero, y 1 y 19 de marzo).

⁶ El gobierno de EE.UU. ha fijado hasta un 30% de aranceles a la importación de acero para proteger a su industria y la Unión Europea calcula que esta medida le causará unas pérdidas de unos 2.500 millones de euros. Además, ha rechazado compensar a ésta. Como respuesta, Europa reducirá la importación de esta materia prima, con lo que, a resultas, los grandes perjudicados serán de nuevo los países productores del tercer mundo. (*El Mundo*, 6, 12 y 16 de marzo)

co la convirtiera en la primera del mundo en derrotar al bolchevismo (!!) en los campos de batalla, ahora vuelve a adelantarse a los demás reaccionarios del planeta, de la mano de sus representantes políticos más desembozados: Mariano Rajoy, el Ministro del Interior del actual gobierno del Partido Popular (¿qué talante tan "democrático" el de nuestra burguesía que siempre pone su mayor empeño en que sea el titular de la cartera de Interior el más valorado por la opinión pública!), no perdió la ocasión de recordar que España ya tuvo su 11 de Septiembre en Ermua, cuando ETA secuestró y eliminó al concejal anexionista M. A. Blanco porque el gobierno se negó a restituir a los presos políticos los derechos que reconoce generalmente la legislación penitenciaria vigente. A partir de aquí es cierto que los imperialistas españoles consiguieron vencer los escrúpulos de ciertos sectores influyentes en la opinión pública e imprimir un salto cualitativo al proceso de criminalización jurídica y mediática de todo planteamiento



favorable al reconocimiento del derecho de autodeterminación para Euskadi (incluidos los pacifistas-conciliacionistas del PNV y las voces internacionalistas que se alzan en el conjunto del territorio español). Ahora, con toda esa experiencia a cuestas, están aprovechando la campaña antiterrorista internacional para dar otra vuelta de tuerca a la maquinaria represiva al menos en dos asuntos de especial sensibilidad para la estabilidad del sistema.

1º) La inmigración será tanto más rentable y tanto menos peligrosa para la acumulación capitalista aquí y en toda la cadena imperialista mundial cuanto más antagonismo haya entre la población autóctona y la extranjera; el modelo ideal para los explotadores es el implantado por el PP en El Ejido; así, por ejemplo, estimulan la actual paranoia anti-musulmana, tratando de prohibir el uso del pañuelo islámico en los colegios en nombre de un feminismo miope que no merece otro calificativo que el de imperialista (el porte de esa prenda está tan vinculado con la ablación del clítoris como el crucifijo o la toca de las monjas con las hogueras de la Inquisición católica).

2º) El cerco al movimiento vasco de liberación nacional se estrecha con la ilegalización de Haika, Segi, Gestoras pro-Amnistía y Askatasuna y la detención de sus dirigentes, con el procesamiento de Pepe Rei —Director de las revistas Ardi Beltza y Kale Gorria—, y con el robo de las subvenciones a Batasuna unido a los preparativos para su proscripción; el

estado de opinión generado permitiría ahora situar fuera de la ley a una tercera parte —y, por extensión, a más de la mitad (con la base social del PNV y de EA)— de la población vasca que defiende la autodeterminación de su país, con o sin lucha armada.

Terrorismo y clases sociales

Terrorismo es un concepto lo suficientemente complejo y ambiguo como para ser manipulado a su antojo por los dueños de los medios de difusión culturales. Ellos mismos —so pena de perder su credibilidad— se ven obligados a relatar numerosas prácticas terroristas del capitalismo, si bien las embellecen justificándolas en función de nobles ideales. Luego, por las publicaciones de la izquierda, se pueden conocer otras muchas manifestaciones de la violencia burguesa y profundizar en su análisis. Sin lugar a dudas, es muy importante realizar una intensa y sistemática labor de investigación y de agitación sobre estas cuestiones, destinada a educar la conciencia de las amplias masas. Pero el PCR tiene que centrar su atención actualmente en tareas previas y preparatorias en relación con la transformación revolucionaria de la conciencia de las grandes masas; por eso, *La Forja* se dirige sobre todo a sectores de la vanguardia proletaria, y éstos tienen muy claro que el **terrorismo por excelencia es el del capitalismo**, régimen social cuya continuidad depende del engaño, del soborno y del terror a la máxima potencia.

Para los imperialistas, en cambio, el terrorismo engloba toda forma de oposición a sus fechorías. Aprovechando los atentados del 11 de Septiembre, se saltan la presunción de inocencia y las garantías judiciales propias de su democracia para arremeter contra el que han señalado como culpable (los Talibán y Al Qaeda) y, de paso, contra todo el que les molesta, esgrimiendo la amenaza gangsteril de "el que no está con nosotros, está contra nosotros". Utilizan a las víctimas civiles del *World Trade Center* como carnaza de una intensa y prolongada campaña mediática para mantener a la población bajo *shock*, y así poder asolar Afganistán, mientras amenazan a los gobiernos más independientes con ser los siguientes y adoptan medidas de carácter ultrarrepresivo en sus propios países. ¿Quién cometió los actos terroristas del 11 de Septiembre? No sabemos si fueron los sectores más reaccionarios de la clase dominante norteamericana o los servicios secretos israelíes (que habían recomendado a sus conciudadanos no acudir ese día a esos edificios emblemáticos⁷) o alguna organización procedente de países

⁷ La cadena de televisión Al-Manar informa: "Un poco más tarde, se supo que ninguno de los 4.000 empleados israelíes del centro comercial neoyorkino fue a su puesto de trabajo ese 11 de septiembre de 2001". Al-Manar TV cita fuentes diplomáticas árabes que habrían indicado al periódico jordano Al-Watan que "los israelíes estaban ausentes el día del atentado por consejo del Shabak (servicio de seguridad exterior de Israel -ndlr)". "Este hecho —continúa Al-Watan— suscitó por cierto sospechas de las autoridades norteamericanas que han querido saber cómo el gobierno israelí estaba al corriente del incidente antes de que se produjera, y las razones por las cuales se abstuvo de informarles".

oprimidos, árabe-musulmán en particular. De ser éste el caso, es justo reconocer que razones no les faltaban después del terrorismo masivo que vienen sufriendo de parte del imperialismo yanqui. Y si fue Al Qaeda, sólo podemos reprocharles haber aprendido demasiado bien las lecciones que les impartió la CIA para que masacraran durante dos décadas a los sectores más progresistas del pueblo afganistán.

En cualquier caso, los atentados del 11 de septiembre han resultado más rentables para el imperialismo que para los oprimidos del mundo. Y ésa es una lección importante a retener. Desde luego que, frente a la opresión existente, está justificada la rebelión, cualquiera que sea su forma (es preferible a la resignación y a la pasividad); y, en cuanto tal, merece el apoyo del proletariado consciente. Sin embargo, dicho esto, **hay que valorar la conveniencia de tal o cual expresión de resistencia en relación con los objetivos propuestos, y los comunistas revolucionarios no podemos adoptar una actitud liberal frente a ellas:** debemos criticar aquéllas que perjudican el progreso de la causa anti-imperialista, al tiempo que propugnamos el camino más corto y menos doloroso hacia la emancipación. Dicho en términos de clase: apoyamos la lucha de la pequeña burguesía contra el imperialismo, criticándola a la vez en todo aquello que le reste eficacia; además, le ofrecemos para ello una alianza, pero no cualquier alianza, sino la única que posibilite la victoria completa, la que otorga la dirección al proletariado.

Esto es lo que intentamos clarificar en el artículo de lucha de dos líneas contra la táctica del PCE(r) que publicamos en el número anterior de *La Forja*. Cuando el marxismo-leninismo se opone al "terrorismo individual o de minorías", no se refiere a la realización de acciones de este tipo, las cuales son imprescindibles en la lucha revolucionaria, tarde o temprano (contra el enemigo de clase, contra masas alineadas con la reacción en el transcurso de la guerra, etc.). A lo que se opone es a la táctica terrorista como **medio de acumulación de las fuerzas** imprescindibles para una verdadera revolución socialista, como medio para producir un **salto cualitativo que incorpore a las masas** —y no sólo a la vanguardia— a la lucha revolucionaria.

La línea divisoria entre la táctica del terrorismo individual y la de la Guerra Popular viene marcada por el papel de las masas y se expresa en los principios marxistas de que "son las masas y no caudillos o minorías quienes hacen la historia" y, con mayor razón tratándose de la Revolución Comunista, "la emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos". Esta revolución tiene por meta una sociedad donde los individuos puedan organizar con plena consciencia las condiciones de su propia existencia; es la definitiva superación de las leyes darwinistas de la naturaleza que todavía imprimen su sello en el desarrollo espontáneo de la sociedad de clases en general y del capitalismo en particular; es el salto de la prehistoria a la verdadera historia de la Humanidad; es el paso a la materia plenamente autoconsciente. Para no caer en estériles utopías maximalistas o puristas, vamos a emprender ese camino teniendo en cuenta las condiciones reales de las que partimos, de la posición subordinada en que se encuentran las masas en relación con el manejo de las fuerzas productivas, la superestructura política y la cultura; por eso, reconocemos la contradicción existente entre la vanguardia y las masas, y la necesaria dirección del proceso revolucionario por el Partido Comunista. Dicho esto, nuestro objetivo es transformar esta realidad **con aquella perspectiva**, por lo que debemos

alejarnos también todo lo que sea posible de la táctica blanquista o putschista y de cualquier otra que no procure la máxima incorporación de las masas en cualquier fase del desarrollo de la revolución. En definitiva, **hay que definir los medios en correcta relación dialéctica con los fines.** Es ésta una de las lecciones fundamentales del primer ciclo de la Revolución Proletaria Mundial. Así pues, resulta evidente que la táctica terrorista del PCE(r) (o de otros que quisieran emularles) no sirve para preparar la revolución socialista proletaria en el Estado español, máxime cuando esa preparación **debe** comenzar por la resolución de problemas teórico-ideológicos pendientes. Nuestra crítica contra la táctica terrorista tiene como fin principal disuadir a los jóvenes revolucionarios de que se precipiten por esa senda suicida e inútil para la causa comunista, puesto que lo único que realmente sirve a dicha causa es aplicar y desarrollar la *Tesis de Reconstitución* formulada por el PCR.

Por las mismas razones expuestas, **la táctica terrorista es legítima y hasta puede llegar a ser eficaz, sí, pero para la burguesía.** Tenemos muy presente su utilización por el imperialismo con fines reaccionarios. Pero también, cumple un papel progresista en la lucha del campesinado pobre por la tierra o en los movimientos de liberación nacional. Se trata de objetivos mucho menos ambiciosos y revolucionarios que el socialismo, y pueden alcanzarse con una menor participación de las masas (aunque el éxito será tanto más profundo y completo cuanto mayor sea ésta).

Tomemos por caso **la lucha del pueblo palestino** y, en particular, su *Intifada*: no se trata todavía de una insurrección —a pesar de ser ésta su traducción—, pero incorpora a masas cada vez más amplias que van ganando creciente iniciativa sobre el ejército sionista de ocupación*. Podría desembocar en una sublevación popular generalizada y en una victoria total, pero también podría no trascender el estadio de las acciones terroristas y, sin embargo, forzar a Israel a conceder un acuerdo favorable a los palestinos; son dos vías posibles de solución del problema nacional y, por eso mismo, merecen nuestro apoyo. Es verdad que, para hacer frente a las masacres israelíes, la resistencia palestina convierte en objetivo militar a la población civil hebrea, pero eso también es legítimo en la medida en que ésta permite la opresión nacional que ejerce su gobierno.

* Si bien las bajas palestinas siguen siendo muchas más que las israelíes, la brecha se ha reducido: de 10 a 1, al inicio de la *Intifada*, se ha pasado a una relación de 3 palestinos muertos por cada israelí (y, de estos, crece la proporción de los que son militares). Además de las acciones *kamikaze*, surgen espontáneamente francotiradores que atacan a los soldados israelíes que siembran el terror en los territorios ocupados. Asimismo, la resistencia ha encontrado la manera de destruir hasta cuatro carros de combate *Merkava III*, reputado como el mejor del mundo y mito de la inexpugnabilidad hebrea en los territorios ocupados (*El Mundo*, 21 de febrero y 15 de marzo). ¿Una nueva demostración de que la iniciativa del pueblo es superior a cualquier tecnología y, en definitiva, de que la Guerra Popular es invencible! Y todo esto está mellando la moral de la población israelí, entre la cual crecen los movimientos pacifistas e incluso el número de reservistas que se niegan a luchar en Cisjordania o en Gaza. El mayor obstáculo para el avance de la heroica lucha de liberación palestina es la falta de una dirección consecuentemente revolucionaria.



Claro que los comunistas preferiríamos enmarcar la lucha de liberación nacional dentro de una revolución proletaria y, así, ganar a los trabajadores israelíes en lugar de tener que atacarlos; pero, lamentablemente, allí, nuestras fuerzas son todavía escasas y la causa de la libertad nacional no esperar a la revolución social.

Un caso similar lo tenemos mucho más cerca de aquí, en Euskadi. **La lucha armada de ETA** es legítima y tiene posibilidades de conquistar la independencia nacional. Nuestra crítica hacia ella se limita a constatar que incluso este único objetivo exigirá una participación bastante mayor de las masas que la actual y que las acciones terroristas no son el mejor reclamo para ello, sobre todo en las actuales circunstancias: a impulsar allí también la causa del socialismo, porque no nos conformamos con una libertad a medias y porque eso ampliará el apoyo de masas al combate por la liberación nacional (como el mismo MLNV reconoce con su consigna oportunista de "independencia y socialismo"); a reclamarles que reduzcan al mínimo los perjuicios que puedan causar al desarrollo de las fuerzas revolucionarias en el resto del Estado, en particular los daños a la población civil (sin perder de vista la responsabilidad que recae sobre ésta como colaboradora activa o pasiva con el imperialismo opresor español, debido al aburguesamiento de su conciencia); a combatirlos por pretender un falso programa socialista para manipular al proletariado, frente a lo cual lucharemos, no contra el movimiento de liberación nacional, sino por poner a nuestra clase —con su línea política y su Partido Comunista— al mando de dicho movimiento, por muy difícil y lejano que pueda parecer hoy este objetivo.

Fisuras en el capitalismo internacional

Los sectores más avanzados y políticamente activos de las clases populares —aun fuertemente influidos por la ideología burguesa— no ven el fenómeno del terrorismo como lo pinta el imperialismo, y así se ha demostrado a lo largo de la historia con el apoyo que han prestado al Vietcong, al Frente Sandinista nicaragüense, al Frente Polisario, a los zapatistas

del Estado mexicano de Chiapas, etc. Éstas son las contradicciones que los comunistas tenemos que desarrollar inteligentemente para alejar a las masas de las posiciones reaccionarias y conquistarlas para algo fundamental en el combate por otro mundo: **la legitimidad y necesidad de la violencia revolucionaria**. Con su "Guerra Total al Terrorismo", el imperialismo apunta primero contra la resistencia de los pueblos oprimidos, pero, en segundo término, pretende apuntalar el pensamiento contrarrevolucionario en las metrópolis. Y éste incluye, sin falta, el rechazo o el miedo a la perspectiva de empuñar las armas en favor de una revolución que se va a ver más y más necesaria a medida que se produzcan fisuras en el sistema capitalista.

Y esas grietas se abren ya hoy en día, pero de un modo y, en la mayoría de los países, ante la encia del factor consciente que pueda aprovecharlas para impulsar una crisis revolucionaria. Y aquí debemos considerar incluso acontecimientos menores, los cuales pueden llegar a cobrar importancia a los ojos de las masas:

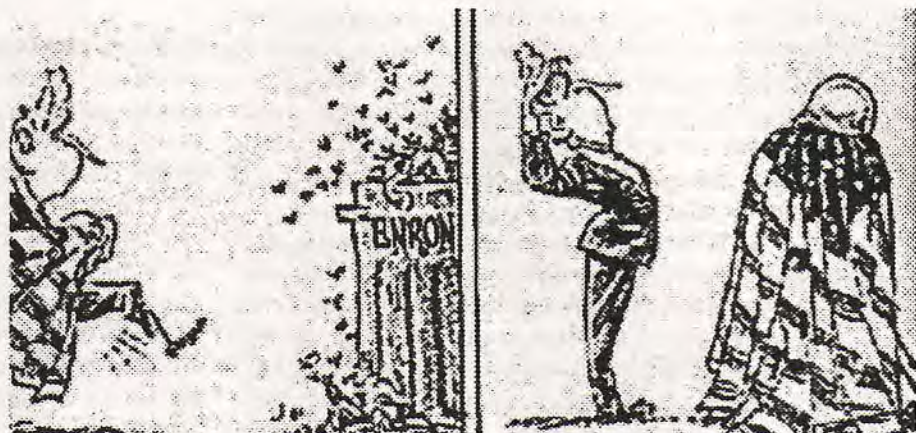
En Estados Unidos, toda la campaña belicista, toda la represión interna y toda la explotación redoblada de los trabajadores unida a los despidos masivos⁹ por la recesión económica han sido incapaces de mellar la popularidad del carnicero G. W. Bush. Sin embargo, lo ha conseguido la bancarrota de una corporación "modelo de neoliberalismo" como ENRON. Esto se explica porque, si bien el capital monopolista carece de credibilidad entre las masas profundas del proletariado, a éstas les falta conciencia de clase, y además existen unas amplias capas medias en la sociedad que sustentan al régimen. Entonces, cuando la confianza de estas últimas se quiebra —aunque sólo sea porque pierden parte de sus ahorros invertidos de forma más o menos especulativa—, se resiente la estabilidad política.

Esto es todavía más patente en la crisis de Argentina.

⁹ Las empresas estadounidenses destruyeron casi dos millones de empleos durante el año 2001, el 60% de los cuales (1'2 millones), antes del 11 de Septiembre. (*El Mundo*, 4 de enero)

Los actores de la conflictividad social ha sido aquí dos, y a veces enfrentados entre sí. Los *piqueteros* representan a los sectores proletarios más explotados, los desempleados, los hambrientos, ... Mientras, los que se oponen al "corralito" (ley que restringe la disponibilidad sobre los depósitos bancarios) son los *pequeñoburgueses* y la capa superior de la clase obrera. Los marxistas-leninistas no tenemos porqué tomar partido por unos *contra* los otros, sino que, basándonos en los primeros, hemos de desarrollar su conciencia, su combatividad y su organización —centrando en la constitución de su Partido Comunista—, aprovechar la ruptura del consenso de los segundos con la clase dominante para ensanchar la fisura social y trabajar una alianza con ellos apuntando a la revolución (socialista o democrático-nacional, según qué países).

Los sucesos de Argentina ponen de manifiesto dos cuestiones importantes: 1º) La riqueza y el alto nivel de desarrollo de las potencias occidentales —particularmente, de España— se asientan sobre la explotación de los demás pueblos del planeta. Así lo muestra la caída de la rentabilidad de las grandes empresas y de la bolsa aquí, como repercusión de la crisis de aquel país¹⁰. La potencia que ha conquistado España como inversor en Argentina se explica por la pertenencia de nuestro país a la Unión Europea, gracias a la cual ésta aporta los capitales suficientes y nuestra oligarquía los invierte en Latinoamérica aprovechando las relaciones tradicionales que allí mantiene con sus clases dirigentes compradoras. De ahí, el fanático europeísmo de nuestros políticos burgueses. 2º) La imposibilidad de hacer la revolución, a pesar de la existencia de condiciones objetivas favorables¹¹, cuando no existe Partido Comunista.



¹⁰ En 2001, el BBVA incrementó su beneficio "sólo" en la cuarta parte de lo que tenía previsto, con respecto al año anterior. Telefónica ganó una 16% menos; Repsol-YPF, un 57'8% menos; Endesa tuvo que realizar una provisión de fondos de 153 millones de euros; etc. (*El Mundo*, 31 de enero, 1, 2 y 5 de marzo) En general, las grandes empresas españolas han perdido en Bolsa, por este motivo, 18.000 millones de euros en el primer trimestre de este año. (*El País*, 29 de marzo) Y la importancia de estas cifras es mayor aún si tenemos en cuenta que, en el año 2000, más de la mitad de los beneficios de las primeras empresas españolas provenía de Latinoamérica. (*El Mundo*, 15 de abril)

¹¹ Los *mass media* comentan alarmados la crisis institucional de Argentina, con el desprestigio total de los políticos burgueses y alertan sobre la organización de asambleas barriales, a las que denominan "nuevos soviets". (*El Mundo*, 5 de febrero) Por supuesto que exageran ya que los soviets fueron algo más que eso: eran órganos de la insurrección popular armada. En cualquier caso, tanto para que dichas asambleas alcancen ese nivel como para que la revolución progrese en todas sus etapas, es imprescindible que exista la dirección de un verdadero partido comunista.

Acerca de las condiciones objetivas para la revolución

El ingreso del capitalismo a su etapa monopolista produce dos fenómenos que repercuten en las condiciones objetivas para la revolución.

El primero se refiere a la **ley del desarrollo económico y político desigual y a saltos de los países**, en virtud de la cual algunos de los atrasados pueden ponerse por delante de los avanzados en un corto espacio de tiempo. Y esto es en la vertiente económica (v. gr., el más rápido crecimiento de Alemania después de cada una de las guerras mundiales del siglo XX), pero también en las implicaciones políticas del desarrollo, las cuales incluyen las condiciones favorables a una revolución. El clásico ejemplo de ello es la victoria de la revolución socialista en la atrasada Rusia de 1917.

Hay que tener en cuenta que la conversión del capitalismo en imperialismo, su fase descendente, significa que la **cuestión de la madurez de las fuerzas productivas para la transición a un modo de producción superior está resuelta en**

general. En los países más atrasados, el esfuerzo habrá de ser mayor y, además, en muchos casos, habrá que empezar por resolver las cuestiones feudales pendientes mediante una revolución democrático-burguesa dirigida por el proletariado. Pero, cualquier intento de distinguir entre países avanzados y países atrasados en cuanto a la **posibilidad** de llevar a cabo una revolución proletaria y de edificar el socialismo hacia el comunismo —como hace el trotskismo— es una deformación economicista del marxismo. La ley del desarrollo desigual en la cadena de países que conforman el sistema imperialista mundial hace posible la ruptura de ésta por el eslabón más débil y, por consiguiente, hace posible la construcción del socialismo en un solo país, hasta que otros países se vayan liberando de esa cadena. Y parece que esto va a seguir valiendo para la próxima Ola de la Revolución Proletaria Mundial que se está gestando en las entrañas de la bestia capitalista: así lo indican los hechos que describíamos más arriba. No obstante, hay quienes se dejan llevar por las apariencias o quienes tienden a absolutizar una de las tendencias del régimen burgués en detrimento de la contraria. Esto les lleva a conclusiones similares a la de Kautsky sobre el ultraimperialismo (a lo Toni Negri). Nosotros no vemos ningún cambio cualitativo o substancial en el desarrollo del imperialismo que destruya las contradicciones inter-imperialistas y la ley del desarrollo desigual y a saltos de los países, a pesar de todo el ruido que se está ar-

mando con eso de la Globalización.

Por lo tanto, **pueden empezar por romper esa cadena países opresores o países oprimidos, indistintamente.** Restringir las posibilidades revolucionarias a los segundos es otra manifestación de economicismo que denota una errónea comprensión del marxismo.

Recordemos las palabras de Engels al respecto: "Según la concepción materialista de la historia, el factor que en *última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único* determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta —las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas— ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su *forma*". (Carta de Engels a J. Bloch, 21-22 de septiembre de 1890. Obras Escogidas de Marx y Engels en dos tomos. Tomo II, pág. 520)

Así, pese a que las potencias imperialistas se desarrollan a expensas de los pueblos oprimidos, han engendrado en su seno condiciones objetivas relativamente favorables a la revolución, al menos en tres ocasiones a lo largo del siglo XX: en torno a las dos guerras mundiales y durante el período que podríamos llamar del "Mayo de 1968". Este último caso resulta especialmente interesante ya que se manifiesta una crisis de legitimidad del propio capitalismo que lleva a masas considerables de estudiantes, intelectuales y obreros —con un alto nivel de consumo material— hacia posiciones revolucionarias. A ello contribuyeron factores objetivos como las derrotas que estaban infligiendo a los imperialistas los movimientos de liberación nacional (Argelia, Indochina, Afroamericanos en EE.UU., etc.), pero también cambios subjetivos como la crisis del revisionismo moderno (colaboracionismo de los partidos "comunistas" europeos, invasión de Checoslovaquia por parte de la URSS, ...) coincidiendo con la tentativa de los comunistas chinos de impulsar la transformación omnimoda de la sociedad por medio de la Gran Revolución Cultural Proletaria. Tales condiciones bastaron para demostrar que las posibilidades revolucionarias no vienen determinadas siempre por consideraciones económicas; sin embargo, no fue posible ir más allá porque era muy precario el factor subjetivo, esto es, el proceso de constitución del Partido Comunista.

Dicho esto, examinemos ahora el *segundo* de los fenómenos que aparece con el imperialismo, repercutiendo en las condiciones objetivas para la revolución. El capitalismo ha entrado a su fase monopolista, suprimiéndose la libre competencia de capitales y de países. El monopolio es dominación y violencia, y su reinado se instaura cuando el mundo ya está enteramente colonizado por unos pocos países (Europa,

Norteamérica y Japón). Estas metrópolis son plenamente capitalistas, mientras que son modos de producción más antiguos los que predominan en sus colonias. Además, estos modos han sido semidestruidos y saqueados por los colonizadores durante los últimos siglos. Por más que se siga escuchando ese romanticismo económico que promete una futura igualación de los niveles de desarrollo —ahora remozado con el discurso de la globalización—, lo cierto es que la continuidad del capitalismo monopolista exige que prevalezca aquella diferencia y que **el mundo quede dividido en dos campos: el de las potencias imperialistas y el de las naciones oprimidas semi-feudales.** Es como si la división clasista de la sociedad capitalista entre burguesía y proletariado fuera reproducida mundialmente por el imperialismo como división territorial. No sólo nuestras "civilizadas" burguesías sacan enormes beneficios de esas abundantes materias primas, de ese trabajo sobreexplotado y semi-forzado, de esos regímenes políticos antidemocráticos, etc. Asimismo, aprovechan tales circunstancias para "transferir" a esas naciones oprimidas, en la medida de lo posible, todos los problemas que puedan llegar a desestabilizar sus opulentas sociedades.

Por eso, en circunstancias ordinarias, evolutivas, pacíficas, de colusión inter-imperialista, mientras la ley del desarrollo desigual sólo se manifiesta con cambios cuantitativos que todavía no se han acumulado hasta producir un salto cualitativo, las condiciones objetivas más favorables para la revolución **suelen** encontrarse en los países del llamado tercer mundo (pero tampoco debe descartarse que surjan en las metrópolis). Y estas circunstancias son precisamente las actuales. Por eso, no es de extrañar que las mayores posibilidades de ruptura de la cadena imperialista se sitúen hoy por hoy en países como Nepal, Filipinas, Colombia, Palestina, Argentina, etc.

Factor subjetivo e internacionalismo proletario

Llegados a este punto, lo que nos interesa es cómo desarrollar de manera óptima el factor subjetivo para dar remate a las posibilidades revolucionarias que nos brinda la situación objetiva (dicho sea de paso, lo objetivo y lo subjetivo se influyen mutuamente). Nos equivocáramos si nos limitáse-

UNA BIEN ORGANIZADA CANALIZACIÓN
DEL MIEDO NOS PERMITIRÁ REGAR
INMENSAS ÁREAS DE PODER



mos ahora a un enfoque nacional sobre esta cuestión. Es cierto que ya se ha demostrado históricamente que un país solo puede liberarse del yugo imperialista y avanzar considerablemente en la transición hacia un régimen social superior. Sin embargo, el resultado final de esta transición sólo llegará cuando se superen todas las relaciones sociales capitalistas, lo que implica la supresión de las clases y de todas las divisiones opresivas de la sociedad, incluidos los Estados y las naciones. Por eso, el Comunismo sólo podrá ser mundial, una organización social que abarque al conjunto de la Humanidad. Aquí, pues, **es fundamental comprender qué revolución demanda el ser social: éste no es otro que el mundo moldeado por el imperialismo y la solución progresiva a sus contradicciones sólo puede ser el Comunismo.** Que la ruptura de la cadena imperialista se produce por el eslabón más débil no es más que la forma exterior que reviste una revolución que abarca inevitablemente a toda la humanidad y para toda una época histórica. Por eso, a la hora de impulsar el factor subjetivo, debemos partir de lo fundamental, es decir, de la Revolución Proletaria Mundial y de sus requisitos generales. Una vez realizado esto, sí que podremos y deberemos examinar cómo cumplimentarlos teniendo en cuenta y aprovechando la división internacional del trabajo establecida por el imperialismo.

A escala internacional, se reproduce la contradicción entre necesidad y posibilidad que encontramos en el seno de cada nación capitalista: los que más perentoriamente necesitan la revolución son los que menos acceso tienen a los medios para su cabal realización (en primer lugar, el conocimiento de la teoría marxista-leninista). Así, **en los países oprimidos, donde la situación objetiva es más favorable por ahora, urge más desarrollar el factor subjetivo; pero son los países imperialistas los que presentan mejores condiciones para empezar a hacerlo:** mayor nivel cultural de la población, liber-

tades políticas, conquistas sindicales que permiten trabajos menos agotadores y más tiempo libre, etc.

En efecto, en algunos lugares del tercer mundo, la situación social es tal que los revolucionarios cumplen correctamente con su deber al lanzarse a la lucha armada cuando sólo disponen de un partido comunista más que precario. Podrán completar su (re)constitución en el futuro y tendrán que hacerlo si no quieren acabar fracasando. En Filipinas, Perú y Nepal, los comunistas no pueden permitirse el lujo de priorizar el cumplimiento de los requisitos teóricos pendientes; pertrechados con la formulación más avanzada que se conoce del marxismo-leninismo, se lanzan directamente a la conquista del poder, para lo que cuentan con posibilidades muy sólidas.

En cambio, en los países imperialistas, éstas son muy escasas mientras no cambie profundamente la situación actual. ¿Significa esto que no podamos cumplir aquí nuestros deberes como revolucionarios? Por supuesto que no. Podemos y tenemos que cumplirlos, pero éstos no son una copia mimética de lo que hacen nuestros camaradas de los países oprimidos. Aquí, por ahora, debemos aprovechar la circunstancia de que **la tarea que debemos y podemos realizar coincide con el requisito prioritario de la Revolución Proletaria Mundial en su conjunto:** el desarrollo de la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo.

El desarrollo del factor subjetivo y el movimiento comunista actual

Enseguida vamos a explicar esta cuestión, pero antes, ilustrémosla con unos ejemplos tomados del movimiento comunista internacional existente en el presente.

Aparte de los grupos trotskistas o similares que no asumen aportes esenciales del leninismo y se contraponen así a la propia concepción marxista (lo cual no obsta para que aventajen en algunos enfoques a muchos antitrotskistas), tenemos el no menos heterogéneo campo de los llamados "marxistas-leninistas". Aquí hay todavía mucho revisionismo incluso en los objetivos programáticos: sustitución de la revolución socialista por la meta "más accesible" de la república, la democracia, ... (O.C. Octubre, p. ej.); subordinación del Partido Comunista a la consecución de alianzas y frentes interclasistas; etc. Más avanzados que éstos, encontramos a quienes se definen mediante toda una lista de principios válidos, pero no se esfuerzan suficientemente por asumir el marxismo-leninismo como concepción del mundo y, consiguientemente, por aplicarlo. Adolecen de una visión formal y estática —dogmática, en definitiva— del proceso revolucionario. La muestra más flagrante de ello está en el modo de tratar la cuestión del partido comunista. Desde que elaboramos nuestra *Tesis de Reconstitución*, hemos criticado a quienes lo hacen con **descripciones** externas copiadas del partido bolchevique (más o menos válidas para el futuro partido que consigamos constituir), en lugar de comprender su esencia a través de las relaciones contradictorias dentro de la clase obrera, que es lo que realmente puede ayudar a reconstituir verdaderos partidos comunistas ahora que el revisionismo los ha liquidado en su mayoría.

Así, por ejemplo, tenemos el **Partido del Trabajo de Bélgica** que, siendo uno de las organizaciones comunistas más interesantes de Europa y de las que más hay que aprender, se limita a una defensa de principios generales marxistas-



Milicianas del Partido Comunista de Nepal (maoísta)



leninistas frente al revisionismo y no presta atención a la dinámica de la reconstitución partidaria¹². Aplica un enfoque similar a la Revolución Proletaria Mundial y a su experiencia histórica: reivindicación acrítica del período de Stalin en la URSS, caracterización del período de Jruschov a Gorbachov como "socialismo enfermo", defensa de China, Cuba, Vietnam, Corea del Norte y Laos como "países socialistas", etc.

Las organizaciones que componen el **Movimiento Revolucionario Internacionalista** (MRI) son lo más desarrollado que existe en cuanto a balance de la historia de la Revolución Proletaria Mundial —gracias a que recogen las reflexiones de Mao Tse-tung y la experiencia de la Revolución Cultural chi-

na—, y reconocen asimismo la necesidad de reconstituir los partidos comunistas. Sin embargo, esto siguen enfocándolo de manera formal y sus mejores contribuciones son la defensa de la línea general y el desarrollo de las guerras populares en Perú y en Nepal¹³.

El MRI es consciente de que, desde el golpe de Estado de Hua Kuo-feng y Deng Tsiao-ping en China, ya no quedan en el mundo países socialistas. Por eso, al menos dos de sus miembros —el Partido Comunista del Perú y el Partido Comunista Revolucionario de Estados Unidos— han comprendido que la Revolución Proletaria Mundial se está desenvolviendo por ciclos u oleadas. El ciclo iniciado en Octubre de 1917 ha concluido y el reto consiste en preparar la Nueva Ola que se está gestando en las entrañas de la bestia imperialista. Esa preparación es imposible sin realizar un balance sistemático de la experiencia anterior que enriquezca el marxismo-leninismo.

Como último ejemplo ilustrativo, vamos a detenernos un poco más en la *Primera Jornada de Reflexión para la Refundación Comunista* que mantuvieron recientemente varios destacamentos comunistas de la corriente prosoviética en Cataluña (exPCC, PCPE, ...). En el documento sometido a discusión, hallamos algunos avances, pero todavía muy superficiales, de los que destacaremos dos: la defensa del papel de Stalin que se negaban a realizar hace tan sólo una década; la necesidad de construir un "verdadero Partido Comunista", que entonces desatendían en aras de ese objetivo pequeñoburgués llamado "Frente de Izquierdas". En cuanto a lo primero y a la experiencia revolucionaria acumulada en general, cometen un gravísimo error: consideran ya "realizado el balance del primer siglo de la Revolución Socialista", no aportando ninguna valoración crítica de la construcción del socialismo bajo la dirección de Lenin y Stalin que pueda explicar mínimamente porqué la contrarrevolución posterior. En cuanto a la cuestión del Partido Comunista, lo plantean en términos de "unidad de los

¹² En el número del pasado 20 de marzo de su semanario *Solidaire*, estos camaradas informan del congreso fundacional de "Communistes", partido creado por los militantes más recientemente escindidos del revisionista PC francés. Reconocen que existen otras organizaciones comunistas "todavía modestas", que "resisten y se consolidan", pero destacan a la mencionada como "la más importante de entre ellas", estando "bien implantada en la clase obrera". Para el PTB, esto parece pesar más que la fidelidad al marxismo-leninismo. Este criterio espontaneísta es incorrecto y peligroso, sobre todo cuando se refiere a un destacamento que acaba de separarse de un partido como es el PCF, hundido en el revisionismo desde hace décadas. Y para rematar, la ingenuidad con la que trata el problema del Partido Comunista, *Solidaire* destaca la siguiente cita de la líder de *Communistes*: "al término de este congreso, habremos creado en Francia el partido revolucionario que tanta falta hace hoy". ¡Cómo, a estas alturas de la historia, puede reducirse la reconstitución del Partido Comunista al congreso de una fracción que acaba de escindirse de la vieja organización revisionista!

¹³ *Noticias y Guerra Popular en Nepal*

Desde 1996, se libra en este país asiático una Guerra Popular dirigida por el Partido Comunista de Nepal (maoísta) [PCN(m)]. Se trata de una guerra que cuenta con el apoyo y la participación creciente de los millones de oprimidos del país: obreros, campesinos, pequeños burgueses, intelectuales, mujeres, etc. Hasta el presente, ha experimentado un progreso continuo, con mayor actividad en la parte occidental del país, conquistándose numerosas Bases de Apoyo donde las masas ejercen el Nuevo Poder. Y eso es precisamente lo más importante, lo que hace a esta lucha armada — junto con la de los partidos comunistas de Perú y Filipinas — merecedora de una solidaridad cualitativamente superior a la que se presta a la de los zapatistas de México, o a la de las FARC y el ELN de Colombia, etc.: a diferencia de éstas que únicamente persiguen reformas concedidas por las clases explotadoras, el PCN(m) se propone una verdadera revolución en las relaciones sociales como parte de la Revolución Proletaria Mundial, y lo demuestra haciendo lo único que se puede hacer para cumplir tal propósito, a saber, simultaneando la guerra con las transformaciones revolucionarias allí donde ya se ha conquistado el poder.

Sin embargo, los revisionistas —fieles a la propaganda de la burguesía— siguen ocultando a las masas de sus países la grandiosa gesta de los oprimidos del Nepal; y lo más grave es que muchos de los incipientes grupos marxistas-leninistas que están emergiendo de la bancarrota del revisionismo siguen la corriente, poniendo a los movimientos armados pequeñoburgueses como el máximo ejemplo revolucionario existente, o incluso posible.

Al inicio del verano pasado, los camaradas nepalíes entablaron unas negociaciones con el gobierno reaccionario, a petición de éste y teniendo presente el deseo de las masas de hacer la revolución de la manera menos dolorosa para ellas. Tras cuatro meses de charlas, el PCN(m) llegó a resumir sus demandas en una sola: convocatoria de unas elecciones para una Asamblea Constituyente que decidiera la forma de Estado —monarquía o república— y el rumbo de la propia sociedad (esta concesión del partido pone de manifiesto no sólo la confianza que ha depositado en el pueblo, sino sobre todo la influencia social que ha conquistado). Entretanto, se produjo la misteriosa matanza del rey y otros miembros de la familia real que propició el ascenso al trono del miembro más reaccionario y antipopular de la misma. También ocurrieron los atentados del 11-S en EE.UU. Todo ello confluyó en que el gobierno se negó a satisfacer la petición de los revolucionarios, los cuales rompieron entonces la tregua lanzando una ofensiva por todo el país. El Ejecutivo nepalí ha decretado que el PCN(m) es una fuerza "terrorista" (a pesar del apoyo de masas con que cuenta y de sus esfuerzos por evitar acciones armadas de tipo terrorista) y ha enmarcado su represión contrarrevolucionaria dentro de la "Guerra Internacional contra el Terrorismo", recabando el apoyo y la intervención cada día mayores de la India, EE.UU. y China. Desde entonces, ha entrado a combatir el Ejército Real Nepalí, la represión se ha vuelto ciega y brutal, la censura impide contrastar versiones sobre lo que ocurre en los campos de batalla, las informaciones permitidas por las autoridades son propaganda falsa que exagera los éxitos propios y los reveses de los insurgentes y que calumnia a éstos (afirmando que toman por blanco de sus acciones a quienes tengan determinadas profesiones o filiaciones políticas, cuando, en realidad, sólo lo son los soplones y los que colaboran directamente con las masacres contra el pueblo).

Este problema de la desinformación y del control burgués de la propaganda de masas —que es imprescindible resolver para asegurar la solidaridad militante del proletariado de todos los países y dentro de cada país— nos devuelve al problema de la ideología. Si la vanguardia de nuestra clase se alimenta exclusiva o principalmente de conclusiones políticas y de informaciones superficiales, será muy fácil para el imperialismo desorientarla y romper sus vínculos con las amplias masas por medio de esa labor de desinformación en la que está invirtiendo cada vez más dinero, tiempo, gentes, tecnología, ... Y aquí no podremos hacer nada para contrarrestarla si no empezamos por forjar una vanguardia ideológicamente sólida, esto es, que domine el marxismo-leninismo como un todo para ser más soberana en su identidad revolucionaria y menos dependiente de las noticias puntuales favorables.





marxistas-leninistas", de "frente común", de "recuperar la señas de identidad", es decir, una concepción de partido no dialéctica sino superficial y centrista, burguesa en definitiva. En este punto, resulta muy interesante el modo explícito en que justifican el salto mortal de la teoría a la práctica, que hoy efectúan incluso las mejores organizaciones comunistas del mundo. Una vez mencionados los consabidos principios generales, les acosa el pavor de no saber qué hacer con ellos, pues intuyen que las masas no están capacitadas para comprenderlos y aplicarlos:

"Sabemos que actualmente la fuerza con la que contamos es mínima, y por esto debemos salvaguardarnos de endogamias que encierran y pudren cualquier proceso, debemos vigilar de caer en posiciones izquierdistas ni creemos un grupo iluminado. Esto nos llevará en un plazo más o menos corto a salvar nuestras diferencias y poder trabajar de manera organizada y partidaria."

Así que, evitando la "iluminación" (se supone que mediante la oscura mediocridad, si el lector nos permite esta pedagógica ironía), llegaremos automáticamente a salvar nuestras diferencias y a reconstituir el partido. Es curioso porque ninguna persona progresista se atrevería hoy a acusar de "grupo iluminado" a los que investigan con células madre, ni a instarles a que salven sus diferencias con los integristas religiosos que se les oponen. Y esto no es ninguna comparación odiosa, porque de lo mismo se trata: de CIENCIA¹⁴. La lucha de clases no podrá tomar los derroteros del comunismo mientras no tenga como guía una teoría revolucionaria como es el marxismo-leninismo. **Y esta teoría es científica, nace como síntesis de las ciencias parciales y se desarrolla con todas ellas, cumpliendo claros requerimientos epistemológicos, si bien a una escala superior (social).** La causa de la derrota temporal que ha sufrido la Revolución Proletaria Mundial reside en la crisis de la ideología proletaria. Aquella no podrá continuar y aun menos culminarse, si no resolvemos dicha crisis. Y esto se logrará únicamente aplicando el método científico en pos de la verdad objetiva, y no mediante sucedáneos como el eclecticismo, el empirismo y el espontaneísmo, como nos proponen los organizadores de estas jornadas:

"Debemos tomar el acuerdo y la responsabilidad colectiva de trabajar para servir de ejemplo de organización, de

trabajo diario, de dignidad, de aplomo, de rectitud y de disciplina [en lugar de ciencia, moral cristiana]. Tareas en sí muy importantes que nos darán la posibilidad de acercamiento ideológico [sic!] de muchos camaradas que seguro se ilusionarán con el proyecto, porque verán en él un trabajo cercano a la clase obrera, cercano al pueblo, a los barrios, porque verán el trabajo en la calle, en las fábricas, en los centros de enseñanza, ..."

Aquí, la **motivación esencial del comunista**, la única que puede guiarnos hacia la nueva sociedad —esto es, la razón puesta al descubierto por medio de la ciencia— se sustituye por la prosternación ante el movimiento espontáneo de las masas que jamás será capaz de ir más allá de la mera resistencia, precisamente mientras no le aportemos la ideología científica del marxismo-leninismo. Y esa es la más grave carencia del actual movimiento comunista internacional. Hoy vemos cómo los archiopportunistas del PCE han aprobado, en su XVI Congreso, agarrarse al movimiento antiglobalización como a un clavo ardiendo, pues poco más les queda que parasitar. Pero, hasta los mejores comunistas del PTB o del MRI exageran la importancia de este fenómeno hasta el punto de invertir el orden de nuestras prioridades actuales. Por supuesto que es positivo, incluso más útil a la revolución que otros movimientos de masas más economicistas. Mas no deja de ser espontáneo y de nada sirve que los comunistas estemos "a pie de calle" si no somos capaces de aportarles la conciencia revolucionaria, si no somos capaces de resolver los problemas teóricos que nos compete resolver como vanguardia ideológica. Si no nos dedicamos prioritariamente a este cometido, las masas no nos necesitarán para nada que ellas mismas no sepan hacer, y la revolución no progresará un ápice.

La ideología, requisito fundamental y principal

Estos ejemplos que acabamos de exponer nos permiten profundizar un poco más en la comprensión del requerimiento que fundamenta el proceso de reconstitución de los partidos comunistas: la ideología.

Hoy no es un momento cualquiera en la historia de la lucha por el Comunismo. No basta con agarrar la guía teórica para dirigir la acción de las grandes masas. ¿Por qué? Principalmente porque la teoría revolucionaria hasta ahora formulada no es suficiente, hay que desarrollarla, hay que ajustar cuentas con la experiencia histórica.

¹⁴ Como decía Engels en 1875, en su obra *La guerra campesina en Alemania*: el socialismo, desde que se ha convertido en ciencia, exige que se le trate como tal.

El actual es el período de derrota más profundo y significativo que ha sufrido nuestra causa, porque consiste en una contrarrevolución general que sirve de transición entre dos olas sucesivas de la Revolución Proletaria Mundial. Sin embargo, hubo algunas situaciones análogas en el pasado, como en los años 50 del siglo XIX, cuando Marx se "retiró" a la labor de investigación teórica de la economía capitalista, una vez derrotadas las revoluciones de mediados de esa centuria, en Europa. No regresó a la actividad de dirección práctica de la lucha proletaria hasta la fundación de la 1ª Internacional (AIT), diez años después.

Con ello, no estamos sugiriendo, para ahora, un repliegue **total** de los marxistas-leninistas hacia el trabajo teórico. Lo que sí queremos es subrayar que no conseguiremos elevar el actual movimiento de masas a posiciones revolucionarias si no resolvemos los problemas **teóricos** que nos han legado 150 años de movimiento comunista **práctico** y, como cumbre del mismo, 60 años de realizaciones **prácticas** en la construcción del socialismo. Ninguna atención a los movimientos de masas actuales está justificada si nos va a impedir el pronto cumplimiento de nuestras obligaciones teóricas.

A estas alturas de la explicación, nos asalta la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que los comunistas, en su mayoría, todavía no comprendan esta exigencia lógica del marxismo? Pues, precisamente, porque se han acostumbrado a una situación que duró un siglo largo, en la que el marxismo formulado bastaba para avanzar, tenía autoridad revolucionaria efectiva; y ahora que la ha perdido, no se dan cuenta de que hay que obrar de otra manera. Esta incompreensión no se habría producido de tener armadas las mentes con el marxismo como **concepción del mundo** y no como **cúmulo de conclusiones**, en su mayoría válidas, pero insuficientes para confrontar situaciones nuevas.

En la actualidad, es lamentable ver cómo aun las mejores organizaciones comunistas del mundo saltan directamente a la etapa de la formulación, defensa y realización de su programa, el cual consiste en una lista de conclusiones del marxismo concretadas a una situación objetiva específica y adecuadas al estado de la conciencia de las grandes masas. Ésta es, sin duda, una fase necesaria en la que se decide la reconstitución partidaria y el progreso de la propia revolución. Pero es una fase posterior a la que nos compete afrontar hoy: **la asunción, no de un programa, sino del propio marxismo-leninismo; no por parte de las masas —que sólo lo conseguirán una vez conquistado el poder y muy avanzada la transición al Comunismo—, sino por parte de la vanguardia proletaria, empezando por la parte de la misma que pone interés en los problemas ideológicos.**

Al poco de iniciar la labor de investigación de la experiencia de la revolución rusa, nuestra organización, el PCR, ha observado que la debilidad mayor del partido bolchevique, que luego se trasladaría a las posteriores revoluciones, tenía —asombrosamente— carácter ideológico: heredó de la II Internacional un marxismo incompleto e insuficientemente dialéctico, que no consiguió corregir del todo. Así fue que, cuando se resolvieron los retos inmediatos (las relaciones de propiedad) y pasaron a primer plano otros nuevos (la división social del trabajo), los comunistas no fueron capaces de continuar la revolución.

En definitiva, lo que necesitamos actualmente es **reconstituir el comunismo** de manera integral, como cosmovisión que es, ¿y cómo hacerlo? Lo primero es estudiar las obras de

Marx, Engels y Lenin, y desarrollar su doctrina con el pertinente balance histórico, todo ello en lucha contra todas las influencias de la ideología burguesa. Esto, unido a la defensa del marxismo-leninismo en los más diversos campos del saber (no sólo la política), hará posible forjar una vanguardia ideológica de cuadros pertrechados no únicamente con conocimientos parciales, sino con la concepción del mundo comunista. Sólo así recuperará el marxismo-leninismo su carácter de teoría de vanguardia¹⁵. Sólo así podrá ser reconocido como tal por masas cada vez mayores que —una vez aquellos cuadros se vinculen estrechamente a ellas— se movilizarán no ya por insignificantes reivindicaciones, sino por el cumplimiento de su misión histórico-universal: la Revolución Comunista¹⁶.

Como podrá apreciar el lector, nos queda por delante una ardua lucha de dos líneas en el seno del movimiento comunista internacional, para que se comprenda en él la nueva situación y la tarea principal que de ella se deriva. Nosotros mismos, sólo hemos empezado a hacerlo.

Obviamente, la reconstitución del comunismo como ideología, como concepción del mundo, es **sólo parte del proceso de reconstitución partidaria**; es, además, imposible al margen de éste. Por ello, comparte las mismas relaciones necesarias y los mismos instrumentos para su consecución: el estudio, la lucha de dos líneas en el seno de la vanguardia proletaria, la línea de masas dirigida principalmente hacia aquellos revolucionarios que comprendan la necesidad de privilegiar el trabajo teórico, la organización del colectivo adecuada a este fin, etc.

Ésta es la etapa que se nos abre en adelante y que nos permitirá realizar los objetivos de la reconstitución partidaria y de la revolución socialista, para sepultar definitivamente esta sociedad precariamente humana y desarrollar una existencia verdaderamente acorde con el potencial que encierra esta superior forma de la materia que es la Humanidad.

¹⁵ En 1902, Lenin se quejaba de "la despreocupación y la impotencia en el desarrollo del pensamiento teórico" y de la tendencia del movimiento socialdemócrata a "prescindir de toda teoría coherente y meditada". "Quien conozca a poco que sea el estado efectivo de nuestro movimiento verá forzosamente que la amplia difusión del marxismo ha ido acompañada de cierto rebajamiento del nivel teórico. Mucha gente, muy poco preparada e incluso sin preparación teórica alguna, se ha adherido al movimiento por su significación práctica y sus éxitos prácticos. (...)"

Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario. Nunca se insistirá lo bastante sobre esta idea en un tiempo en que a la prédica en boga del oportunismo va unido un apasionamiento por las formas más estrechas de la actividad práctica. (...)

... sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia." (*¿Qué hacer?*, págs. 24-27, Ed. Progreso)

¹⁶ Lógicamente, en este nuevo movimiento de masas que ya será revolucionario, sólo la vanguardia habrá alcanzado a asumir el marxismo-leninismo como concepción del mundo, mientras que la mayoría no llegará a comprender más que los primeros pasos de la revolución: la conquista del poder y el programa inicial de la dictadura proletaria.

Educar para la Revolución

Desde que, con la revolución burguesa, se fuera instaurando el sistema de educación general (que, en el Estado español, comienza a edificarse con la Ley de Instrucción Pública de 1857), se instaló la permanente lucha entre la concepción de la instrucción como objetivo exclusivo de las necesidades de producción de plusvalía y de acumulación de capital y la de quienes la veían como un medio de participación de la cultura y de la ciencia por parte de las masas.

Por un lado, el capital necesita formar cuadros técnicos para el desarrollo, la dirección y el control ejecutivo del aparato productivo, a la vez que debe formar sus equipos dirigentes también en el campo de la política, junto a la pléyade de cuadros subordinados de apoyo que permitan el mantenimiento del sistema en esas sus dos principales facetas: como reproducción económica de las relaciones sociales capitalistas y como estructura de dominación político-ideológica. Pero, para ello, necesita, por otro lado, permitir en cierto grado el acceso a la educación de otras clases, principalmente el proletariado y la pequeña burguesía, con los que cubrir, a través de la selección de sus elementos más capaces, las vacantes del nutrido aparato de sustentación del modo de producción y de dominación capitalista. Esta necesidad se tornó tanto más acuciante

cuando el grado de concentración de los medios de producción y el nivel de socialización de las fuerzas productivas, así como la profundización burocrática del aparato político —que se acentuó con la incorporación del sistema representativo y la participación en él de las organizaciones sociales y políticas de masas—, llegaron a un punto tal que la permisividad en el acceso a la cultura para las clases populares alcanzó a la educación superior. Y las masas en la Universidad fundaron, en los años 60, el movimiento estudiantil, movimiento que protagonizó importantes capítulos en la lucha unitaria contra el franquismo en los 70. Con la reforma monárquico-constitucional del Estado fascista, el movimiento estudiantil fue desapareciendo como movimiento de masas, aunque aún disfrutó de esporádicos repuntes, como las movilizaciones de finales de los 80 contra la Ley de Reforma Universitaria (LRU) y la LOGSE, si bien en estas ocasiones estuvieron totalmente desconectadas del movimiento obrero y del resto de los movimientos populares, también en franca decadencia por obra y gracia del revisionismo y del oportunismo. Las actuales movilizaciones contra la Ley Orgánica de Universidades (LOU) y la Ley de Calidad de la Enseñanza (todavía en fase de preparación del proyecto) del gobierno del PP significan una nueva revitalización de la lucha estudiantil, que debería volver a re-

cuperar su carácter permanente si entre sus objetivos está el de enfrentarse con éxito a las tendencias que claramente quiere imponer la burguesía tanto en el seno de la Universidad como en el sistema educativo en general.

La contrarreforma educativa

Durante décadas, el carácter social de la enseñanza venía favorecido por el carácter predominantemente público del sistema en todos sus niveles, incluido el superior, el cual, a su vez, venía dado en gran parte por el modelo económico de acumulación instalado entre los países imperialistas después de la Segunda Guerra Mundial, entre los que se encuentra España: el Capitalismo Monopolista de Estado. Este modelo fue el dominante hasta la segunda mitad de los 70, cuando la crisis general del capitalismo obligó a una reestructuración económica a escala mundial que afectó a casi todos los países (incluyendo los sistemas de Capitalismo Monopolista de Estado autodenominados *países socialistas*). Esa reestructuración se realizó —y se sigue realizando— en clave neoliberal, es decir, reformando el modelo de acumulación capitalista en la dirección de retirar al Estado gran parte de su iniciativa y de su rol económicos.

Esa reestructuración afecta, por un lado, al carácter público de muchas empresas y, por otro, a la mercantilización de la mayoría de los servicios prestados a cargo del Estado, mercantilización que significa, en primer lugar, la introducción de esos servicios en el ciclo de producción de plusvalía, y, en segundo lugar, su inclusión en el circuito del mercado, con su sistema de competencia, valoración de costos, rentabilidad, etc. Para el sistema educativo, todo eso implica el apoyo a la



privatización de los centros docentes, a todos los niveles, y su transformación en empresas capitalistas donde todo criterio relacionado con el beneficio social de la cultura quedará subordinado al del beneficio económico privado. Los derroteros por los que el gobierno de Aznar ha encaminado al sistema educativo español con sus últimas medidas legislativas responden, sin ninguna duda, a las necesidades de reforma estructural del modelo de acumulación capitalista, a la vez que dan continuidad a esta tarea de adecuación de la educación a la *nueva economía* que ya inició el PSOE con la LRU y la LOGSE, y conducen sin dilación alguna hacia la liquidación del centenario sistema de enseñanza pública en nuestro país.

La reforma impuesta por el PSOE en los años 90 ha establecido un sistema educativo en el que se acentúan las desigualdades sociales, cuya expresión más clara es esa doble red en la que los menos favorecidos se ven abocados a los centros públicos, mientras que las clases medias y altas encuentran otras opciones, como los centros privados concertados, auténticas empresas privadas subvencionadas con el dinero de todos y con suficientes argucias, toleradas por la ley, para eliminar al alumnado molesto. Baste el dato de que en la Comunidad de Madrid la enseñanza pública, que representaba el 60% en el curso 1995-96, ha pasado a representar el 57% en el 2001-02, y en Madrid capital, del 60% ha pasado al 40% en estos últimos 5 años, siendo superada por primera vez por la escuela privada.

Al mismo tiempo, la ideología neoliberal, con su cantinela de modernidad y europeísmo, según la cual lo privado implica una mayor eficacia y racionalidad económica, llevó implacablemente su lógica al terreno educativo. Se considera así a los alumnos como clientes, pero sin la posibilidad de que la oferta pública pueda competir, si de eso se trataba, en igualdad de condiciones con la privada concertada. La elección, como mecanismo de mercado, supone desigualdad en la oferta y desigualdad en la capacidad adquisitiva. Digamos que algunos locales se reservan el derecho de admisión y hay clientes a los que nunca se les deja entrar. El dogma de que el mercado favorece a todos sería mera ironía si no viéramos ya sus resultados en términos de marginación social.

Si uno de los rasgos fundamentales de un sistema educativo de carácter social era su vinculación pública, el otro es su carácter de masas. No es por casualidad, entonces, que las nuevas directrices que se quieren imponer en esta materia desde el poder arremetan precisamente contra el carácter masificado de la enseñanza superior. La etapa de instrucción obligatoria, tal como se imparte hoy en día, es un periodo de encuadramiento social y de adoctrinamiento ideológico de las generaciones jóvenes en las edades de mayor receptividad y en las fases de formación en que son más moldeables. Al mismo tiempo, su supuesto carácter *gratuito* sirve como efecto multiplicador para ciertas ramas de la economía (sobre todo las

editoriales). Basta con esto para que el capital no desee cambiar la situación de los segmentos básico y medio de la enseñanza, pues su carácter masivo más bien favorece la reproducción del sistema en sus dos apartados fundamentales, económico e ideológico. Pero con la educación superior la cosa cambia. A este nivel, la información y el saber significan poder, y la clase dominante no quiere dar poder a los hijos de los obreros, no quiere dar capacidad intelectual a aquellos sectores de las clases desposeídas que puedan, en un futuro, dirigirlas contra ella.

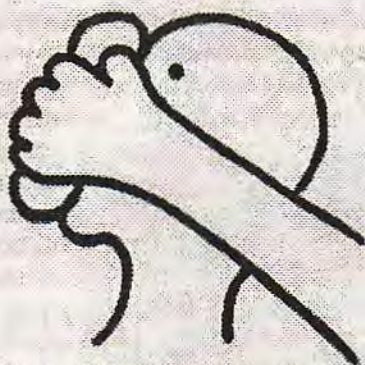
Desde hace un par de décadas, la incorporación de cada vez más sectores de la juventud obrera y pequeñoburguesa a la educación superior empezó a poner en peligro el monopolio de la cultura y de la ciencia que detentaba la burguesía. La reacción no podía sino expresarse como contrarreforma educativa de corte clasista dirigida a recuperar la tradición elitista de la educación superior. Éste es el significado

último de la LOU (que se completa con la proliferación de obstáculos académicos —que se suman a los económicos que la política educativa de los próximos gobiernos se encargará de poner en evidencia con la continuada caída de las inversiones, las becas, etc.— de la Ley de Calidad). Los tiempos han cambiado. La burguesía quiere que, como ha sido siempre, la Universidad sea para sus hijos, los futuros dirigentes, mientras que los de los obreros no deben prepararse para otra cosa que la de seguir la senda de sus padres. ¿Por qué pagar una educación de calidad y de alto nivel para el pueblo si el capital sólo necesita a las masas como fuerza de trabajo productora de plusvalía? ¿por qué compartir más de lo necesario el monopolio del saber, de la ciencia y de la cualificación para la dirección de la sociedad? Evidentemente, estas preguntas se responden por sí solas. De hecho, las elites dominantes ya habían ido preparando el terreno para

la ruina del sistema de instrucción social con la LOGSE, que ha provocado la caída en picado de los conocimientos de varias generaciones de alumnos, víctimas propiciatorias de la nueva legislación que, sin transición y sin posibilidad de acomodarse, les impondrá repentinas exigencias en honor del nuevo becerro de oro recién descubierto para mayor gloria de dios, la calidad de la enseñanza pública, en cuyo altar serán sacrificados. La trampa está tendida y, desde luego, caerán precipitadamente promociones enteras de bachilleres con pretensiones más altas. Y es que de aquella LOGSE viene esta LOU. La primera sumió en la mediocridad a los alumnos de secundaria, y, para su paso a la Universidad, la segunda les exigirá alturas culturales o, en su defecto, económicas, que la gran mayoría no poseerá. El abismo se ha abierto y se tragará el sistema público universitario y el acceso de las masas a la educación superior, paraje reservado únicamente a las generaciones de burguesitos y niños de su papá.

Esta reforma, sucesora de aquella que se inició a comienzos de los 70 por el ministro franquista Villar Palasí bajo

REFORMES



CHLOROFORME

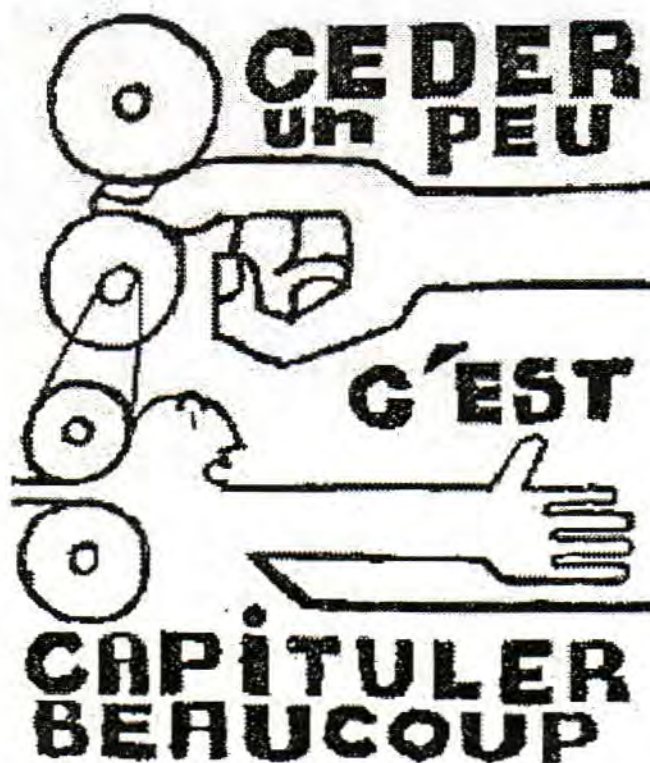
*Reformas = cloroformo
(cartel del Mayo del 68 francés)*

los auspicios del *Opus Dei*, ha perjudicado, en primer lugar, a los propios alumnos al negarles el acceso a una real igualdad de oportunidades, de modo que prevalece el medio social en el acervo cultural del individuo, al privarles de la capacidad de esfuerzo y de las condiciones necesarias para aprender y constituirse en sujetos críticos. Con los pretextos del entretenimiento, la diversión y la actividad compulsiva se les ha infantilizado e idiotizado dando lugar a sujetos irresponsables, dependientes y acríticos, dispuestos como ganado sumiso al matadero de la alineación capitalista. Y es a partir de aquí que el gobierno del PP presenta su contrarreforma o Ley de Calidad de la Enseñanza como un cambio innovador del actual sistema educativo, cuando en realidad no es más que la continuación del sistema anterior, adecuándolo más profundamente a las necesidades que el propio sistema económico demanda. Más de lo mismo, ampliado y corregido. Frente a la indisciplina en las aulas, no se buscan las causas (que inevitablemente van a encontrar en el injusto orden que ellos defienden e imponen), se crean guetos (para eso queda la enseñanza pública) y aumentan la represión recortando derechos adquiridos en la *Carta de derechos y deberes del alumnado*. Se aumentan los conciertos de la enseñanza privada arrinconando definitivamente a la enseñanza pública. Se eliminan los Centros Nocturnos, donde el trabajador puede elevar su formación, reduciéndolos a los estrictamente necesarios según la demanda de las propias empresas. Se recorta el presupuesto destinado a la creación de Escuelas Infantiles, que en la actualidad presentan un déficit de 13.000 plazas en todo el Estado, dificultando enormemente el acceso de la mujer al mundo del trabajo y obligando a las familias modestas a un desembolso económico en muchos casos insostenible por una plaza en una guardería privada. Se diversifican los itinerarios educativos, a temprana edad, en total consonancia con la división del trabajo producida por el capital y a la postre determinante en la división clasista de la sociedad y, por consiguiente, del poder. Se jalona, finalmente, todo el proceso educativo por múltiples obstáculos como la Prueba General de Bachillerato, más conocida como *Reválida*, que se suma a las pruebas específicas de cada facultad, lo que dificultará más, si cabe, el acceso de las clases más desfavorecidas a la enseñanza superior, pues no se trata de una inocente prueba objetiva e igual para todos, por encima del bien y del mal, como se nos quiere presentar, sino de una prueba inmersa y estrechamente relacionada con las condiciones en que se desarrolla: con las condiciones de división social, de desigualdad y de marginalidad que el propio sistema de dominación burgués impone.

Dos concepciones del mundo, dos modelos educativos

Aunque los comunistas prefiramos un sistema educativo de naturaleza pública antes que otro basado en la propiedad privada y en la iniciativa empresarial, principalmente porque el primero está más cerca de una educación democrática, es decir, aquella que se rige por los criterios de la igualdad de oportunidades y de los propios méritos, ambos sistemas se sitúan dentro del marco del modelo burgués de instrucción. En el plano pedagógico, la característica fundamental de este modelo consiste en que el esqueleto sobre el que se sostiene es un complejo de verificación inmediata y cuantitativa de los conocimientos, los cuales, por su parte, son entendidos sim-

plemente como *datos*. Efectivamente, sólo como *dato* puede verificarse que un concepto ha sido asimilado y forma parte del bagaje de conocimientos del alumno. Por lo tanto, el sistema exige que se considere como principal objeto de conocimiento y parte central de los contenidos curriculares de los programas de enseñanza los objetos y hechos aislados (*datos*), tomados por sí mismos, de la realidad y del mundo, por delante de sus relaciones internas, alimentando con ello una concepción del mundo empírica y fragmentaria. El sistema de verificación cuantitativa exige, como colofón, la mensurabilidad del conocimiento adquirido y el acompañamiento de los métodos e instrumentos docentes necesarios para medir la cantidad de datos aprendida por el alumno, todo lo cual deriva en la adquisición de métodos de aprendizaje memorísticos y en la inhibición de toda conciencia crítica. Igual que para el capital resulta del todo indispensable la cuenta de resultados al final del ejercicio en curso o el dato del crecimiento del PIB, es decir, igual que el capital necesita medir su desarrollo por la cantidad de los beneficios de la empresa o por la cantidad de crecimiento de la economía nacional (y no por el bienestar de la mayoría, por ejemplo), de la misma manera necesita cuantificar la utilidad del sistema educativo midiendo sus resultados. El control del saber desde parámetros computables es el *alma mater* de todo modelo burgués de educación, y la cantidad de datos asimilados es su criterio de rentabilidad. El porcentaje de fracaso escolar es lo que sirve de índice principal para valorar la utilidad de un determinado sistema educativo, no que éste pueda ayudar en la práctica al alumno en su integración en la vida adulta y en el mundo laboral (algo no medible). Para los actuales críticos burgueses, la LOGSE ha fracasado no porque ahonde en los paradigmas burgueses de la educación -acumulación de datos y fragmentación del saber-, sino porque cada vez menos alumnos superan los tests de medición de conocimientos.



*Ceder un poco es capitular mucho
(Cartel del Mayo del 68 francés)*

La naturaleza del modelo burgués de enseñanza halla sus raíces más profundas tanto en las condiciones particulares del capitalismo como en las otras más genéricas de la sociedad organizada en clases que aquél contiene. Así, por un lado, los criterios de verificación y computación de la enseñanza y la compartimentación y excesiva especialización del saber están estrechamente relacionados con las necesidades de la preparación del individuo para su adaptación en un sistema radicalmente competitivo organizado en torno al mercado. Por otro lado, la concepción fragmentaria del mundo que produce invariablemente este modelo educativo no es más que la expresión del estado en que se encuentra la fuente de los contenidos cognitivos que pretende difundir, la ciencia, bajo las condiciones de hegemonía ideológica de la burguesía, estado caracterizado igualmente por la fragmentación, la superespecialización y la proliferación disciplinar, con ausencia total de cualquier visión globalizadora o integradora de la realidad. Este estado del saber en la sociedad burguesa, a su vez, no es más que el reflejo de su organización básica erigida sobre la división social del trabajo, en general, y, en particular, de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual, división en la que uno excluye al otro y el uno —el trabajo intelectual— predomina sobre el otro —el manual—, creando una conciencia social de vilipendio en torno al papel y la práctica de éste, y la falsa percepción de que el verdadero conocimiento es sólo producto de la actividad intelectual, teórica, reflejándose esto en el predominio absoluto del instrumental teórico en todos los sistemas adoptados por el modelo burgués de educación.

El proletariado revolucionario y el comunismo, en cambio, tienen como objetivo la abolición de las clases y de su andamiaje básico, la división social del trabajo, con todas sus lacras en forma de explotación, opresión, marginación, miseria, guerras, etc. Al mismo tiempo, en su labor ideológica y teórica tratan de desarrollar una concepción integradora del mundo, describiéndolo no como suma de cosas, sino como el conjunto de las relaciones existentes entre las cosas. Frente al modelo burgués de instrucción, cuantitativo, conceptual y teórico, el proletariado defiende un modelo antagónico basado en la educación integral, politécnica y permanente de las masas, es decir, un modelo cualitativo que ponga el énfasis en la comprensión multidisciplinar del mundo en su devenir y en sus interrelaciones, y en la aplicación práctica de esos conocimientos en los distintos campos de la técnica y en las distintas ramas de la producción, rompiendo con el modelo burgués que impone la separación entre actividad teórica y actividad práctica en el proceso de aprendizaje y que enajena al pueblo de la posibilidad de participar en el desarrollo de la cultura y de la ciencia.

Naturalmente, la realización a gran escala de este modelo es imposible en el marco de la sociedad burguesa y de la economía capitalista. Más bien exige la eliminación de sus premisas económicas y político-ideológicas, eliminación que sólo es posible a través de una revolución que destruya las relaciones sociales de producción capitalistas y abra paso a la edificación de la sociedad sin clases, el Comunismo.

Cultura y Revolución

Pero la revolución es imposible sin cultura. La burguesía quiere eliminar las vías de integración de las masas en el sistema educativo, sobre todo en su nivel superior, no sólo porque desea liquidar con ello al movimiento estudiantil como movimiento social y su peligrosísima potencial alianza revolucionaria con el movimiento obrero, sino también porque es plenamente consciente de que una obra de tal envergadura como es la transformación de la sociedad es impensable si la clase revolucionaria no está armada con la ciencia y el saber. Separar a los hijos de los obreros de la formación cultural es la primera forma que encuentra la burguesía para evitar o frenar la formación de cuadros dirigentes para la lucha de clase del proletariado. Y, ciertamente, para éste se trata también de una cuestión crucial.

El desarrollo del proletariado como clase revolucionaria necesita la fusión del movimiento obrero con la ideología revolucionaria, el marxismo-leninismo; es decir, la unidad teórico-praxeológica que cristaliza en forma de Partido Comunista. En la actualidad, tal unidad no existe porque se desintegró cuando en nuestro país el Partido Comunista de España (PCE) fue sometido a todo un proceso de liquidación organizativa, ideológica y política por parte del revisionismo, al menos desde los años 50. La Reconstitución del PCE en todos sus ámbitos, pues, es la tarea más inmediata que deben acometer los destacamentos de vanguardia del proletariado: Reconstitución que no debe ser entendida como recuperación del partido de Frutos y Llanazares, partido oportunista, al servicio de la aristocracia obrera y de la pequeña burguesía, que debe ser destruido por el proletariado, sino como algo de mayor alcan-



*Rompamos los viejos engranajes
(Cartel del Mayo del 68 francés)*

ce y calado que consiste en recuperar al verdadero PCE sobre la base de aquella unidad entre la práctica política de la lucha de clase del proletariado y la teoría marxista-leninista que le inspire ante los problemas estratégicos y tácticos y que le presente siempre como horizonte y objetivo último el comunismo, como obra suprema de emancipación de la humanidad de todas las lacras de la sociedad de clases.

La teoría revolucionaria, el marxismo-leninismo, por su parte, es el fruto de la síntesis científica de las grandes conquistas del pensamiento humano con la experiencia de la lucha de clase del proletariado. De la misma manera, esta síntesis también fue víctima de la labor liquidadora del revisionismo; de hecho, los problemas teóricos y prácticos que plantea su reformulación y actualización son los primeros que los miembros más conscientes de la clase obrera deben abordar, porque sin su solución no podrá culminarse la gran tarea de recuperación del partido de vanguardia necesario para la revolución proletaria. Pero la solución feliz y correcta de esos problemas requiere la implicación de la ciencia y el dominio de amplios campos del conocimiento teórico. En este punto adquiere toda su relevancia el papel que la cultura juega en la lucha por preparar las premisas políticas y organizativas de la revolución y la importancia para la lucha a largo plazo por la emancipación de la existencia de instituciones que permitan el acceso de las masas populares al conocimiento. En este punto, también, comprendemos el verdadero significado de las reformas educativas de la burguesía, que no van dirigidas única y exclusivamente hacia la separación del pueblo de la cultura para ahorrarse recursos en sectores sociales que el capital sólo necesita como máquinas de producir plusvalía, sino que también persiguen obstaculizar el cumplimiento de los requisitos teóricos y prácticos necesarios para que el proletariado construya sus instrumentos políticos revolucionarios.

Recientemente, en el pasado año 2001, los obreros de *Sintel* protagonizaron una lucha de gran repercusión pública. La burguesía, a través de sus *mass media*, se hizo eco de esa lucha porque veía en sus métodos algo inocuo, digno de ser ofrecido como ejemplo al resto de los sectores del proletariado inmersos en procesos similares de precarización o de despido laboral. Y es verdad que el modelo de resistencia *respetable* que este colectivo de trabajadores ofreció durante meses no es, precisamente, lo que mejor podemos destacar a título de lección de la experiencia de *Sintel* desde el punto de vista general de la lucha de clase del proletariado. Pero algo sí nos ha legado el *Campamento de la Esperanza* del madrileño Paseo de la Castellana merecedor de ser difundido en el seno de la clase obrera como lección positiva de la que es preciso ex-



*Fábricas-Universidades-Unión
(Cartel del Mayo del 68 francés)*

traer conclusiones políticas. Y es que el campamento permanente, organizado como una pequeña ciudad en pleno corazón de la capital y erigido con las pétreas manos y las claras mentes de los obreros de *Sintel*, demuestra que tenemos una clase obrera madura para construir la nueva sociedad, que poseemos un proletariado organizado, disciplinado y lo suficientemente culto como para organizar por sí mismo el edificio social. Esta es la gran lección de la lucha de *Sintel*, lección a la que, naturalmente, han puesto sordina los plumíferos del capital, pero algo objetivo e irrefutable, presente permanentemente durante meses ante los ojos de quien quisiera verlo. Pero como consecuencia de esta feliz constatación, se impone la pregunta: ¿está la vanguardia del proletariado a la altura de la clase?; ¿reúne las condiciones adecuadas de organización, disciplina y cultura como para ponerse a la cabeza de ese proletariado y dirigirlo correctamente no sólo en la conquista del poder, sino también en la hercúlea obra de construcción de una nueva sociedad si aquél se lo demandase? La respuesta, evidentemente, es negativa. Transformarla en positiva es la tarea más acuciante de los revolucionarios de hoy. Y en relación con esta tarea ha surgido aquí y ahora una batalla crucial de cuyo resultado depende en gran parte que en el futuro nuestra clase obrera pueda dotarse de unos representantes y de unos dirigentes revolucionarios dignos de ella: la batalla por el acceso a la cultura, a la educación superior, de las masas. Los estudiantes deben tomar conciencia de esta faceta de su actual lucha y apostar decididamente por un sistema educativo que permita formar intelectualmente a las próximas generaciones de obreros, y por poner sus luchas y el espíritu de su trabajo en la perspectiva de la lucha por la Reconstitución del Partido Comunista, para que el sistema educativo sea también en el futuro una cantera de cuadros revolucionarios dispuestos a ponerse a la cabeza de la obra emancipadora del proletariado.

La Línea Militar de la Revolución Proletaria en Colombia

A continuación, concluimos la publicación de este interesante trabajo cuya primera parte dimos a conocer en el número anterior de *La Forja*. En ella, los camaradas de la Unión Obrera Comunista de Colombia (Marxista Leninista Maoísta) explicaban, en sendos capítulos, los principios de la guerra, en general, y de la Guerra Popular, en particular. Ahora, después de resumir estos últimos, veremos un esbozo histórico de la lucha armada popular en aquel país y, después, la propuesta de Línea Militar para la futura Revolución Proletaria colombiana.

CONCLUSIONES DEL CAPÍTULO II

La guerra popular es la guerra de las masas

Como hemos visto, a lo largo de este recorrido histórico, la guerra popular es la guerra consciente de las masas del pueblo. Ella tiene una diferencia cardinal con respecto a la manera cómo rutinariamente se concibe la guerra, como el enfrentamiento entre ejércitos regulares.

La guerra popular está basada en el armamento general del pueblo y en su organización para la guerra. Toda la historia demuestra que la guerra popular es la única que puede combinar acertadamente, y detrás de un objetivo estratégico común, los esfuerzos del ejército regular con diversos destacamentos irregulares como las milicias, los grupos guerrilleros y las insurrecciones de las masas. La Guerra Popular es la guerra consciente de los hombres, mujeres y niños del pueblo.

La Guerra Popular es invencible

El materialismo histórico, que concibe que son las masas las protagonistas y las hacedoras de la historia ha confirmado su solidez también en este terreno. La omnipotencia de la Guerra Popular, su superioridad son incuestionables, incluso para las clases reaccionarias. Son las masas la fuerza principal, el arma realmente invencible en la guerra, fuerza frente a la cual cualquier ejército y fuerzas, por poderosos que sean, sucumbirán.

No la pueden dirigir las clases reaccionarias

Sólo la pueden realizar las clases revolucionarias y sólo puede conducirlos a la victoria final la clase obrera. La guerra popular es incompatible con los intereses de las clases reaccionarias porque ella es profundamente revolucionaria, se apoya en las masas, beneficia y está ligada a sus aspiraciones y objetivos. La guerra popular no puede separarse de las aspiraciones de las masas porque ése es motor propulsor que las hace batirse hasta la muerte, y esos intereses, generalmente, son antagónicos a los de las clases reaccionarias.

Pero además, la guerra popular jamás podrá ser dirigida por las clases reaccionarias porque implica la concepción proletaria del mundo y del papel de las masas en la historia que es contrario al de las clases reaccionarias. Ella concibe a las masas como las hacedoras y las protagonistas de la historia y la de las otras clases por el contrario parte de que son los grandes hombres. Una le apuesta todo a las masas, la otra le apues-

ta todo a los jefes o caudillos y a la técnica. Una exige la participación consciente de las masas en la guerra, la otra utiliza a las masas como carne de cañón.

Sólo pueden entonces promoverlas las clases oprimidas y revolucionarias, y únicamente puede conducirlos a la victoria la clase obrera. Este hecho, confirmado por la historia, tiene su base en que todas las clases, a excepción del proletariado, tienen intereses mezquinos y defienden el privilegio de explotar a otros, lo que les da la particularidad de ser ambivalentes y de cambiar frecuentemente de acuerdo a cómo las afecte la situación general, es decir son firmes e incluso aventureras cuando su situación es desesperada y la revolución está en ascenso, y son cobardes cuando su situación económica y social mejora o cuando la revolución está en dificultades.

Necesita la dirección del proletariado y de su Partido

Por muchas pruebas de heroísmo y por muchos intentos que hagan las clases oprimidas en una guerra, fracasarán si no están dirigidas por el proletariado a través de su partido político. Ésta es la historia de todas las guerras, insurrecciones y levantamientos de las masas. Sólo el Partido Proletario puede garantizar una conducción estratégica firme y serena: su concepción del mundo materialista, su método dialéctico, y su punto de vista proletario le permiten desprenderse del subjetivismo en la guerra y adelantar la lucha conscientemente.

Hoy cuando el mundo madura aceleradamente el estallido de la guerra popular en todos los rincones de la tierra, los proletarios revolucionarios debemos aprehender este arte, para estar a la altura y aprovechar las oportunidades que vendrán. La construcción del Estado Mayor de la Guerra Popular, el Partido, tanto en cada país como a nivel Internacional, es la tarea más urgente de los comunistas revolucionarios.

La Guerra Popular puede tomar distintas formas

La guerra popular como guerra de las masas puede adquirir diversas formas dependiendo de las contradicciones que pretenda resolver. La insurrección que dio el poder al proletariado en Rusia en 1917; la guerra prolongada defensiva contra los ejércitos blancos del 18 al 21 para sostener el poder de los soviets; la Guerra Popular Prolongada que en 1949 instauró la República Democrática Popular China; la guerra defensiva internacional de la clase obrera que le arrebató al

imperialismo la mitad de Europa a mediados de los 40; todas ellas, hacen parte del arte militar proletario, son formas diversas de la guerra de las masas, de la Guerra Popular.

Si bien sigue siendo válido que la Guerra Popular tome el camino de cercar las ciudades desde el campo en los países semifeudales y semicoloniales, y la forma de insurrecciones en los países capitalistas, el proletariado revolucionario debe des-

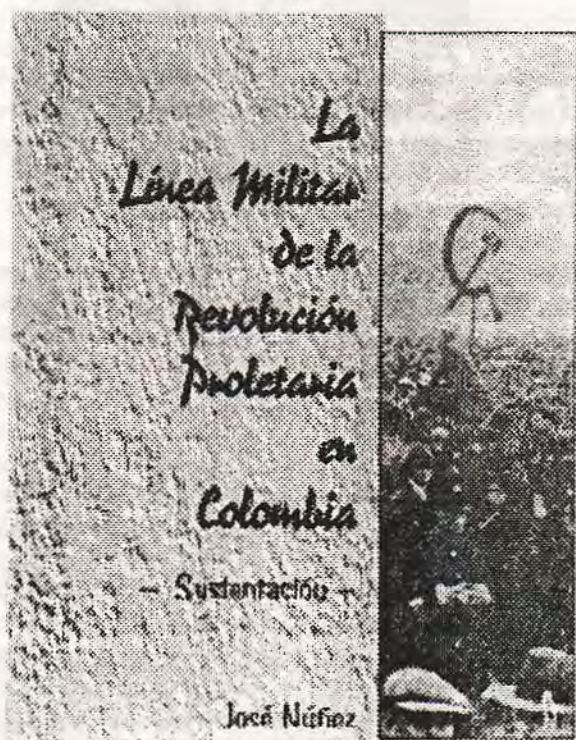
cubrir en cada país la importancia estratégica del trabajo de preparación de las masas para la guerra tanto del campo como de la ciudad; así mismo debe prevenir la intervención armada de los países donde la reacción domina, que, como lo constata la historia desde 1871 en la Comuna de París hasta nuestros días, ha sido la constante, e incluso debe estar preparado para enfrentar la posibilidad de una guerra internacional.

II. BREVE HISTORIA DE LA LUCHA ARMADA EN COLOMBIA

El pueblo colombiano cuenta con una gran tradición de lucha que va desde la época de la conquista por parte de España hasta nuestros días. Esta historia está llena de apasionantes lecciones no sólo de heroísmo de las masas, sino que además constituye un valioso arsenal de enseñanzas para el Partido del proletariado que dirigirá la guerra popular por las transformaciones revolucionarias que está exigiendo la sociedad.

Distintos historiadores cuentan de las innumerables hazañas de resistencia, como el incendio en varias ocasiones de «Santa María la Antigua del Darién» en las costas caribes a manos de los nativos que obligó a los españoles desistir definitivamente de la idea; la guerra de resistencia sostenida por más de treinta años por parte de diversas tribus caribes en las zonas mineras de Antioquia; contando además con las que prefirieron hundirse en lo más profundo de las selvas para huir de la esclavitud y el servilismo.

Cuenta en «Los Inconformes», Ignacio Torres Giraldo, uno de los grandes dirigentes proletarios de principios del siglo XX, que: «*Los indígenas fueron, en general valientes ante el cataclismo de la invasión, y como valientes en su mayoría murieron. ¡Su resistencia en masa tenía el límite de la muerte! Pero no tenían armas de calidad para oponerlas a los invasores, ni corazas, ni caballos, ni perros amaestrados, y menos todavía la perversión aventurera, la insaciable ambición del despojo y dominio que trajeron, como herencia de ochocientos años de guerra con los moros, los españoles a tierras de América.*»



El odio acumulado durante tres siglos de explotación y opresión inmisericorde hizo explosión con la insurrección de los comuneros que se cuenta entre los levantamientos precursores de la guerra de liberación de los pueblos latinoamericanos contra el coloniaje español. Ella se unió al levantamiento dirigido por Tupac Amará en el Perú y fue continuación de los levantamientos en Paraguay con unas connotaciones especiales y particulares que la diferencian de las demás.

El intento de Tupac Amará tenía que fracasar porque se proponía rehacer el imperio incaico, utopía irrealizable para una época que planteaba nuevas tareas y nuevos propósitos. Tupac Amará pretende devolver la rueda de la historia desconociendo las nuevas relaciones sociales y las clases y grupos humanos que conforman la sociedad.

En Paraguay, representantes cultos de las clases acomodadas, adoptando los textos de los enciclopedistas franceses, trataban de hacer parecer los pueblos de la colonia española al más moderno estado de Europa en esa época. «*El poder del común —dice Mompó, uno de los ideólogos de este movimiento— de cualquier república, ciudad, villa o aldea es más poderoso que el mismo rey.*» (Germán Arciniegas, «Los Comuneros», pág. 68) Apoyados en ideas como esa, fueron levantadas las masas y expulsados y «expropiados» los jesuitas, declarados ilegales los impuestos, alcabalas y demás cargas contra el pueblo.

El movimiento de los Comuneros tiene la particularidad de que surgió de lo más hondo de las entrañas del pueblo. Las masas, temerosas de las represalias futuras, ponen como sus jefes y capitanes a representantes de las clases acomodadas, algunos incluso son obligados bajo amenaza de perder la vida como le sucedió a Salvador Plata y a otros tantos, quienes para «salvar su alma» dejan constancia ante los jueces, por eso no es correcto juzgar esa gente como traidores, como comúnmente se hace. La insurrección de los Comuneros está asociada al nombre de José Antonio Galán un hombre del pueblo que conquistó su puesto de capitán por su valor, su comprensión profunda del movimiento y su negativa a capitular ante el gobierno. De Charalá en los montes de Santander hasta las llanuras del valle del río Magdalena en Honda y Mariquita los hombres a su mando tumban los gobernantes, reparten entre el «común» los tesoros de los mandatarios y fortalecen sus tropas en un gigantesco movimiento revolucionario. «Unión de los oprimidos contra los opresores» son las banderas de los desposeídos y aplastados por el régimen colonial que en la boca de Galán se convierten en un grito de guerra, que todavía hoy, los pobres en Colombia recuerdan con cariño. La osadía de este guerrero fue cobrada con sevicia por las clases dominantes, quienes descuartizando su cuerpo pretendieron acallar el sueño libertario de los pueblos de América.

La guerra de liberación o de independencia mostró la capacidad de lucha del pueblo para librar una guerra prolonga-

da que tuvo como escenario no sólo el propio territorio colombiano sino el de los países vecinos como Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia. No fueron los grandes hombres de las clases pudientes, como Bolívar y Santander, quienes condujeron al pueblo a la victoria, sino los grandes guerreros surgidos de las entrañas del pueblo, como Páez, quienes dando pruebas de enorme coraje supieron conducir a las masas de esclavos y siervos en la guerra libertaria, mientras los de arriba se disputaban los beneficios aún antes de conquistada la victoria.

El siglo XIX vio sucederse una a otra multitud de guerras civiles donde la masa de los campesinos sirvió de carne de cañón en el enfrentamiento entre la ascendente burguesía comercial y los terratenientes. Como se sabe, en ellas el campesinado jamás logró la propiedad sobre la tierra; en ninguna de ellas aparece con una organización propia que reivindicara sus intereses; la burguesía naciente, miedosa ante el peligro de avance del movimiento campesino, siempre reculó. Cada guerra de éstas terminaba con el establecimiento de una nueva constitución ya aboliendo los privilegios de los terratenientes y la iglesia, ya restableciéndolos. Finalmente, culminaron con una alianza reaccionaria que sentó las bases del desarrollo del capitalismo en Colombia por lo que se conoce como vía reaccionaria o terrateniente, es decir, mediante el aburguesamiento de los terratenientes y el enfeudamiento de la burguesía.

La ley del desarrollo del capitalismo en el campo en Colombia ha sido el despojo violento de los campesinos de sus medios de producción y de vida, acompañado de la protección y defensa de los nuevos propietarios por medio de las armas y de armisticios entre la burguesía y los terratenientes; una parte de la burguesía se volvió propietaria de grandes extensiones de tierra y los terratenientes se convirtieron, además de propietarios de la tierra, en explotadores de fuerza de trabajo.

Dice nuestro proyecto de programa que: *«Esta vía es dolorosa para las masas trabajadoras del campo; costosa socialmente; impregna a toda la sociedad burguesa de un carácter especialmente reaccionario; enfeuda a la burguesía y aburguesa a los terratenientes; pone de presente con especial agudeza, todas las contradicciones insuperables que clásicamente conlleva el capitalismo en la agricultura. Este proceso efectuado a partir de la II guerra imperialista, pasó del predominio de la economía terrateniente, basada en la explotación de los campesinos por el pago de la renta del suelo en trabajo y en especie, al predominio de la economía capitalista, basada en la explotación del proletariado agrícola por parte de la burguesía agraria y el pago al terrateniente de la renta del suelo en dinero.»* (Pág. 24).

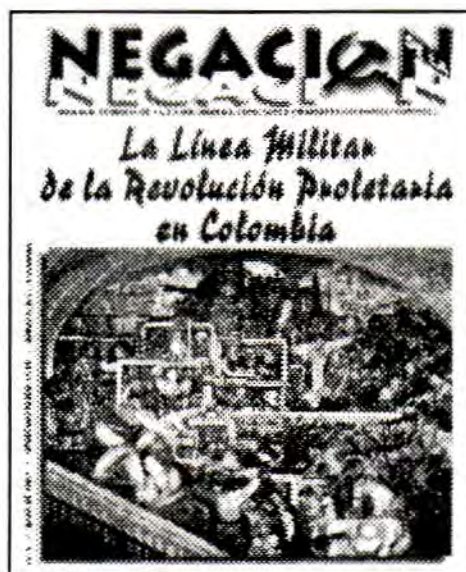
El siglo XX fue recibido en medio del fuego de los fusiles de la guerra de los mil días, que al igual que las guerras anteriores culminó con una nueva alianza reaccionaria. Pero el nuevo siglo y el desarrollo del capitalismo hicieron madurar y aparecer un nuevo protagonista en las guerras: la clase obrera. Las contradicciones no resueltas en el siglo anterior fueron la causa de muchos levantamientos campesinos que unidos a la lucha revolucionaria de la clase obrera hicieron estremecer el país en la década del 20 y principios de la década del 30.

Especial importancia tienen dos grandes hechos que se constituyen en hitos de la lucha revolucionaria de las clases oprimidas por el poder político, no ya para las clases poseedoras como en las guerras anteriores, sino para ellas mismas, y donde, a pesar de las limitaciones de la época, se proponen resolver las contradicciones por la vía de las armas. Estos

grandes hitos son: la huelga de las bananeras y su desencadenamiento en confrontación armada, y la insurrección en el Líbano.

La zona bananera en Colombia comprendía Santa Marta, Ciénaga, Aracataca y Río Frio; toda la zona estaba bajo el dominio de los imperialistas norteamericanos a través de la United Fruit Company que mantenía a los obreros en unas condiciones de superexplotación: salarios de hambre, contratos a través de subcontratistas, pago estaba convencido que la huelga se en vales que eran cambiados por comida y artículos de primera necesidad en los "comisariatos" de la compañía, ningún servicio de salud...

El 13 de noviembre de 1928, diez años después de ser burladas sus peticiones (en 1918 los obreros habían presentado un pliego de peticiones) cerca de 30 mil obreros deciden lanzarse a la huelga para hacerse oír y alcanzar sus reivindicaciones, dirigidos por el Partido Socialista Revolucionario —PSR— en cabeza de Arturo Mahecha e Ignacio Torres Giraldo. Por los intereses que tocaba y por la radicalidad del movimiento, la huelga se transformó rápidamente en una huelga política revolucionaria antiimperialista. La respuesta de las clases do-



minantes no se hizo esperar e inmediatamente envió las tropas del ejército y dio poder absoluto al general Cortés Vargas para imponer el estado de sitio —estado de guerra— en la región y tratar a los huelguistas como si fueran tropas invasoras. Desde el 5 de diciembre se instauró un régimen de terror en la región.

El PSR no era un partido obrero auténtico, en él convergían distintas corrientes y predominaban las posiciones liberales lo que le impidió entender el carácter de este movimiento. Sus dirigentes estaban divididos y pensando en cosas distintas: Prieto y Castrillón, agentes del liberalismo en el seno del partido, no estaban interesados en la lucha obrera sino en congraciarse con la burguesía; Tomás Uribe Márquez estaba convencido que la huelga se contraponía a los planes que había acordado con los generales liberales reaccionarios para dar un golpe de Estado el año próximo; incluso los dirigentes prácticos de la huelga estaban divididos, pues Torres Giraldo consideraba que la huelga era una simple huelga económica y Mahecha, entusiasmado por la efervescencia de las masas y la simpatía de algunos soldados, cambió la orientación inicial y pretendió transformar la huelga en una confrontación armada para lo cual ni el partido, ni el proletariado, estaban preparados

aún.

Las tropas se dedicaron a la persecución de los dirigentes y la intimidación, robo, saqueo y abusos contra la población de la zona: además le fue ordenado recoger el banano de las plantaciones a lo cual los obreros respondieron con el sabotaje, algunas escaramuzas y el descarrilamiento del tren que sacaba el banano al puerto, así como trabajo de propaganda y agitación entre los soldados logrando la simpatía de algunos de ellos.

En la madrugada del 26 de diciembre, los obreros que se encontraban concentrados en la plaza central de Ciénaga esperando la solución que traerían las autoridades, son rodeados por la soldadesca y a la orden del asesino Cortes Vargas las ráfagas dejan tendidos en la plaza los cuerpos de hombres, mujeres y niños cuya cifra exacta no se sabe pero que sobrepasan los 1.000 según los testimonios de los sobrevivientes; los asesinos tuvieron la precaución de recoger los cuerpos, trasladarlos en los vagones del tren y arrojarlos al mar. Al día siguiente, las tropas se lanzan contra todo aquello que pareciera huelguista o familiar, una ola de asesinatos, encarcelamientos, violaciones y saqueos son cometidos a nombre de la ley y el orden. Más de 600 procesados entre hombres y mujeres fueron repartidos en las diferentes cárceles del país, algunos dirigentes, como en el caso de Torres Giraldo, fueron desterrados.

Las lecciones de esta experiencia fueron magistralmente extraídas por la Internacional Comunista (III Internacional) y cuya síntesis hace conocer a través de una carta de febrero de 1929, enviada al Partido Socialista Revolucionario (PSR) y en la cual dice:

«1. La primera enseñanza, cuya importancia ya señala vuestra carta, es que el Partido debe aprender a hacer un análisis de la situación objetiva, de la fuerza del proletariado, de su voluntad de lucha y de su organización; de la fuerza de la burguesía, de la mentalidad de los soldados, etc..., basado en un estudio de los hechos y de las cifras hecho con sangre fría. El partido se ha dejado guiar sobre todo por impresiones sentimentales...

2. ... La lucha heroica y encarnizada de los obreros de las plantaciones de bananas ha demostrado la extraordinaria combatividad revolucionaria y el espíritu de sacrificio y de lucha de clases de los trabajadores colombianos... El rol del Partido es de preparar mejor esas luchas, de coordinarlas para asegurar la victoria...

3. La experiencia que vosotros habéis extraído durante la huelga en las plantaciones de bananas demuestra la necesidad del trabajo sistemático en el ejército. Conquistar la simpatía de los soldados es una condición del éxito para las luchas de la clase obrera y campesina. Esto es relativamente fácil en Colombia, puesto que el ejército es formado en su gran mayoría por campesinos y obreros cuyos intereses son los mismos que los del proletariado y de los campesinos en lucha...

4. ... la solidaridad... la ligazón con los campesinos del carácter anti-imperialista dado en la lucha, de la simpatía de los soldados fueron justas, pero ellas se produjeron bastante tarde y no fueron preparadas...

... Vosotros habéis muy justamente dado a la región de las plantaciones la directiva de no confundir la huelga con la revolución, [pero]... habéis, más tarde, como consecuencia de un análisis de la situación, lanzado la iniciativa de pasar a la acción directa, sin considerar todavía el movi-

miento como revolucionario... » (Citado por Carlos Arango Z. en "Sobrevivientes de las Bananeras", págs. 161-165).

Seguidamente analiza más particularmente las causas de la derrota esclareciendo los errores ideológicos, políticos y de organización cometidos por el partido y sus jefes en la conducción del movimiento de lo cual podemos extraer las siguientes lecciones:

1. No se puede contraponer la huelga económica con la huelga política revolucionaria. La huelga de las bananeras «*tiene un carácter político muy netamente antiimperialista... La multiplicación y la extensión de los movimientos 'económicos' tal como la huelga en las plantaciones de bananas, es la condición indispensable de la revolución, que si ella no está ligada a tales movimientos, si ella no parte de ellos, si ella no se desenvuelve sobre la base de las reivindicaciones de las masas no será más que una conspiración militar.*» (Idem, págs. 165-166).
2. La Internacional condena el aventurerismo y advierte al partido en el sentido de que debe modificar completamente sus métodos de trabajo y preparar, así sea una simple huelga económica, como si fuera una batalla. «*... Cuando el Partido ha lanzado directivas para que la huelga se oriente en la vía de la acción directa, es decir, acentúe su carácter revolucionario y político, el partido no tenía ninguna preparación seria en el resto del país ni en el ejército para asegurar la seguridad hasta elemental de los obreros y de los soldados durante la huelga.*» (Idem, pág. 166).
3. La falta de preparación y de organización del Partido lo condujo a cometer un error táctico más grave. Una vez las tropas son lanzadas contra las masas y ante su impreparación «*el partido se ha dirigido al gobierno para demandar su intervención a fin de resolver el conflicto... El gobierno colombiano, como todos los otros gobiernos, no es un órgano que se encuentra por encima de las clases y que pueda intervenir como árbitro imparcial en sus luchas. Es un órgano de explotadores, de los grandes terratenientes, de los capitalistas, del imperialismo yanqui...*» (Idem, pág. 167).

Un año después, envía otra carta recalando sobre los errores del partido ante su negativa a corregir e incluso ante su negativa de hacer conocer a la base del partido aquella carta. En ella, se llama expresamente a los obreros de base a expulsar a los liberales de las filas del partido obrero y se condenan las traiciones de Tomás Uribe Márquez, de M. Prieto y Castrillón.

La experiencia de 1929 demostró el fracaso de la política llevada a cabo por Uribe Márquez y el Comité Central que se basaba en la alianza con algunos generales liberales quienes se esforzaban por utilizar el movimiento revolucionario en provecho del imperialismo yanqui; la ilusión putchista maniató al partido para extender la lucha en todo el país y dejó a los obreros de las bananeras aislados facilitando que fueran aplastados por la burguesía. «*Esta política es anti-comunista*» dice la carta de la Internacional.

«*Nuestra insurrección, nuestra revolución no se prepara en pequeños círculos de conspiradores, independientes de los movimientos de huelgas y de las reivindicaciones de masas, sino mediante el desarrollo mismo de esos movimientos de masas, mediante la multiplicación de las huelgas, la movilización creciente de obreros y campesinos y su atracción a la lucha por el poder y por la revolución...*» (Idem, pág. 171).

M. Prieto y Castrillón por su parte, seis meses después de la masacre, habían hecho llamados al gobierno asesino a la paz y a las reformas, Castrillón además había urdido intrigas por separar el partido de la Internacional. La Internacional condena enérgicamente tanto el servilismo de Prieto y Castrillón y califica de crimen la actitud del último, «cuando lame las botas de los gobernantes y se esfuerza por desprender al proletariado de Colombia de la I. C.» y culmina con un fervoroso llamado:

«El poder no será conquistado por los trabajadores sino mediante la lucha violenta, la lucha armada de la masa, que destruya la odiosa caricatura burguesa de la democracia para sustituirla por la representación de los trabajadores exclusivamente» (Idem. pág. 183).

La experiencia de la insurrección en el Líbano (Tolima) o lo que se conoce desde esa época como «Movimiento de los Bolcheviques del Líbano» tiene el mérito de ser tal vez la primera insurrección armada en América Latina protagonizada por un ejército de campesinos y semiproletarios dirigido y en alianza con otros trabajadores urbanos (obreros y artesanos principalmente) cuyo programa político era el cambio radical de la sociedad: expropiación y redistribución de la tierra y de toda la propiedad privada.

La insurrección en el Líbano hacía parte de los planes que el PSR había concertado con los generales liberales, con la particularidad de que allí fueron los trabajadores quienes la organizaron.

El Líbano es un pueblo escondido en las montañas del Tolima; en los años veinte era un centro cafetero importante que ocupaba el primer lugar en la producción de grano en el departamento y el tercero en el país después de Fredonia (Antioquia) y Rionegro (Santander). Las clases sociales en su área rural estaban polarizadas así: de un lado, un puñado de terratenientes dueños de la mayor parte de las tierras cultivadas de café y, del otro, una inmensa mayoría de jornaleros, tabloneros (según Gonzalo Sánchez «trabajadores permanentes a cuyo cargo estaba el cultivo de una sección de la hacienda (tablón), y a quienes se daba un tanto por cuartilla de café recolectado como pago. Ellos, a su vez, tenían entre sus funciones la del pago de los jornaleros que contratasen», págs. 24-25, «Los Bolcheviques del Líbano - Tolima»), y pequeños propietarios. Las clases sociales en su área urbana estaban divididas a su vez entre una minoría de burgueses y comerciantes propietarios de 6 trilladoras que ocupaban más de 600 mujeres, cuatro fundiciones para la fabricación de máquinas despulpadoras, trapiches, lebas, molinos, ruedas hidráulicas, etc., una fábrica de chocolate, tres o cuatro trilladoras de maíz y varias comercializadoras del grano, algunas de ellas exportadoras directamente; y en su parte contraria una masa de proletarios, artesanos y pequeños comerciantes. (Cfr. Los Bolcheviques del Líbano).

Para esta época se deja sentir la crisis mundial con el consabido despido en masa de miles de obreros, la rebaja de los salarios y la caída del precio internacional del café que condujo a la ruina a gran cantidad de campesinos; todo esto ocasionó las grandes huelgas y los levantamientos que se sucedieron a lo largo y ancho del país como respuesta de las masas a finales de la década.

El Líbano no escapó a la efervescencia revolucionaria de las masas quienes seducidas por las ideas socialistas del PSR y el prestigio de sus dirigentes (María Cano visitó en el 27 esta población) organizaron varias sociedades obreras que

actuaban clandestinamente desempeñando diversas actividades educativas, organizativas, políticas y militares. «El movimiento del Líbano —dice Gonzalo Sánchez— es la culminación de toda una década de agitación político-social que se agudiza con los efectos de la crisis mundial en el país» (Obra citada pág. 65).

La insurrección se organizó con un plan meditado y detallado: el 28 de julio a la media noche, cuatro columnas de combatientes, armados con fusiles Mausser y Grass, escopetas, bombas y machetes afilados por ambos lados, avanzan por los cuatro costados de la ciudad cubriendo las vías de acceso, cada columna de éstas contaba con varios cientos de combatientes, por ejemplo, la que dirigía Pedro Narváez, zapatero dirigente práctico de la insurrección, contaba con unos 300 hombres. La explosión de tres bombas dirigidas contra la casa del alcalde, contra la del jefe de la cárcel y contra el cuartel de la guardia civil serían la señal para que los grupos urbanos se lanzaran a la acción con el respaldo de las cuatro columnas que sitiaban la ciudad.

De las tres bombas sólo una estalló creando desconcierto en los insurrectos, las columnas que esperan la explosión de las demás perdieron la iniciativa para lanzarse a la ofensiva, los grupos urbanos actuaron de manera dispersa, de tal forma que la guardia civil y voluntarios de las clases dominantes organizaron un plan de defensa para el cual ya tenían todo preparado pues la insurrección se esperaba desde hacía una semana.

En los corregimientos las cosas fueron a otro precio, los revolucionarios conquistaron efectivamente el poder y obligaron a las autoridades a rendir homenaje al nuevo poder; en Dosquebradas fueron intensos los combates dando como resultado la muerte del propietario de una de las más grandes haciendas cafeteras.

Inmediatamente las autoridades centrales enviaron refuerzos del ejército y la policía a la zona; el día 30 ya contaba la reacción con más de 50 hombres de refuerzo enviados desde Armero. Pedro Narváez, que ignoraba que la proyectada insurrección nacional había desembocado en unas pocas rebeliones locales mantuvo el cerco sobre la ciudad y envió mensajes de rendición al alcalde. La respuesta fue la salida de un contin-



gente contrarrevolucionario que ganó la primera batalla a campo abierto a dos kilómetros del poblado. «El héroe de los revolucionarios —narra Gonzalo Sánchez— fue Iginio Forero quien para cubrir la retirada de sus compañeros lanzó una bomba que debía volar el puente del Río, la cual no cumplió su cometido. Entonces Iginio, que conocía el oficio, puesto que era exreservista del ejército, se atrincheró solo al otro lado del puente, y con una carabina resistió a los adversarios hasta cuando una bala lo inmovilizó...» (Op. Cit. Pág. 86).

Nuevos refuerzos llegaron para la contrarrevolución que al final de la semana contaba con «al menos 400 soldados y un número imposible de determinar de civiles armados en apoyo a las autoridades. La cifra de presos se elevaba a 160» según Sánchez que toma las cifras de *El Tiempo* del 4 y 5. Según *La Vanguardia Liberal* de Bucaramanga del 2 de agosto, «un ejército de cuatro mil hombres en su mayoría voluntarios disciplinados por el ejército hace la defensa de la población».

Crecían los refuerzos contrarrevolucionarios y con ellos la ola de terror para aplastar a los revolucionarios que se dispersaban. Más de un millar de detenidos, varios asesinados, algunos dirigentes obreros y campesinos fueron torturados públicamente como escarmiento. Dice Sánchez que: «Aunque dado el carácter masivo del levantamiento, todo campesino era un militante potencial, la operación represiva fue facilitada por el hecho de que uno de los líderes (Faustino Arango) hubiese sido capturado en los primeros días de la insurrección con las listas de los Comités Revolucionarios». (Op. Cit. Pág. 93)

Desde el punto de vista militar, esta experiencia deja varias lecciones importantes:

En primer lugar, la insurrección fue organizada y planificada con toda la seriedad que requería el asunto: un programa político que movilizó a las masas de jornaleros y campesinos (cafeteros fundamentalmente) y a los obreros y artesanos en cuyas manos cayó la dirección.

En segundo lugar, se organizaron los destacamentos que fueron armados con armas de fuego, bombas de dinamita y las que los propios combatientes fabricaron, machetes afilados por ambos lados, bombas incendiarias, etc.

En tercer lugar, se eligió el día y la hora y se decidió conscientemente la dirección del golpe principal y los secundarios, así mismo se estableció con anterioridad la concentración de las fuerzas principales y la marcha de los insurrectos sobre la población.

La insurrección fracasó y fue aplastada, muchos de los insurrectos fueron encarcelados, otros asesinados posteriormente y una parte huyó. El fracaso tiene que ver con el carácter de la dirección general y los errores que la Internacional Comunista criticó al PSR y a sus jefes, como el putchismo (la ejecución de levantamientos aislados sin coordinación nacional y la conspiración con los liberales) pero en particular con errores en el arte de la insurrección:

La coordinación en el tiempo de las acciones y el fallo de las señales (el estallido de tres bombas era la señal del inicio y sólo estalló una) ocasionaron que se desaprovechara el factor sorpresa y permitió que las clases dominantes se reagruparan y pidieran refuerzos; mientras una de las partes de las fuerzas populares combatía, las dos terceras partes restantes quedaron inactivas.

Una vez se había perdido la iniciativa en el ataque y el

enemigo había reforzado sus efectivos con tropas enviadas desde varias ciudades, las fuerzas populares desinformadas de esos movimientos ofrecieron un combate en campo abierto contra tropas superiores.

La insurrección del Lfbano fue aplastada pero dejó lecciones de heroísmo y habilidad militar que más tarde, en la década del 40, fueron retomadas por los campesinos.

El Período de la «Violencia»

A partir de 1946 hasta el 58 se desató una verdadera ofensiva militar reaccionaria contra el pueblo. Comenzó con la utilización de la marina, la policía y el ejército contra la huelga de los braceros del río Magdalena y se extendió al campo. La respuesta de las masas a esta ofensiva es inicialmente pacífica mediante manifestaciones en las ciudades. La lucha de las masas se mantiene mediante las huelgas y la lucha por la tierra sin plantearse por parte del Partido Comunista la respuesta revolucionaria a la guerra reaccionaria.

Gran parte del descontento de las masas es canalizado por Gaitán quien toma una posición «antioligárquica» y levanta un programa de reformas, entre ellas la reforma agraria, lo cual lo convierte en un gran peligro para las clases dominantes quienes deciden asesinarlo.

El asesinato de Gaitán ocasionó la insurrección del 9 de abril donde las masas una vez más dieron grandes muestras de heroísmo y coraje, sin que el Partido Comunista, a la cola de la burguesía liberal, pudiera ponerse al frente de la lucha armada de las masas, a pesar de los esfuerzos de sus cuadros y dirigentes intermedios.

Las clases dominantes han hecho pensar hasta ahora que el 9 de abril fue un levantamiento de borrachos, incendiarios y ladrones, frente al cual los prohombres de las clases dominantes respondieron con inteligencia y coraje. La historia contada por los representantes de los partidos de la burguesía se reduce a confundir a la gente frente a los verdaderos responsables del asesinato de Gaitán, e incluso gentes como Arturo Alape, esconden los testimonios que responsabilizan directamente a la CIA y a los jefes liberales y conservadores en el hecho. Pero lo más importante es que se oculta por parte de todos, y no sin interés, el hecho de que la burguesía colombiana, en menos de una hora, fue derrotada por las masas amadas. Esa es la verdadera historia del 9 de abril.

Como dijimos arriba, en Colombia se vivía una arremetida terrorista contra el pueblo; el despoblamiento a sangre y fuego de los campos en las regiones cafeteras de Santander y Caldas, con la apariencia de una guerra contra los liberales, ocultan la fiera lucha interburguesa por la renta extraordinaria del suelo y por satisfacer la demanda de fuerza de trabajo ocasionada por el auge de la industria desde 1945.

Odio acumulado y deseos de cambios radicales en las entrañas del pueblo, son canalizados por Gaitán a quien el Partido Comunista Colombiano caracterizó como fascista y quien no era más que un reformista que se creía redentor y salvador del pueblo, en el fondo, un burgués que despreciaba a las masas a quienes consideraba inferiores. Como caudillo, Gaitán jamás organizó un partido, sólo contaba con los caudillos barriales a quienes llamaban capitanes y quienes eran los encargados de «poner la gente» donde el gran caudillo lo requería o lo ordenara. Manuel Salazar uno de los dirigentes gaitanistas y uno de los tantos entrevistados en el libro de Alape «El Bogotazo» cuenta que: «Hablamos con Gaitán y le

expusimos que el gaitanismo de Bogotá consideraba lo más justo, que Pedro Garzón fuera al Congreso por sus servicios prestados, por su abnegación. Entonces la contestación de Gaitán fue que si considerábamos a Pedro Garzón como un doctor Echandía o como un doctor López o como un doctor Santos. Las palabras que se oyeron después de la entrevista con Gaitán no se pueden decir, porque son demasiado vulgares. Eso se regó como pólvora por los comités gaitanistas de Bogotá y mucho dirigente a escala de barrio perdió su entusiasmo. Comenzaron a ver que Gaitán terciaba para el otro lado». (pág. 100).

La respuesta a la violencia oficial por parte de Gaitán fue la denuncia y la célebre «Marcha del Silencio» realizada el siete de febrero y considerada como un acto de cobardía por los jefes de barrio, esto dice expresamente José García: «Nosotros aceptamos la orden de la Marcha del Silencio, pero nosotros considerábamos que eso era un acto de rendición. Porque mientras a unos los asesinaban, nosotros con el silencio íbamos a pedir piedad. En los comités de barrio queríamos una acción más definitiva del gaitanismo contra la violencia, frenar la violencia con la violencia». Según Luis Eduardo Ricaurte: «Esa Manifestación le costó la vida a Gaitán». (Ob. Cit., pág. 103). Varios miles de personas desfilaron por la carrera séptima agitando banderas negras y blancas, dice García que «se hubiera llenado la plaza de Bolívar cuatro veces», una vez en la plaza, Gaitán pronuncia el discurso conocido como la «Oración de la Paz» donde a la vez que suplica al presidente Ospina la paz, lo amenaza advirtiéndole que esa muchedumbre, ahora silenciosa, puede convertirse en una fuerza beligerante.

El 9 de abril se daban cita en Bogotá las clases dominantes del continente en la Conferencia Panamericana que dio vida a la OEA; como manifestación de rechazo al servilismo de las clases dominantes y a la política imperialista representada en esa conferencia, fue organizada la Conferencia Latinoamericana de Estudiantes. Gaitán es asesinado a la salida de su oficina a la una y cinco de la tarde y se inicia con ello el más grande estallido revolucionario de masas que haya existido en Colombia.

La noticia corre como el viento por todas partes e inmediatamente comienzan las acciones ofensivas de las masas que espontánea y desesperadamente se arman con lo que encuentran a su paso, se abren violentamente las ferreterías que despiden por sus puertas hombres armados de machetes, varillas, palas, hachas y escopetas, igual sucede con armerías y depósitos de pólvora; ríos de gente que marchan en distintas direcciones se atropellan en las calles céntricas buscando una orientación: cientos de agitadores tratan de darle un rumbo a la manifestación enardecida que crece sin cesar y no escucha a nadie; en el transcurso de unos cuantos minutos, los pobladores de los barrios ya se encuentran en el centro armados y marchando: unos a las estaciones de policía otros a palacio; una idea se ha fijado en la mente del pueblo enardecido: vengar la muerte de Gaitán con la muerte de Ospina Pérez y sus demás colaboradores.

A la una y 15 ya ardían la gobernación de Cundinamarca y las oficinas del diario *El Siglo* de orientación conservadora; el lugar de la Conferencia Panamericana había sido evacuado y sus participantes escondidos; las emisoras habían sido tomadas por los rebeldes, desde donde se dan órdenes y contraórdenes en medio de llantos y acalorados discursos; en la Estación Quinta de policía se entregaban fusiles a los

insurrectos que se alistaban a marchar sobre el palacio de gobierno, igual sucedía en las otras estaciones, la masa de agentes se habían pasado al lado de la insurrección y el ejército hasta el momento estaba paralizado, había sido neutralizado por los insurrectos; en el palacio presidencial reinaba el miedo, ya los funcionarios lo habían evacuado dejando sola la familia presidencial en compañía de la guardia que se batía con la muchedumbre que amenazaba por momentos con derribar las puertas, desde los campanarios de las iglesias los curas disparaban a mansalva y sobre seguro asesinando al pueblo en el intento desesperado de proteger el palacio. ¡La todopoderosa burguesía había perdido el poder en menos de media hora!

Bogotá no fue la excepción, al estallido de la insurrección en la capital se sumó el levantamiento en muchas capitales departamentales y ciudades intermedias con los mismos resultados: la policía se pasa al lado de la insurrección y los soldados no intervienen.

Pasados los primeros minutos de la sorpresa y ante el desorden de los insurrectos la burguesía logra maniobrar y ganar tiempo. Las «célebres» negociaciones en el palacio de Nariño entre la cúpula de los dirigentes del liberalismo, Echandía y Lleras con Ospina Pérez son el tiempo utilizado para traer de Boyacá tropas leales y tres tanques para aplastar la insurrección. Los tanques, ondeando banderas rojas, pasan en medio de los rebeldes que los saludan con vivas, todo el pueblo estaba convencido que el palacio no resistiría el ataque de aquellas poderosas armas; pero horror, justo ante las puertas



de palacio, los cañones se dan vuelta y una bocanada de muerte se descarga sobre la muchedumbre que huye despavorida, cientos de cuerpos quedan tendidos en la calle tras uno y otro disparo; muchos buscan reorganizarse para intentar de nuevo pero ya la insurrección ha perdido la ofensiva, ya ha sido derrotada. Ante el fracaso, el ímpetu revolucionario de las masas se transforma en lo que vino después: asalto a los expendios de licor y robo e incendio de cuanto se encontraban a su paso.

En cuanto a la actuación de los comunistas, de la vanguardia del proletariado y las masas, es importantísimo anotar que muchos camaradas se dirigieron a las oficinas del partido en el centro de la ciudad, junto a la plaza de Bolívar, en busca de orientaciones. Según Julio Posada: «No estaba la dirección del partido propiamente, la mayoría de los compañeros estaban **almorzando**... Llegó el secretario de Organización del partido comunista de esa época, y planteó la tarea de salir a los barrios a hacer mítines. Yo calificué de **estúpida** la orientación: no era necesario salir a los barrios, porque la gente de por sí ya se estaba movilizándose ante las noticias de la radio... —Al final y sin ponerse de acuerdo— Cada cual fue cogiendo su camino, algunos salían hacia la Gobernación, otros hacia palacio. Todos decididos, con la idea de hacer agitación de masas, pero sin una orientación clara.» (Op. Cit. Pág. 281). Según Gilberto Vieira, «con algunos miembros de la dirección tomamos algunas determinaciones, lanzamos la consigna de huelga general, y de protesta para

exigir la renuncia o caída de Ospina Pérez». Y sin palidecer de vergüenza se atreve a decir que «fue una consigna que prendió, que se realizó, la huelga fue total en Bogotá y en todas las ciudades importantes de Colombia.» (Idem. Pág. 306).

Las masas se lanzan a las acciones decisivas, se arman y marchan sobre el palacio presidencial y los jefes del proletariado se encuentran almorzando; las bases reclaman orientaciones y un jefe propone ir a los barrios a hacer mítines teniendo ríos de gente armada cruzando en sus narices; la dirección llama a la huelga general y a la protesta cuando las masas ya no sólo han parado todo Bogotá y otras ciudades sino que amenazan derribar las puertas del palacio presidencial para tumbar al gobierno.

Las lecciones de esta majestuosa experiencia son enormes para el futuro de la guerra popular en Colombia:

La primera y tal vez la más importante, es que **una insurrección popular puede derrotar a la burguesía**. En menos de media hora, el levantamiento espontáneo de las masas no dejó nada de su orden y la burguesía no tuvo más remedio que correr a esconderse debajo de las camas. Tras la apariencia de majestuosidad e inexpugnabilidad del Estado y del poder de las clases reaccionarias se esconde una enorme fragilidad incapaz de resistir la furia y la decisión de las masas.

La segunda, la imperiosa necesidad de una dirección estratégica firme, la necesidad de un Partido Comunista auténtico que sea capaz de conducir a las masas con acierto. Y sobre todo el que ese partido esté preparado para cuando sobrevengan momentos como ése. Nadie en Colombia, ni siquiera los asesinos, se imaginaban que en las entrañas del pueblo se había acumulado tanta furia como para hacer que el asesinato de un líder ocasionara una explosión tan poderosa. Nuevas explosiones como aquella se están gestando en el silencio de los miles de muertos y millones de desplazados, en las manifestaciones garroteadas de los obreros... es un fuego subterráneo que estallará y que necesita de un Partido para encauzarlo.

La tercera, la necesidad de preparar un gran contingente de agitadores. En momentos en que se requiere impartir una orientación en medio de la muchedumbre y no hay periódico o volantes, sólo los agitadores pueden cumplir esta función. Esto exige no solamente que sean buenos agitadores, sino además y sobre todo, que sean prestigiosos entre las masas, que las masas los reconozcan como sus dirigentes.

La cuarta, la necesidad del trabajo revolucionario entre las filas de las fuerzas militares. La policía se pasó a la insurrección y el ejército fue neutralizado. Este hecho confirma las tesis de la Internacional con respecto a la composición mayoritariamente obrero-campesina de las fuerzas militares y cómo, en los momentos decisivos, si se ha trabajado a su interior, una gran parte de ellos se pasa al lado de la revolución y del pueblo.

La quinta, la capacidad de heroísmo de las masas que nuevamente dieron muestras de lo que son capaces cuando están decididas. Una semana después del 9 de abril todavía se presentaban escaramuzas y se escuchaban los disparos de los francotiradores que, apostados en las terrazas de los edificios, disparaban sobre la soldadesca.

La violencia no terminó con el asesinato de Gaitán, por el contrario, con más saña las clases dominantes prosiguieron la expropiación de los campesinos a sangre y fuego. La respuesta de los campesinos no se hizo esperar: muy pronto sur-

gieron las guerrillas que se extendieron como reguero de pólvora por el país. Este movimiento careció de objetivos políticos claros, planteándose únicamente la defensa frente a la agresión de las clases dominantes; aun así se propuso y logró cierto nivel de unidad y amenazó la estabilidad del régimen. Conscientes del peligro que representaba la unidad y la clarificación que iba adquiriendo el movimiento, la burguesía coloca a la cabeza del gobierno a Rojas Pinilla, quien logra embaucar a una parte del movimiento guerrillero concediendo una amnistía, logrando su desmovilización.

Quien piense en serio en una guerra popular no puede pasar por alto esta rica experiencia que deja entre otras las siguientes lecciones:

1. La extraordinaria capacidad de lucha del campesinado, su abnegación y espíritu de sacrificio.
2. El apoyo de masas que conquistó rápidamente el movimiento guerrillero demostrando, que si cuenta con este apoyo, una fuerza pequeña y mal dotada puede resistir en una guerra prolongada a un ejército bien dotado y entrenado.
3. El surgimiento, del seno mismo de las masas, de jefes militares de gran capacidad, tales como Guadalupe Salcedo, Jacobo Prías Alape (Charro Negro), Manuel Marulanda, Rangel, etc.

Las lecciones negativas pesan tanto o más que las positivas:

1. La ausencia de una dirección revolucionaria. La inexistencia de un Partido Comunista que brindara un programa político claro en torno al cual unir la lucha guerrillera, conquistara a las masas campesinas para la lucha revolucionaria y coordinara sus acciones con la lucha revolucionaria de la clase obrera en las ciudades.
2. La dispersión y localismo de las guerrillas o lo que es lo mismo, la inexistencia de un mando estratégico central.
3. El carácter espontáneo del movimiento y por consiguiente, su degeneramiento, enfrentamiento entre distintos grupos, bandolerismo, etc.

A partir de 1953 y hasta 1957 las clases dominantes cambian los métodos para enfrentar la lucha guerrillera y el ascenso del movimiento revolucionario de las masas.

Por un lado, buscan liquidar las organizaciones de las masas; por otro, asesinan los antiguos jefes guerrilleros que creyeron en la amnistía y aplican las medidas de "rehabilitación", tal y como lo hicieron en los noventa con los entregados del M-19, EPL, Quintín Lame, entregando tierras y créditos a los exguerrilleros (...); finalmente, desatan una ofensiva militar de gran escala contra las zonas de operaciones guerrilleras que dirige el Partido Comunista y donde este último busca transformar el movimiento guerrillero en autodefensas y éstas en inofensivas ligas campesinas desarmadas.

En medio de una álgida lucha de líneas en el seno del Partido, se impuso la línea revisionista que, por un lado, impulsó en algunas regiones la "autodefensa", estableciendo una alianza reaccionaria con los terratenientes de la zona con el claro propósito de desarmar a los campesinos; mientras, por otro, sostuviera una **guerra de posiciones** en las regiones de Villarrica, Marquetalia, Pato, Guayabero y Riochiquito convirtiendo a las masas en fácil presa del enemigo. De esto debemos sacar las lecciones pertinentes:

La idea de las "autodefensas" concebidas para la defensa sin ataque, únicamente para impedir la agresión en medio de una arremetida reaccionaria de las clases dominan-

tes, significaba no sólo desarmar a los campesinos físicamente, sino también políticamente, al establecer alianzas con sus enemigos seculares. Era no tener absolutamente ninguna idea sobre la necesidad de la conquista del poder por las masas, era renunciar a la revolución.

Entablar una guerra de posiciones mientras se está a la defensiva estratégica es un absurdo. Es claro que mientras las masas oprimidas no cuentan con su propio ejército y no establezcan su poder omnímodo en grandes regiones y no se encuentren con superioridad de fuerzas y a la ofensiva estratégica, la guerra de posiciones es una locura descabellada.

Aquí podemos apreciar las dos caras de una misma moneda espontaneísta que se impuso definitivamente en el partido revisionista: por un lado, el derechismo de las autodefensas y el cretinismo parlamentario; y de otro, el "izquierdismo" de la guerra de posiciones y las acciones militaristas aisladas del conjunto de la lucha de las masas.

Este comportamiento criminal ocasionó la franca rebelión de cuadros como Pedro Vásquez Rendón quien se vinculó a la lucha guerrillera en el sur del Tolima, de dirigentes campesinos que se hicieron guerrilleros en las zonas de autodefensa y de jefes militares como Marulanda que movilizaron sus fuerzas y continuaron desarrollando la lucha guerrillera sin esperar a ser exterminados en la guerra de posiciones, donde las clases dominantes utilizaron desde el bombardeo aéreo y el napalm hasta la artillería pesada. De estos destacamentos surgirían más tarde las FARC.

Las Décadas del 60 y el 70

La traición a la lucha de las masas convertida en línea oficial del partido revisionista, las salvas de la revolución cubana y la lucha internacional contra el revisionismo, inauguraron los «años locos del sesenta» con nuevas proezas guerreras: la pequeña burguesía revolucionaria, sobre todo intelectual, ocupó esta vez el escenario, y no tanto por su peso social, sino por lo estruendoso de sus acciones.

El MOEC, el FUAR, el ELN y otros establecieron focos guerrilleros en el campo y destacamentos urbanos que, en "excitantes" acciones de hostigamiento al ejército y a la policía, toma de poblados y a bombarzo limpio, creían que serían seguidos por las masas, tal y como, según creía Guevara en su miope visión, había ocurrido en Cuba. Muy pronto los focos fueron sofocados, pese a la simpatía que despertaron en amplios sectores de las masas; de ellos, el único que sobrevivió fue el ELN que ahora negocia un acuerdo de "paz" con las clases dominantes.

Hay sin embargo, en estos intentos, importantes lecciones que iluminaron al naciente Partido Comunista de Colombia (marxista leninista) y que siguen iluminando el horizonte de quienes nos proponemos dirigir la guerra de las masas.

En primer lugar, fueron estos focos quienes se plantearon por primera vez con seriedad, y lo plasmaron con hechos, la necesidad de derribar con la violencia revolucionaria a las clases dominantes. El asunto de la guerra por el poder político se puso al orden del día y se condenó desde esa época las ilusiones revisionistas de un posible tránsito pacífico al socialismo.

En segundo lugar, por su concepción, su método y su punto de vista, no pudieron entender que la guerra popular es la guerra de las masas y no las acciones heroicas de los grandes y valientes hombres, lo que causó su derrota. De igual

manera, su desprecio por las masas, los llevó a condenar toda la lucha por reivindicaciones inmediatas, las huelgas y demás manifestaciones de la lucha de clases como superfluas e inútiles.

En tercer lugar, la creencia de que no se necesitaba un partido político que dirigiera la guerra, e incluso que él surgiría como producto del desarrollo de la guerra, como creían que había sucedido en Cuba, los llevó a supeditar lo político a lo militar. Su desviación militarista ocasionó graves daños al movimiento revolucionario: puso el fusil al mando sobre la política; vinculó destacados dirigentes de masas a la lucha armada creyendo que las masas seguirían su ejemplo, y lo que hicieron fue aislarse de ellas; hizo común la solución de las contradicciones en el seno del pueblo por medio de las armas.

En 1965 surge el Partido Comunista de Colombia (ml) y con él una de las más valiosas experiencias en el intento de desarrollar una auténtica guerra popular. En medio de una álgida lucha entre líneas, en el II Pleno de su Comité Central en diciembre de 1965, en el documento *Llevar Hasta la Victoria la Guerra del Pueblo Colombiano*, se hace un enorme esfuerzo por trazar la línea militar de la revolución en Colombia.

El documento está compuesto por 15 capítulos así: 1. Características de las guerras de liberación. 2. Las guerras de liberación en América Latina. 3. La situación colombiana. 4. Las leyes de la guerra del pueblo en Colombia. 5. Características de Colombia para una estrategia militar. 6. Tradición de lucha armada del pueblo colombiano. 7. Enseñanzas de las últimas luchas armadas. 8. Papel del partido marxista leninista. 9. La guerra del pueblo. 10. Estratificación de clases. 11. Programa agrario. 12. Estructura orgánica. 13. Otras formas de organización. 14. Bases liberadas. 15. Las armas. (Ver Documentos del Partido Comunista de Colombia (ml) Vol. 1).

Esta es la primera vez que un partido revolucionario en Colombia trata con seriedad el problema de la Guerra Popular. Allí se exponen ampliamente todos los asuntos concernientes a los objetivos, a la dirección, a la estrategia y la táctica de la guerra popular, e incluso a los asuntos particulares de las formas de organización, los combatientes, las armas, etc.

El partido reconoce autocríticamente que durante el 62-64, en el periodo de estructuración del partido se enfrascó en acciones armadas urbanas olvidando la lucha en el campo. Reconoce que cometió errores de infantilismo hasta la fecha del Pleno, donde lo único que había sacado en claro es que la lucha armada era la forma principal de lucha y el escenario principal era el campo, reconoce que ha predominado la línea de organizar focos de espaldas a las masas campesinas y que esta desviación ha cobrado enormes costos a la clase obrera.

«Esta tendencia tildaba la construcción del partido en el seno de la clase obrera como "sindicalismo" menospreciaba en la práctica la capacidad dirigente del proletariado, pensaba que lo importante era crear un foco y que cuando los obreros nos vieran peleando, ellos mismos irían al combate. Era el más vulgar culto a la espontaneidad al suponer que la clase obrera puede ser movida por arrastre a la insurrección popular.» (Obra citada. Pág. 289).

Define que la guerra es una «Guerra Popular por el poder político» y que ella «es esencial y primariamente una guerra de liberación nacional frente al imperialismo, pues la dominación de éste la antecede y la causa, y porque la intervención militar directa de la metrópoli imperialista será segura e inmediata» (Idem pág. 248).

En cuanto a las leyes de la Guerra Popular en Colombia,

de la página 251 a la 257, condensa en 14 tesis la comprensión que tiene el partido de este asunto:

1. Es la forma superior de lucha de las masas. 2. Es la continuación de la política revolucionaria por otros medios. 3. Es la forma principal de lucha por el poder político. 4. Es inevitable, justa y de segura victoria. 5. Tiene que basarse en sus propios esfuerzos. 6. Será ardua, difícil y prolongada. 7. Su escenario principal será el campo durante la primera parte de su desarrollo. 8. Tarde o temprano llegará a todo el país, es decir, será nacional. 9. Es parte integral de la batalla continental contra el imperialismo norteamericano y sus lacayos. 10. La superioridad inicial del enemigo obliga a adoptar la forma guerrillera de lucha. 11. Como integrante del Ejército Popular de Liberación y fuerza nucleadora del mismo, actuará el Brazo Armado del partido «... para conservar su papel dirigente, la clase obrera debe poseer un ejército propio que sea el centro y el eje del Ejército Popular de Liberación...» 12. La lucha guerrillera y la movilización revolucionaria de las masas tienen por objetivo crear las bases de apoyo. 13. «Las masas movilizadas son el principal punto de apoyo, la fuerza fundamental, el arma superior» 14. La guerra popular requiere el dominio de la ciencia de la guerra cuya fuente principal es la guerra misma. (Los subrayados son del original).

En cuanto a las características de Colombia para una estrategia militar, analiza su importancia desde el punto de vis-



ta del imperialismo por su ubicación en el continente; examina la población colombiana y deja en claro que «Más de la mitad de la población, el 53%, vive en concentraciones de más de 1.500 habitantes» y constata que: «Las estadísticas de los últimos decenios muestran un éxodo vertiginoso del campo hacia la ciudad y actualmente continúa en forma irresistible —y sin que nada haga prever que disminuya— la tendencia al crecimiento urbano a expensas de la población rural.»

«... Empero, el Pleno consideró que esto no destruye el concepto de que la lucha será fundamentalmente en el campo en sus primeras dos fases, sino que nos obliga a pensar en cómo vincular a la guerra del pueblo desde el principio a vastos sectores de la población urbana. Nos obliga a prever que, en condiciones como las nuestras, la guerra del pueblo desplazará su centro principal a las ciudades en un término más corto del que requeriría en un país con una mayoría de población campesina.» (Idem págs. 259-260).

El Pleno orienta la investigación sobre este asunto diferenciando cuatro aspectos: a) Relaciones entre el campo y la ciudad. b) Tendencia actual y futura del desarrollo de la población urbana y de la población campesina. c) Establecimiento de un criterio práctico y científico para la evaluación del volumen de la población urbana y de la población campesina, señalando a partir de qué número de habitantes, qué relaciones de producción y qué nivel de servicios puede considerarse como urbano a un núcleo de población. d) Incidencia de la distribución de la población en la guerra del pueblo.

(Ver pág. 262).

Como medida de rectificación contra el foquismo guevarista, establece las siete condiciones básicas que debe tener cada zona donde se piense desarrollar la guerra popular:

1. Existencia de un volumen adecuado de masas populares con un mínimo de organización.
2. Presencia de contradicciones de clase particularmente agudas.
3. Existencia de uno o más núcleos de Partido en capacidad de impulsar la lucha política y militar de las masas.
4. Movilización adecuada del pueblo.
5. Conformación de un pequeño grupo de hombres con el conocimiento y entrenamiento elementales necesarios para ponerse al frente de la lucha armada.
6. Capacidad política de ese grupo humano, principalmente en los aspectos políticos, estratégicos y militares de la revolución colombiana, y
7. Condiciones mínimas de seguridad en el terreno, dotación mínima de elementos de combate, sin que la iniciación de la lucha dependa de la calidad de las armas, pues un apertrechamiento completo y adecuado sólo puede lograrse a través de la guerra. » (Idem. pág. 295).

Establece el tratamiento para los prisioneros y heridos del ejército enemigo teniendo en cuenta que está compuesto en lo fundamental por soldados hijos de obreros y campesinos; y que es posible descomponerlo y atraer a la guerra popular a una parte de sus efectivos.

Define el programa para movilizar a las masas del campo y clarifica el tratamiento para las diversas clases.

Armado con esta línea, el Partido organizó un levantamiento campesino en las llanuras del Tigre en el alto San Jorge y alto Sinú. Los campesinos armados dirigidos por el Partido conquistaron el poder, establecieron las Juntas Patrióticas Regionales como forma del nuevo Estado y expropiaron a los terratenientes otorgando la tierra a los campesinos. De allí surgieron los primeros destacamentos del Ejército Popular de Liberación y de las milicias campesinas.

Este intento de guerra popular resistió dos campañas de cerco y aniquilamiento con relativo buen éxito pero fue derrotado en la tercera llamada «Operación Estrella Roja» que contó con la asesoría directa de los boinas verdes yanquis, la utilización de tropas aerotransportadas y helicópteros artillados. A partir de entonces, pese a los esfuerzos de la línea proletaria (representada por Libardo Mora Toro en el seno del Partido) por racionalizar la experiencia y superar las limitaciones y los errores, las fuerzas del EPL fueron dispersadas y en la práctica se convirtieron en grupos de guerrilleros errantes como las FARC y el ELN, hasta su entrega en el 90.

La experiencia de este intento requiere un estudio especial para extraer de allí las lecciones que son de importancia decisiva para el Partido que dirigirá la guerra popular.

En primer lugar, y como consecuencia de la influencia de la pequeña burguesía, el Partido se equivocó desde el principio mismo al considerar la importancia estratégica de las ciudades. La investigación sobre las leyes de población de la sociedad colombiana y su incidencia para la guerra popular nunca se hizo. En los hechos, el trabajo del Partido en las ciudades quedó reducido a conseguir combatientes, avituallamiento y equipo para los combatientes en el campo. La clase obrera, concentrada en las ciudades, fue abandonada y nunca se realizó un trabajo con miras a la insurrección que en coordinación con la lucha armada en el campo hubieran conducido al

proletariado a la victoria.

En segundo lugar, se equivocó también en considerar la lucha armada como la forma principal de lucha en todo momento. Este absurdo, introducido por Guevara, ha ocasionado serios reveses a la guerra popular. El partido no comprendió que la lucha armada en el campo para esa época había pasado a un segundo lugar y que el lugar principal lo constituían las huelgas y las movilizaciones revolucionarias de las masas no armadas, y que se abría un nuevo periodo que empezaba a madurar las condiciones para llevar el movimiento a futuras insurrecciones; este movimiento ascensional de las masas se inició con la expulsión de los sindicatos comunistas de la liberal CTC, se extendió y creó, en ciertas circunstancias, el paso a nuevas y superiores formas de organización y de lucha no sólo en las ciudades sino también en el campo.

El partido, pese a la dura lucha, no pudo despojarse de la idea pequeño burguesa de los héroes y desechó la verdad enseñada por la Internacional Comunista de que no son las acciones armadas de la vanguardia las que alzarán a las masas a la insurrección, sino que las acciones revolucionarias de las masas, si son dirigidas revolucionariamente, conducirán a la insurrección y terminó aislándose no sólo de la clase obrera sino de las propias masas campesinas.

Por ejemplo, en 1974, una simple huelga en la fábrica Unica en Manizales se convirtió rápidamente en un problema de orden público, donde las masas obreras desafiaron por varias semanas el estado de sitio y el toque de queda, madurando todas las condiciones para un levantamiento armado. El partido despreció este movimiento, se negó a organizar las huelgas de solidaridad en otras ciudades, se negó a organizar la insurrección, y el movimiento, al carecer de la energía revolucionaria de un partido que diera a las masas nuevas tareas revolucionarias, se extinguió, quedando para la historia simplemente, como una de las más importantes huelgas. Pero Manizales no fue el único caso: la huelga de los proletarios agrícolas de Riopaila tenía las mismas características.

Tal vez lo más elocuente es el propio movimiento campesino que, para mencionar un solo ejemplo, en febrero de 1971, en una sola noche, ocupó más 100 mil hectáreas de territorios en Antioquia, Cauca y Sucre. Cientos de miles de campesinos se lanzaron a la lucha revolucionaria por la tierra, el crédito y el comercio y fueron dirigidos fundamentalmente, no por el Partido Comunista de Colombia (ml) sino por los partidos pequeño burgueses como la Liga (ml), la ORP y otros. Es decir, las masas obreras y campesinas no dejaron de luchar un solo día, su movimiento desencadenó en un verdadero auge revolucionario que el partido, enfrascado en los esfuerzos de la lucha armada como forma principal de lucha, no entendió, menospreció y, por tanto, no fue capaz de dirigir hacia la conquista del poder político, hacia la verdadera guerra popular.

En tercer lugar, la creación de bases de apoyo tenía que fracasar, a pesar de que el plan fue desarrollado siguiendo todas las normas de la guerra popular prolongada, por varias razones:

- El teatro de operaciones de la guerra era muy reducido y el territorio poco poblado, cuestión que si bien brindaba ventajas desde el punto de vista puramente táctico por lo inhóspito de la región, se convertía en desventaja estratégica porque contribuía a aislar a la vanguardia armada de las masas, como finalmente sucedió.

- No pueden existir bases de apoyo si no se presentan

ciertas condiciones como la división en el seno de las clases dominantes, además de la inexistencia de un Estado fuertemente centralizado. Era un hecho que las clases dominantes no estaban divididas, por el contrario habían sellado su unidad en el Frente Nacional (1959), y el Estado, debilitado en el periodo anterior, se encontraba fuerte y obedecía como un solo hombre a las nuevas necesidades del capital imperialista. Este hecho fue advertido desde el principio pero no se planteó seriamente el problema: la medida adoptada fue crear varias zonas de operaciones con el ánimo de dividir las fuerzas enemigas.

«Para nosotros se trata de extender la guerra popular partiendo de varias zonas guerrilleras, profundamente enraizadas en la masa de cada región. Además, sabemos que la concentración de fuerzas revolucionarias en un solo sitio provoca como respuesta la acumulación de fuerzas enemigas en el mismo sector, despojándonos de la superioridad táctica adquirida inicialmente. Se impone, entonces, el desarrollo, más o menos simultáneo, de la lucha en diversas zonas, que disperse los efectivos del enemigo...» (pág. 293).

- Finalmente, que en Colombia, ya desde esa época, era una ilusión plantearse cercar las ciudades desde el campo. El partido no fue lo suficientemente consecuente para derivar las leyes de la guerra popular de la correcta caracterización de la sociedad. Si Colombia ya era un país predominantemente capitalista, donde subsistían rezagos feudales con alguna importancia, como era de conocimiento, ello implicaba ajustar la lí-



FARC-EP FRENTE
INTERNACIONAL

nea militar a esa condición.

En cuarto lugar, pese a la dura lucha librada contra el «izquierdismo», tuvo otras equivocaciones derivadas de la influencia del guevarismo pequeñoburgués, en asuntos como considerar que el partido necesita un brazo armado, idea que está basada en la desconfianza en las masas y niega el carácter del ejército como su forma principal de organización. Esta desviación contribuyó a aislar el partido de las masas en la ciudad, toda vez que gran cantidad de militantes e incluso dirigentes de masas fueron trasladados al campo y condujo a que el EPL se convirtiera, no en una poderosa organización de masas, sino en un pequeño grupo de comunistas, y terminara como otro grupo de insurrectos errantes sin ningún, o muy poco, contacto con las masas.

En quinto lugar, como consecuencia también de la influencia guevarista, se tenía esperanzas en la unificación de los grupos guerrilleros del continente y en lo que llamaron la revolución continental, reduciendo el carácter internacional de la lucha.

En resumen, en la dura lucha de líneas que caracterizó al Partido Comunista de Colombia (marxista leninista) desde su fundación, terminó imponiéndose la línea pequeñoburguesa.

El fracaso de los focos en toda Latinoamérica y los duros golpes recibidos por el intento de crear las bases de apoyo por parte del Partido Comunista de Colombia (ml) y la realidad aceptada de la concentración mayoritaria de las masas en las ciudades originó el surgimiento de varios grupos terroristas o de varios focos en las ciudades y no sólo en Colombia. La derrota del proletariado en China en 1976 y la

subsiguiente crisis en el movimiento comunista internacional hicieron «desaparecer» del escenario revolucionario a la clase obrera, al punto de negar su existencia material por parte de la socialdemocracia.

Cantidad de organizaciones han surgido desde entonces, la mayoría de las cuales desaparece con el tiempo (Autodefensa Obrera -ADO—, por ejemplo), algunas de las cuales han trasladado su teatro de operaciones al campo o han mantenido por periodos actividad en los dos frentes, como el M-19 y el ELN.

La experiencia que dejan las organizaciones que han desarrollado el terrorismo urbano y las acciones espectaculares en las ciudades es casi nada excepto el valor que pueden tener algunas acciones desde el punto de vista de la agitación y la propaganda (toma de emisoras de radio e interceptación de canales de televisión por ejemplo), la efímera experiencia del M-19 del trabajo en las filas de las fuerzas armadas enemigas y la preparación de algunos combatientes en operaciones militares urbanas.

La década del 80

La década del 80 no tuvo mayores cambios en cuanto al surgimiento y desaparición de organizaciones terroristas o guerrilleras como producto de las disidencias de las más grandes.

Sin embargo, en este período se empieza a replantear algunos asuntos frente a la forma como se ha desarrollado la lucha armada, sobre todo en el sentido que ha tenido como escenario las regiones de colonos más distantes y donde en general reconocen que han perdido contacto con las masas. Y sobre todo, se empieza a cuestionar la validez del guerrillerismo y, por ahí derecho, de la lucha armada en general. Producto de estas apreciaciones se presentan las treguas que culminaron con la entrega del M-19, EPL, el Quintín Lame, el PRT y una disidencia del ELN.

El Quintín Lame

Una experiencia particular que requiere mención especial es el Quintín Lame, organización armada indígena que surgió como necesidad de dar respuesta a los terratenientes en el Cauca frente al terrorismo de sus bandas de asesinos y del ejército y la policía en la zona, y a su vez como medida de fuerza para frenar los atropellos de las FARC y del M-19 contra las masas de la zona y para impedir que en sus acciones contra el Estado fueran las masas convertidas en blanco como normalmente sucedía.

Esta organización, concebida inicialmente más como una autodefensa o milicia campesina se transformó rápidamente en un destacamento que contaba con varios cientos de combatientes y con el respaldo absoluto de las masas de las comunidades indígenas de la región.

Su entrega obedece a la falta de vinculación de esta forma de organización armada de las masas a una estrategia de guerra popular y a la falta de la dirección del proletariado.

El movimiento guerrillero actual

Los años ochenta sentaron las bases de lo que es hoy el movimiento guerrillero colombiano. Su desplazamiento a

zonas más pobladas trajo como consecuencia su incidencia notable en la economía de las regiones, sobre todo porque su desplazamiento se produjo hacia las zonas de explotaciones mineras, cocaleras y de grandes plantaciones (estas últimas sobre todo en el Magdalena Medio y Urabá).

Desprovisto de un programa revolucionario y de una estrategia revolucionaria, se comprometió en la defensa de la propiedad privada de las empresas imperialistas, de la burguesía narcotraficante y de los demás burgueses y terratenientes en las diferentes zonas a cambio de "impuesto de guerra" y "vacuna". Su guerra se convirtió en una lucha por la renta diferencial del suelo, en una lucha por la plusvalía extraordinaria que brindan esas regiones.

La consecuencia obligada de esto es que las masas obreras y campesinas se vieron en medio del fuego de los guerrilleros y de las fuerzas militares y paramilitares, estas últimas creadas por las clases dominantes con el respaldo de las fuerzas militares para responder a los grupos guerrilleros con la guerra irregular y las masacres.

De los "muchachos" apreciados por los campesinos y colonos en las décadas del 60 y el 70, los guerrilleros se han convertido en azote no menos odiado que las fuerzas militares y paramilitares por parte de los campesinos y proletarios agrícolas en muchas regiones, donde se comportan igual que las tropas de la reacción. Esto no es ninguna exageración: se sabe de los casos donde familias campesinas han sido obligadas por la guerrilla a salir de la región abandonando todo para salvar sus vidas acusadas falsamente de colaborar con las fuerzas militares; igualmente, es de conocimiento que, bajo amenazas de muerte e incluso con la matanza, o robo de los animales se obliga a campesinos arruinados a pagar cuotas irracionales.

La pérdida de toda perspectiva revolucionaria, su paso a defender los intereses de la capa superior de la pequeña burguesía y la lucha por la renta diferencial es la base de las actuales "negociaciones de paz" del movimiento guerrillero: sólo buscando las causas económicas, puede explicarse y entenderse la actuación política de las clases y la guerra actual, y por consiguiente el proceso de acuerdos de paz.

Por otro lado, la lucha guerrillera en su último periodo ha contribuido y servido de cortina para que se cumpla otro ciclo de los ya conocidos de violencia, donde se expropia a sangre y fuego a las masas del campo, confirmando una vez más la ley del desarrollo del capitalismo en el campo en Colombia.

CONCLUSIONES DEL CAPITULO III

Este corto recorrido por la historia nos deja varias enseñanzas que debemos resaltar de manera especial, pues constituyen parte del aprendizaje de la clase obrera en cuanto a la guerra, y son lecciones para el Partido que dirigirá la guerra popular.

En Colombia existe una enorme tradición de lucha armada y de guerra

Esta es la primera conclusión de nuestro recorrido. No es cierto que el pueblo colombiano sea un pueblo de borregos, como frecuentemente se escucha por parte de cierto tipo de «intelectuales» que juzgan por ellos mismos y no por los

hechos.

Toda la historia de Colombia es la historia de luchas, ora armadas, ora desarmadas y sobre todo, desde la época de los cuarenta, ha existido un movimiento guerrillero que tiene sus causas en las guerras reaccionarias por expropiar a los campesinos.

En Colombia ha existido lucha armada pero no Guerra Popular, salvo en contadas excepciones

Las experiencias de principios del Siglo XX, a pesar de lo amargas y dolorosas, tuvieron un carácter de masas netamente obrero y campesino como lo demuestran la huelga de las bananeras y la insurrección en el Líbano.

La lucha armada y la guerra que surgió en respuesta a la reacción burgués-terrateniente en el periodo que se conoce como "la violencia", nació siendo una guerra popular defensiva, una guerra de las masas del campo, pero en su trasegar terminó dándole la espalda a las masas del campo, esto en lo que respecta a las FARC. El Quintín Lame es una versión más moderna del mismo fenómeno.



Las otras expresiones de lucha armada y de guerrillerismo han sido inspiradas por la pequeña burguesía urbana y nunca han dejado de ser la guerra de unos cuantos, nunca ha tenido las características de una guerra de masas, generalmente han estado de espaldas a las masas.

Sólo un corto periodo del 65 al 68-72 se puede decir que ha existido una guerra popular dirigida por la clase obrera, es decir, con un programa político, dirigida por el Partido de la Clase Obrera y con el método y el estilo de los comunistas.

En Colombia ha existido lucha armada, decía con razón en una de sus conclusiones el Partido Comunista (ml), lo que ha faltado es la dirección de la clase obrera. Ahora bien, si entendemos que lucha armada y guerra popular no son una y la misma cosa; que la guerra popular es la guerra de las masas, tenemos que concluir que, efectivamente ha habido lucha armada pero, salvo en contadas excepciones, no guerra popular.

Sólo ha habido un intento serio, el del PC (ml), en realizar una Guerra Popular

Ningún historiador serio puede desconocer el hecho de que el Partido Comunista (ml) ha sido la única organización revolucionaria que se ha planteado el problema de la guerra

popular con toda la seriedad que ameritaba y fue consecuente con lo que aprobó.

Definió unos objetivos, una estrategia de guerra popular, determinó los asuntos organizativos, tácticos, materiales y técnicos **conscientemente** originando una **ruptura** con todo el movimiento revolucionario anterior que rendía culto a la espontaneidad.

No fracasó porque no hubiera llevado las masas a la guerra, por el contrario, parte de la heroica resistencia en la campaña de aniquilamiento «Operación Estrella Roja» obedece a las profundas raíces que tenía en las masas de la región. Su derrota obedece a equivocaciones en la estrategia.

Las causas de las derrotas han sido el dogmatismo y el subjetivismo en la guerra

Al hacer el balance general de la lucha armada librada por las clases revolucionarias en Colombia hay que concluir que sus derrotas tienen sus causas en el dogmatismo, al tratar de copiar las experiencias de otros países, lo que conduce al subjetivismo en la guerra. En el intento del Partido Comunista (ml) si bien se realizó un gran esfuerzo por superar el dogmatismo, se cometieron errores de subjetivismo ocasionados por la influencia de la pequeña burguesía aventurera.

Hay que reconocer igualmente, que el único partido que intentó rectificar fue el mismo Partido Comunista (ml) quien no sólo criticó en el 65 el guevarismo y su propia práctica, sino que después, en la "Campaña de Bolchevización" en 1972, intentó devolverle al Partido su carácter de clase proletario. Como se sabe, esta campaña fue sabotada por la línea oportunista de izquierda (loi) que dio al traste, no sólo con la guerra popular, sino con el propio partido de la clase obrera. Es decir, la derrota estratégica sufrida en la Base de Apoyo hubiera podido transformarse en victoria si aquella campaña se hubiera realizado. Nuevamente, tuvo más peso la pequeña burguesía en el seno del Partido, y su punto de vista, su concepción y método se impusieron.

Ha predominado la concepción, el punto de vista y el método de la pequeña burguesía en la dirección de los esfuerzos de guerra

El peso que ha tenido la pequeña burguesía en los asuntos de la revolución y de la guerra en particular en el país son la expresión, en términos de clase, del subjetivismo en la guerra.

Esto se explica por las características campesinas del movimiento guerrillero de los cuarenta y por el auge del movimiento de liberación nacional de los 60 y 70 que opacó la lucha de la clase obrera y obnubiló su conciencia, no sólo recortando su horizonte de lucha internacional por el socialismo, sino además comprometiéndola con las aventuras guerrilleras en todo el mundo.

Sólo la superación del dogmatismo y el subjetivismo, es decir, sólo la actividad consciente en la guerra puede conducir a la victoria

Superar el dogmatismo y el subjetivismo implica el esfuerzo consciente de la clase obrera y de sus mejores hijos.

En primer lugar, para superar el conocimiento poco profundo de la sociedad colombiana; en segundo lugar, para elaborar un programa de la revolución que corresponda a la realidad, y en tercer lugar, para que, sobre esas bases, trace un plan estratégico de guerra.

Los obreros revolucionarios ya han experimentado y conocido la guerra dirigida por otras clases y deben completar su instrucción proponiéndose conscientemente dirigir y llevar a la práctica la guerra de su propia clase; haciendo caso omiso

a los cantos de sirena que seguirán surgiendo del seno de la pequeña burguesía y que no son más que nuevas aventuras. Sólo la actividad consciente en la guerra puede desatar la furia de las masas y conducir las a una auténtica guerra popular y a la victoria; ahora más que nunca hay que mantenerse firme en la idea con la cual combatió el "izquierdismo" nuestro inolvidable camarada Pedro Vázquez Rendón: *¡La guerra popular es la negación de toda aventura!*

IV. SOBRE LA GUERRA POPULAR EN COLOMBIA

La historia de Colombia es la lucha del pueblo contra la explotación y la opresión desde la época de la conquista hasta nuestros días. En esta lucha el pueblo ha sido obligado por los colonizadores, el imperialismo y las clases dominantes a utilizar la lucha armada, sobre todo, para defenderse. Las guerras del pueblo, en lo fundamental, han sido guerras defensivas contra sus enemigos. La aparición de la clase obrera en el siglo XX y la revolución proletaria triunfante en Rusia abrió una nueva época en la lucha del pueblo colombiano; por vez primera, las masas oprimidas de obreros, campesinos y pequeños propietarios, se desprendieron de la tutela de las clases dominantes y lucharon con banderas propias. Estas luchas, sin embargo, pese al heroísmo de las masas, han carecido de una dirección consciente, de la dirección de un Partido Político de la Clase Obrera. El rasgo más característico de los intentos de la clase obrera y los campesinos por acabar mediante la violencia revolucionaria, mediante la guerra popular, con la explotación y la opresión es que ha predominado la concepción, el punto de vista y el método de la pequeña burguesía, lo que los ha frustrado, terminando todos ellos, en aventuras. Esto originó el aniquilamiento físico de los más destacados dirigentes comunistas en la década del 60 y la disolución del Partido proletario en 1975.

La causa fundamental de estos descalabros que han costado la sangre de miles de combatientes está en la incompreensión de las leyes particulares que rigen la guerra popular en Colombia, como consecuencia del desconocimiento de las condiciones concretas de la sociedad colombiana, o lo que es lo mismo, del predominio del dogmatismo y el subjetivismo.

Los obreros revolucionarios, que avanzan en la construcción del Partido Comunista Revolucionario, sobre la base de estas duras derrotas y experiencias y sobre la base del conocimiento de la experiencia internacional del proletariado y su teoría, deben superar estas desviaciones para llevar la revolución proletaria a la victoria.

La guerra popular tiene garantizada la victoria porque el imperialismo y el capitalismo en Colombia han llevado a la sociedad a un atolladero del cual sólo puede sacarla la revolución socialista por el camino de la guerra popular, haciendo estallar en mil pedazos las trabas que frenan su desarrollo.

DE DÓNDE SE DERIVAN LAS LEYES DE LA GUERRA POPULAR EN COLOMBIA

Quien quiera dirigir una guerra debe conocer las leyes de la guerra, quien quiera dirigir una guerra popular debe conocer las leyes de la guerra popular, quien quiera dirigir la guerra popular en Colombia tiene que descubrir y conocer sus leyes particulares.

Estas leyes se derivan, en lo fundamental, del análisis económico-social, de sus características y de los objetivos políticos que ella tenga. ¿Cuáles son las características de Colombia para una estrategia revolucionaria?

Colombia es un país capitalista y semicolonial.

Colombia es un país capitalista; sus relaciones sociales de producción están basadas en la explotación del trabajo asalariado, y su superestructura corresponde a esa base donde el Estado es una máquina de opresión para garantizar la explotación capitalista. **Colombia es a su vez un país semicolonial**; está inserto en el sistema imperialista mundial como país oprimido, dominación ejercida principalmente por el imperialismo norteamericano. Su relación con respecto al imperialismo es de independencia formal y jurídica; en los hechos, dependencia económica y política.

Más del setenta por ciento de la población colombiana vive en las condiciones del proletariado, concentrada en su gran mayoría en grandes y medianas ciudades, la otra parte subsiste como proletarios agrícolas en las grandes industrias en el campo, como jornaleros al lado de las haciendas capitalistas y como cosecheros migrantes. A su lado, convive la clase de los pequeños propietarios en campos y ciudades, que se ven amenazados permanentemente a ser lanzados a las filas del proletariado. Todos ellos constituyen las clases oprimidas y explotadas de la sociedad colombiana. Ellas son las fuerzas de la revolución colombiana.

Una ínfima minoría, la burguesía y los terratenientes en asocio con los imperialistas, se beneficia de la explotación asalariada. Las clases dominantes colombianas no son meros agentes del imperialismo en el país, son socias y cómplices de la explotación y la opresión del pueblo colombiano. Son antinacionales y reaccionarias. La lucha contra la dominación imperialista no puede separarse de la lucha contra las clases que la defienden y refuerzan. El capitalismo es entonces el *principal obstáculo* para el libre desarrollo de la sociedad colombiana, y es necesario removerlo con la revolución socialista.

El Estado en Colombia es de *carácter burgués*, está en manos de la burguesía, los terratenientes y sus socios imperialistas, como máquina de opresión y dominación al servicio exclusivo de su interés de clase, y como arma de explotación de las clases oprimidas. Es un Estado burgués-terrateniente y proimperialista, que durante toda su existencia ha utilizado la violencia reaccionaria para defender los intereses de clase de una minoría explotadora, ahogando en sangre todo grito de rebeldía de las masas trabajadoras.

Temporalmente, el enemigo es fuerte y poderoso y el pueblo es débil

Las clases dominantes, a pesar de la pugna permanente por el Poder del Estado y por aliarse con el mejor postor imperialista, mantienen un Estado centralizado y fuerte, unas fuerzas militares y paramilitares que obedecen a un mando central.

En Colombia, las fuerzas de la reacción cuentan con varios centenares de miles de hombres armados hasta los dientes, organizados en el ejército, la marina, la policía, los grupos paramilitares y las agencias de inteligencia; y con la asesoría y el respaldo en recursos del imperialismo.

Las fuerzas de la revolución, pese a su número, no cuentan con un ejército propio y sus fuerzas se encuentran divididas. Una parte, organizada en grupos guerrilleros que defienden los intereses de la capa superior de la pequeña burguesía, negocian una supuesta paz con las clases dominantes y el imperialismo.

En el presente periodo estratégico de la revolución y la guerra popular en Colombia, las fuerzas revolucionarias se encuentran a la defensiva y el enemigo a la ofensiva estratégica. La tarea derivada de esta situación no es la preparación de los ataques decisivos por el poder, sino la acumulación de fuerzas por parte del proletariado para cambiar esta relación que le permita pasar a la ofensiva. Esta acumulación de fuerzas no se realiza a través de las meras manifestaciones pacíficas como entienden los revisionistas, sino por el contrario, a través de las múltiples manifestaciones de la lucha revolucionaria de las masas que van desde las huelgas económicas y las movilizaciones por reivindicaciones inmediatas hasta las huelgas políticas de masas, la lucha de barricadas, la lucha guerrillera y las insurrecciones locales.

Igualmente, el ascenso actual del movimiento de masas indica que las fuerzas de la revolución se encuentran a la ofensiva táctica dentro de la defensiva estratégica de la revolución lo que otorga al proletariado revolucionario condiciones magníficas para hacer avanzar la revolución, acumular fuerzas, conquistar victorias y prepararse, y preparar a las masas para la guerra popular. Sus tareas no están pues al margen del actual ascenso, los preparativos de la auténtica guerra popular están íntimamente unidos a la lucha revolucionaria de las masas cuya manifestación más importante son las huelgas políticas, algunas de las cuales pueden desembocar en insurrecciones.

La experiencia de los últimos años confirma que las huelgas políticas van acompañadas de la lucha de calles donde las masas se enfrentan a las fuerzas represivas con piedras y bombas caseras. Han sido notorios los casos en que las masas de algunas ciudades pequeñas se han levantado violentamente contra las fuerzas del Estado, como en Chinchiná y Turbaco, han destruido los puestos de policía y han adoptado nuevas formas de organización que corresponden a formaciones militares populares y han obligado a retroceder a las clases reaccionarias en sus pretensiones o ante sus abusos.

Estos conatos de insurrección seguirán presentándose y, si bien no han ido más lejos —en ninguno de ellos se ha propuesto la destrucción del viejo aparato de dominación de la burguesía—, son los mejores preparativos de la guerra popular y pueden, con el trabajo ennoblecedor del socialismo, convertirse en auténticas insurrecciones populares.

Como se ve, la superioridad del enemigo es sólo relativa y temporal, su derrota es sólo cuestión de tiempo. La debi-

lidad de las fuerzas revolucionarias es por consiguiente, también sólo relativa; la larga tradición de lucha del pueblo colombiano y la justeza de su lucha hacen posible y segura su victoria. La condición indispensable para ella es la existencia del Partido Comunista Revolucionario que sea capaz de unir al pueblo y dirigirlo en su lucha revolucionaria.

La Dirección del Partido y la Revolución

La tarea inmediata de la revolución es destruir el poder político de la burguesía, los terratenientes y los imperialistas. Destruir con la guerra popular el Estado opresor y explotador, destruirlo con todo su ejército —militar y paramilitar—, y con toda su policía, con todo su aparato gubernamental de politiqueros y funcionarios, con todos sus jueces y carceleros, con todos sus curas, brujos y pastores. Ésa es la primera gran misión que tiene el pueblo colombiano para abrir la sociedad a una nueva era de progreso.

Esta inmensa tarea de la revolución sólo se puede coronar si las masas del pueblo cuentan con una dirección estratégica, esta dirección sólo puede proporcionarla la clase obrera a través de su Partido Político. Un partido que, armado con la ciencia del marxismo leninismo maoísmo, y con los métodos y el estilo de los comunistas, haga valer no sólo sus intereses internacionales, sino también cuente con el acervo de la rica experiencia de su lucha mundial por el socialismo. Toda la historia de la lucha revolucionaria de los pueblos en la época del imperialismo confirma esta sentencia.

Este hecho tiene su base en que la clase obrera es la única clase capaz de llevar la lucha hasta las últimas consecuencias, porque es la única clase que no está interesada en explotar. Toda la historia ha demostrado que las guerras dirigidas por otras clases terminan en la entrega y la traición al pueblo; incluso cuando las masas han logrado derribar a los explotadores, el Poder ha sido entregado nuevamente a las clases que pisotean al pueblo.

La idea de que lo que se necesita es un partido para la guerra es profundamente equivocada, es una desviación "izquierdista" que desconoce la misión del partido que no es otra que la de organizar y dirigir a la clase obrera, no sólo en la



guerra popular sino en toda su lucha de clase contra la burguesía y el imperialismo, incluso después de conquistado el poder hasta la abolición de las clases y las diferencias de clase, donde el propio partido desaparecerá. La misión del Partido de la clase obrera no es inventarse una guerra al margen de la lucha de las masas, sino llevar a las masas a la guerra, a la comprensión de su necesidad e inevitabilidad, y dirigir las en el cumplimiento de su misión en la revolucionarización de toda la sociedad.

Así mismo, distraer al proletariado revolucionario de su tarea central de construir el Partido, tras el espejismo de un frente antiimperialista en la actualidad, es condenarlo a marchar a la cola de la burguesía y la pequeña burguesía como ha ocurrido hasta ahora. La idea errónea de agrandar el bulto a costa de sacrificar la independencia ideológica, política y organizativa de la clase obrera tiene su base en el subjetivismo y es producto del desespero pequeñoburgués, error que se ha pagado, como todos los errores en la guerra, con sangre.

Construir el partido de la clase obrera es la tarea central del elemento consciente en el presente período de la revolución y la más importante tarea estratégica de la guerra popular en Colombia. Soslayar la importancia de este asunto es, desde el punto de vista militar, un crimen. En la construcción del partido que dirija la guerra popular en Colombia juega un papel decisivo en estos momentos la discusión programática cuyo objetivo no es otro que la unidad del proletariado revolucionario en torno a las tareas que se propone la revolución y por consiguiente en torno a la estrategia de la revolución; esto significa la derrota del dogmatismo, el sectarismo y el empirismo en las filas de los marxistas leninistas maoístas; en términos de clase, significa la lucha por la victoria del programa obrero sobre los programas pequeñoburgueses y la derrota del subjetivismo y el aventurerismo en la guerra.

LA GUERRA POPULAR ES LA CONTINUACIÓN DE LA POLÍTICA DEL PROLETARIADO POR OTROS MEDIOS

Los objetivos políticos de la lucha del proletariado, la transformación revolucionaria de toda la sociedad, no podrán ser alcanzados por la vía pacífica; la lucha revolucionaria del proletariado desemboca necesariamente en la lucha por medio de las armas, en la guerra popular.

La guerra popular no es sino un medio para derribar el obstáculo que impide el cumplimiento de la misión del proletariado; este obstáculo es el Estado y por tanto toda la lucha de las clases oprimidas se concentra en él. En este sentido, la guerra popular es la expresión de que en la conciencia de las masas **ha madurado** ya la idea de derribarlo y existe en ellas la **voluntad** de hacerlo.

La guerra popular no es entonces un fin en sí misma, sino un medio para alcanzar los objetivos, es una continuación de la lucha política revolucionaria del proletariado por medio de las armas. Por consiguiente, no puede ser sino un instrumento de la lucha política y, por tanto, tiene que interpretar los intereses del proletariado y de las masas y hacer realidad sus objetivos.

Todo el trabajo de los comunistas revolucionarios debe estar encaminado a dirigir a las masas al enfrentamiento con el Estado burgués-terrateniente y proimperialista, a enseñar a las masas por la experiencia propia de su lucha la necesidad de demoler esa máquina de opresión y explotación y sus

pilares fundamentales: la policía y el ejército; única forma de cumplir con su misión de expropiar a los expropiadores y llevar la sociedad a una nueva época de progreso.

Toda la lucha de las masas en el periodo actual está dirigida contra las medidas políticas de las clases reaccionarias representadas en el Estado a su servicio, y no han trascendido porque el elemento consciente se encuentra rezagado con respecto al avance del movimiento de las masas. La maduración de la conciencia de las masas con respecto a la necesidad de derribar por medio de la violencia revolucionaria la máquina de opresión y explotación del enemigo no está tan lejana. Las demostraciones de violencia revolucionaria de las masas son cada vez más frecuentes y constituyen el germen de la conciencia que el movimiento comunista revolucionario debe cuidar y regar con celo vinculando a ellas la teoría del socialismo, el Programa de la revolución y la estrategia de la guerra popular preparando a las masas para los días decisivos. El día que las masas hayan comprendido la necesidad de lanzarse a la victoria o a la muerte sobre sus enemigos, habrá sonado la hora final de la explotación y opresión capitalista y semicolonial de la sociedad colombiana.

ES LA FORMA SUPERIOR DE LA LUCHA POLÍTICA DEL PROLETARIADO

La guerra popular no es sólo continuación de la lucha política, es también un rompimiento con las formas de lucha inferiores y primitivas, es el desencadenamiento de formas más dramáticas, sangrientas, de la lucha de clases. Su utilización y desarrollo está regido por leyes especiales distintas, sus procedimientos son distintos, sus formas de organización también son distintas. Esta particularidad le da una **cualidad** distinta.

Es una forma superior del enfrentamiento entre las clases antagónicas. No sólo porque el proletariado necesita el Poder del Estado para barrer las trabas que obstaculizan el desarrollo de la sociedad, y las clases dominantes jamás lo cederán por las buenas; sino además porque la burguesía y los terratenientes han desatado, en distintos períodos, la guerra a muerte contra las masas, principalmente contra el campesinado, han aplastado todo intento de rebeldía de las masas, han enviado sus tropas a sofocar huelgas pacíficas, han utilizado el asesinato sistemático de los dirigentes obreros y populares y han obligado al pueblo a defenderse con las armas. Es apenas lógico entonces, que el proletariado también recurra a la fuerza de las armas, ya no para resistir únicamente, sino para lanzarse a la ofensiva.

La preparación de las masas para desarrollar la forma superior de lucha es no sólo necesaria para repeler la arremetida actual de la reacción que a sangre y fuego ha desplazado a más de un millón de campesinos, proletarios y semiproletarios del campo, es no sólo necesaria para impedir el asesinato de los dirigentes obreros y populares, sino además y sobre todo para que las masas aprendan a través de las nuevas formas de organización y de lucha que se corresponden a estas necesidades inmediatas, la necesidad y las posibilidades de generalizarlas para acabar de raíz con los males, que como dos montañas, pesan sobre el pueblo colombiano: el capitalismo y el semicolonialismo.

No es difícil para las masas comprender que las formas normales y corrientes de lucha no son suficientes para frenar la arremetida de la reacción y con mayor razón lo será en la

medida en que el Partido que las dirija eleve su nivel de comprensión y de conciencia sobre la necesidad del cambio radical de la sociedad y, por tanto, de la revolución armada del pueblo para alcanzarlo.

DEBE SER DIRIGIDA POR EL PROLETARIO-DO A TRAVÉS DE SU PARTIDO

«El Partido Manda el Fusil y Jamás Permitiremos que el Fusil Mande al Partido» este es el único principio justo. La fuerza dirigente de la revolución y de la guerra popular es la clase obrera quien debe garantizar su dirección estratégica y táctica a través de su Partido que es un instrumento al servicio de sus intereses y su forma superior de organización.

Los principios de organización del marxismo leninismo maoísmo exigen la estricta subordinación de la organización militar de las masas, como la de cualquier otra organización, a la dirección general del partido. Esta es la única garantía de disciplina, de unidad de acción y de voluntad. Este principio aumenta la capacidad combativa del partido y multiplica las posibilidades de victoria durante los combates decisivos por la dictadura del proletariado.

La existencia del Partido de la clase obrera es la condición esencial para el triunfo de la guerra popular. Sin él todas las formas de organización y de lucha de las masas dejadas a la espontaneidad se pervierten, se corrompen y prostituyen, con la gran diferencia de que, contrario a las equivocaciones y los errores en los demás terrenos de la lucha de clases, en el terreno militar, se pagan con sangre.

Nuestro Partido debe ser un partido de combate, un partido para dirigir a las masas en todos y cada uno de los combates contra sus enemigos; sin embargo, es contraria a la idea de un partido militarizado porque el Partido no se puede confundir con el ejército, porque no podemos admitir que en estos asuntos de principio se le haga una concesión al guevarismo que siempre ha propugnado por las organizaciones político-militares, desviación que tiene su base en que jamás ha entendido la misión del partido, porque niega la necesidad de un partido que dirija a la clase obrera hasta el comunismo, y porque, en el fondo, pone a mandar el fusil sobre el partido.

Todo comunista debe convertirse en un soldado de la guerra popular y en dirigente de la lucha armada de las masas cuando ésta se ponga al orden del día. Por consiguiente, el Partido deberá preocuparse por elevar el nivel de las formas de organización y de lucha de las masas populares en cada período; haciendo conscientes y generalizando las formas militares de organización de las masas (guardia obrera y campesina, destacamentos guerrilleros, etc.) con miras a su preparación para la guerra y a la creación del Ejército Popular; en ellas, es indispensable que exista un comisario o jefe político miembro del Partido.

HACE PARTE DE LA GUERRA MUNDIAL DEL PROLETARIADO CONTRA EL IMPERIALISMO Y LA REACCIÓN

La guerra de las masas en Colombia, a pesar de su forma nacional hace parte de la guerra mundial de la clase obrera contra el imperialismo y la reacción, hace parte de la guerra por la revolución proletaria socialista mundial.

Sus objetivos son los mismos que persiguen los obreros y las masas populares de los cinco continentes, cuenta con su apoyo y a la vez sirve de apoyo a su lucha.

La guerra del pueblo colombiano es parte de la contraofensiva revolucionaria del proletariado internacional, su triunfo en Colombia es la victoria sobre una de las divisiones del imperialismo y contribuye a su hundimiento y a su derrota definitiva.

La idea de que la guerra popular está restringida al continente latinoamericano es errónea y corresponde al punto de vista de la pequeña burguesía que sigue empeñada con hacer realidad el sueño bolivariano, que a estas alturas del desarrollo económico-social y de agudización de las contradicciones del imperialismo es reaccionario. Este nacionalismo continental debe ser derrotado con la más estrecha unidad internacional del proletariado y exige por parte del proletariado revolucionario en Colombia aprender de y con sus hermanos que en los distintos continentes ahora se preparan o están desarrollando la guerra popular; exige la coordinación de los combates en los distintos países y el apoyo político, moral y material recíproco para vencer.

Aprender de las lecciones sacadas de toda la práctica anterior de la clase obrera y de la reciente experiencia en distintos países como Perú, Nepal, Filipinas y la India, así como de los preparativos que en los distintos países se están realizando; igualmente, dar a conocer entre las masas la experiencia y apoyar decididamente las avanzadillas, que en los Andes y en los Himalayas han puesto a ondear la roja bandera del comunismo, hace parte de las tareas internacionales de los comunistas y de los preparativos para la guerra popular en Colombia.

ES JUSTA Y TIENE GARANTIZADA LA VICTORIA

La guerra popular es la guerra de las masas y es justa porque expresa los intereses de la inmensa mayoría de las masas del pueblo colombiano y está dirigida contra una ínfima minoría parasitaria que atranca el desarrollo de la sociedad.

Tiene garantizada la victoria porque es el esfuerzo de la inmensa mayoría de los desposeídos y pisoteados por el capitalismo imperialista lo que le da la superioridad en fuerzas, la debilidad de las fuerzas revolucionarias es apenas relativa y temporal.

Las fuerzas de la reacción, a pesar de ser poderosas ahora, no pueden crecer ilimitadamente porque su guerra contra el pueblo es injusta; mientras que, por el contrario, las fuerzas de la revolución crecen a diario y crecerán con mayor rapidez en los momentos decisivos. Las fuerzas reaccionarias empujan ellas mismas a las clases oprimidas a la revolución, su bancarrota y caída es sólo cuestión de tiempo.

Por ser justa, cuenta además con el apoyo internacional de la clase obrera y de los pueblos del mundo que padecen también las lacras de la explotación y la opresión imperialista, lo que le otorga, desde el principio mismo, la superioridad moral para vencer.

La larga experiencia de la lucha armada en Colombia, a pesar de carecer de la dirección estratégica correcta del proletariado, ha demostrado que las clases reaccionarias son vulnerables y pueden ser derrotadas, y que incluso es posible sostener una lucha prolongada si se cuenta con el apoyo de las masas. No importa cuán grande sea el apoyo del imperialis-

mo y la reacción, y cuán difícil y tortuosa se torne por períodos la lucha, la victoria final será para la clase obrera y sus aliados.

DEBE APOYARSE EN LOS PROPIOS ESFUERZOS

La liberación de la clase obrera, sólo puede ser obra de la propia clase obrera. Nadie liberará al pueblo colombiano de la explotación capitalista y la dominación imperialista, el propio pueblo colombiano tiene las fuerzas para derrotar las fuerzas armadas de sus enemigos.

Si bien ahora la clase obrera no cuenta con un campo socialista y debe apoyarse fundamentalmente en sus propias fuerzas, puede y debe contar con el apoyo del proletariado y los pueblos del mundo. Al fin de cuentas, la guerra popular en Colombia es sólo parte de la guerra mundial contra el imperialismo y la reacción.

Las armas y los medios materiales para la guerra deben ser conseguidos por el pueblo, y la mayoría de ellos deben ser arrebatados al enemigo en el mismo campo de batalla.

Desde hace rato ya amplios sectores de las masas se han planteado la necesidad de armarse. No es extraño encontrar en las viviendas de los campesinos las escopetas, en las de los obreros los revólveres y en general el uso de otras armas rudimentarias que van desde las piedras, los garrotes y los machetes hasta las bombas incendiarias. No hay que esperar los días decisivos para iniciar el armamento de las masas, en el transcurso mismo de los combates, las masas deben familiarizarse con el uso de las armas modernas, una parte de las cuales serán compradas con los dineros provenientes de las expropiaciones y de los aportes de las masas mismas y la mayoría de ellas arrebatadas al enemigo en los combates. La fuente principal de aprovisionamiento de armas e incluso de hombres para la guerra popular y el Ejército Popular lo constituyen las fuerzas armadas del enemigo.

LA GUERRA POPULAR ES LA NEGACIÓN DE TODA AVENTURA

La guerra popular es la guerra de las masas. No son las acciones militares de una vanguardia armada las que alzarán a la lucha armada a las masas por la conquista del poder; por el contrario, es el poderoso impulso revolucionario de las masas trabajadoras el que debe provocar las acciones militares de los destacamentos de vanguardia.

Son las masas las protagonistas de la historia y de la guerra popular. Quien sea capaz de conquistar a las masas tendrá asegurada la victoria. Nuestro principio es: **todo con las masas, nada sin las masas.** Ellas son el principal punto de apoyo, son la fuerza fundamental y el arma superior que decidirá la victoria. Son ellas las que se hacen invencibles al sumar todo su enorme caudal de energía revolucionaria. Esto significa que el partido debe canalizar su enorme potencial en el dominio de las leyes de la guerra, en el dominio de los medios científicos, materiales y técnicos para aniquilar al enemigo.

No es tarea del partido urdir conjuraciones y complots

contra las clases enemigas, sino organizar y dirigir a las masas para que ellas tomen en sus manos las tareas que la historia les ha encomendado. Toda idea contraria a esta orientación es aventurerismo y es negación de la guerra popular.

No existen atajos posibles, el partido que se proponga dirigir a las masas en la guerra debe aprender a marchar de la mano con ellas salvaguardando su parte más consciente de los "amigos" que siempre propondrán "camino cortos". Esto significa que en la actualidad los comunistas revolucionarios debemos desechar los cantos de sirena que nos proponen la creación de nuevos "focos maoístas" separados y de espaldas a la lucha de las masas, así como la ilusión

de dirigir las fuerzas armadas de la capa superior de la pequeña burguesía que ahora negocia un acuerdo reaccionario con las clases enemigas. Significa que debemos pugnar por ponernos al frente de las huelgas políticas de masas haciendo que esta forma de lucha se haga consciente y alcance nuevas proporciones tanto en cantidad como en calidad e incluso se transforme en insurrecciones como es su tendencia; significa igualmente, que debemos ponernos abiertamente y sin ninguna vacilación del lado de las masas que son víctimas de una guerra que no es la suya, apelar a la conciencia de los combatientes de base para que abandonen su dirección entreguista, se unan a las masas y aporten su experiencia militar para enfrentar las fuerzas de la reacción.



SU DESARROLLO MÁS PROBABLE SERÁ UNA GRAN INSURRECCIÓN QUE SE EXTENDERÁ A TODO EL PAÍS

Toda la experiencia de la lucha de la clase obrera en Colombia confirma que si la revolución no prepara sus fuerzas para dar los golpes decisivos en los centros de poder, la reacción aplastará la revolución por partes. Las bases de apoyo y las insurrecciones locales han sido derrotadas y han demostrado que no es posible obtener la victoria sino organizando una gran insurrección que abarque, por lo menos, los núcleos decisivos de la vida económica y política del país.

De la concentración de las masas en las ciudades y de la existencia de una parte importante de las clases revolucionarias en el campo, se desprende con fuerza de ley el que la guerra popular en Colombia abarque todo el país y adquiera la forma de una gran insurrección en ciudades y campos.

Es frecuente la creencia de que la insurrección se presenta como el resultado de un proceso espontáneo de acumulación de fuerzas pacíficas que de pronto estallan, así nada más; eso es no entender el "abc" del materialismo y la dialéctica; es la más clara declaración de espontaneísmo. La insurrección ciertamente es un rompimiento, es un salto de cualidad, pero es a su vez continuidad; si en el transcurso del movimiento anterior no se han creado todas las condiciones: ideológicas, políticas, organizativas, materiales y técnicas, la insurrección victoriosa no se producirá, así hayan madurado las condiciones, y las masas revolucionarias serán aplastadas.

La preparación de la guerra popular en su forma de insurrección exige resolver el problema del desarrollo y preparación de las fuerzas militares de las masas tanto en el campo

como en la ciudad; exige que el Partido desarrolle una gran habilidad en la conducción de los ataques y su coordinación en el tiempo a fin de garantizar la superioridad en corto tiempo una vez se lance a los ataques decisivos.

Igualmente, se cree erróneamente que la insurrección es un acto único y nada está más lejos de la realidad. Esta forma de guerra popular, normalmente, adquiere la forma de pocos y gigantescos combates precedidos y proseguídos por cantidad de acciones de menor envergadura que van desde las huelgas políticas y la lucha de calles y barricadas hasta las acciones de los destacamentos guerrilleros. Su complejidad estriba en que el proletariado generalmente debe lanzarse a la ofensiva sin contar todavía con el número suficiente de armas y sin tropas regulares, y en el transcurso de los combates deberá construir el Ejército Popular y arrebatar las armas en la batalla para poder aplastar al enemigo.

El Partido deberá trabajar pacientemente en la preparación de las masas para la guerra a través de su propia lucha; a su vez, en el transcurso de esta lucha, deberá aprender a dirigir ataques nacionales y a concentrar fuerzas sobre objetivos y blancos definidos; así como deberá formar los destacamentos y los cuadros que darán origen al Ejército Popular.

TENDRÁ COMO ESCENARIO PRINCIPAL LAS CIUDADES

Este principio se desprende del hecho de que las masas protagonistas de la guerra se encuentran principalmente en las ciudades. Es decir, la fuerza principal de la guerra popular es la clase obrera porque es la clase más numerosa en la sociedad y es quien decide la victoria.

La preparación de las masas obreras y populares de las ciudades para la insurrección es un trabajo paciente que no tiene atajos posibles. El trabajo cuidadoso y permanente y un espíritu entusiasta pero sereno en la lucha son la clave que permiten no lanzar la vanguardia a la aventura. La preparación de las masas en el arte de la guerra popular debe ser parte permanente del trabajo revolucionario sin el cual, el día de las batallas decisivas no se tendrá tiempo para hacerlo. A este respecto se pueden y deben crear desde ahora, desde cierto tipo de organizaciones como clubes de tiro y grupos de choque para enfrentar la policía en las movilizaciones, hasta organizaciones al estilo de milicias obreras, pasando por la guardia obrera para proteger dirigentes obreros y populares amenazados: en todas ellas, el Partido debe garantizar su dirección, tanto política como operativa.

Igualmente, desde ahora los comunistas deben hacer un trabajo paciente de reconocimiento de las ciudades con sus planos y la ubicación de los centros importantes; deben elaborar los planos detallados y hacerse a las informaciones precisas de la ubicación de los batallones, puestos de policía, agencias de inteligencia, centrales de teléfonos, estaciones de radio y televisión, etc.; así como de los lugares de residencia de los representantes políticos de las clases enemigas, de los jefes de las fuerzas militares, etc.

El trabajo revolucionario en las principales ciudades adquiere un carácter estratégico ya que las agudas contradicciones de la sociedad colombiana proporcionan grandes oportunidades para organizar acciones militares atrevidas, audaces y decisivas de los destacamentos avanzados del proletariado revolucionario apoyadas en el potente impulso revolucionario que la lucha de las masas proporciona. Si el partido no

está preparado para esas grandes oportunidades, perderá la iniciativa y posibilitará que las fuerzas de la reacción aplasten y bañen en sangre la rebeldía de las masas, tal y como sucedió el 9 de abril del 48; o que se pierdan posibilidades históricas y se prolongue la agonía de la opresión y explotación capitalista.

EL TRABAJO EN EL CAMPO ES DECISIVO

A pesar de que el escenario principal sean las ciudades, el campo ocupa un papel importantísimo en el desenlace final de la guerra que no sólo requiere de la coordinación en el tiempo de las insurrecciones, sino, lo más seguro, el desplazamiento de la guerra, en la forma de guerra regular, al campo una vez conquistado el Poder en las ciudades.

El campo tiene a su vez una enorme importancia en caso de una retirada estratégica de la revolución, en caso de que la insurrección sea derrotada. Como se sabe, la derrota en la guerra, es siempre una posibilidad y el proletariado debe estar preparado para ella y tener un plan de repliegue lo más ordenado posible.

El partido deberá esforzarse por conquistar a las masas campesinas para su programa, su táctica y sus métodos, para lo cual cuenta, como avanzadilla suya y núcleo dirigente, con el proletariado agrícola quien deberá materializar la alianza obrero-campesina tanto en la preparación como en el desarrollo de la guerra popular.

Los destacamentos armados de las masas en el campo deben ser la vanguardia armada de las masas del campo, su núcleo dirigente en la insurrección y escuela de los futuros mandos y combatientes del Ejército Popular. Su organización debe ser flexible, es decir, capaz de obrar con independencia; debe ser móvil o capaz de cambiar rápidamente los procedimientos y métodos; su estructura debe permitir al Partido dirigirlas tanto política como operativamente; y debe ser sencilla, tan simple, que permita la incorporación de las masas a ellas de forma permanente.

La creación de distintas formas de organizaciones militares de las masas en el campo desde ahora es necesario, no sólo para el desenlace final de la guerra, sino para hacer frente a la guerra contrarrevolucionaria que las clases dominantes adelantan por períodos en el campo, ya sea de manera abierta con las tropas del ejército y la policía, ya sea con la creación de los grupos paramilitares. En Colombia, la ley del desarrollo del capitalismo en el campo es la expropiación violenta de sus medios de producción a los campesinos y a esa violencia reaccionaria sólo es posible responder con la violencia revolucionaria.

EL TRABAJO EN LAS FILAS DE LAS FUERZAS MILITARES DEL ENEMIGO ES ESENCIAL

Quien pretenda dirigir la guerra popular debe examinar de forma seria la cuestión del ejército, factor decisivo en la guerra. El movimiento revolucionario en Colombia ha despreciado el trabajo en las filas del ejército enemigo: lo ha visto únicamente como blanco de ataque, sus efectivos son aniquilados, pero jamás, o en muy contadas ocasiones, se les ha explicado los motivos de la lucha revolucionaria.

El principio del Partido Comunista es que debe realizar

un trabajo revolucionario donde haya masas concentradas. El ejército, la marina y la policía burguesas agrupan varios centenares de miles de jóvenes proletarios y campesinos, que al igual que los obreros, los campesinos y las demás masas populares, son terreno abonado para recibir las consignas y las ideas revolucionarias.

Si tenemos en cuenta que el ejército, la policía y la marina son los principales instrumentos de opresión, los principales medios por los que el Estado burgués combate al proletariado revolucionario, hay que desarrollar el trabajo revolucionario dentro de sus filas para destruirlos por dentro, para minar su moral, para hacer que, en los momentos decisivos, por lo menos una parte importante de ellos se pase a las filas de la revolución. Esa es la experiencia de todas las revoluciones triunfantes. Así mismo, si el Partido renuncia directa o indirectamente a este trabajo esencial se verá expuesto a consecuencias peligrosas para la revolución. Ésta también es la experiencia tanto extranjera como propia.

El trabajo revolucionario en las filas de las fuerzas armadas enemigas debe realizarse, tanto en el periodo de acumulación de fuerzas revolucionarias, como, y aún más intensamente, en el periodo de ascenso de la revolución. Este trabajo no es menos importante que el trabajo del Partido en otros terrenos como el trabajo en el frente de la cultura, de la mujer o de la juventud.



El partido deberá no sólo hacer propaganda general en las filas de las fuerzas enemigas; deberá también levantar las reivindicaciones de soldados y policías; deberá hacer que en su prensa se denuncien los miles de casos de despotismo y maltrato, e incluso deberá ingeniar la forma de hacer publicaciones exclusivas para este frente; deberá, igualmente, atender muy especialmente el trabajo de organización, el cual difiere enormemente de la labor en cualquier otro frente porque el enemigo se cuida con celo; él sí sabe cuán peligrosas pueden ser sus propias fuerzas.

La alharaca pequeñoburguesa contra el servicio militar obligatorio en los últimos años es no sólo pueril sino además reaccionaria. El proletariado no teme que se le instruya en el manejo de las armas modernas, sino que además lo exige; no se opone al servicio militar obligatorio sino que lo reclama porque sabe que es la forma más democrática que puede adquirir el ejército bajo el capitalismo; su contrario, el servicio militar voluntario, conlleva la reaccionarización en toda la línea pues le otorga al ejército el carácter de mercenario, lo hace más costoso y lo separa aún más de la clase que lo compone y dificulta mayormente el trabajo a su interior.

Sin que en la actualidad el trabajo en este frente sea el principal, los comunistas debemos proponernos trabajar al interior de las fuerzas militares con los objetivos de formar células en cada cuerpo de tropa del ejército, acercar a ellas toda la tropa con el fin de vincular sus reivindicaciones particulares al conjunto de las reivindicaciones de las masas de obreros y

campesinos, así como acercarla al programa y a las consignas revolucionadas. Las reivindicaciones concretas para el trabajo revolucionario entre los soldados y policías en la actualidad se pueden resumir en: aumento del salario, supresión de los castigos, reducción de la duración del servicio, aplicación del sistema territorial (prestación del servicio en el lugar o región de residencia), derecho a salir todos los días del cuartel y pleno derecho a la organización en sindicatos y a participar en la vida política.

EL EJÉRCITO POPULAR ES IMPRESCINDIBLE

Sin un ejército popular el pueblo no tendría nada. Este es un principio que emana de la necesidad de derrotar y aplastar a las clases enemigas, sus fuerzas armadas y todo su aparato de burócratas, así como de la necesidad de prevenir la intervención imperialista y la restauración capitalista por parte de las clases derrotadas. Sin un ejército poderoso con una alta disciplina y una moral inquebrantable los esfuerzos de la lucha se perderán.

Pero el Ejército Popular tiene que ser un ejército distinto a los ejércitos de las clases enemigas, no sólo por los nobles ideales que defiende y a quien sirve, sino además y sobre todo, porque debe ser la negación de todos los ejércitos.

Esto quiere decir que debe ser un ejército de obreros y campesinos que sirve a sus intereses y los defiende. En sus filas, la educación en las ideas del socialismo y la lucha contra las ideas y prácticas de las clases enemigas son una condición de su existencia.

Quiere decir que debe ser, no una fuerza separada de las masas y en su contra, sino una fuerza más de las masas, sólo un destacamento mejor organizado para el combate, es decir, debe ser parte del pueblo en armas.

Quiere decir que debe ser un instrumento para combatir, pero así mismo, un instrumento para hacer propaganda entre las masas, y un instrumento para producir a fin de no convertirse en una carga para las masas y la sociedad, tal y como hasta ahora han sido los ejércitos que se han convertido en cuerpos parásitos que viven a expensas de lo que producen las masas de obreros y campesinos.

Quiere decir que en sus filas se practicará la democracia económica, la democracia política y, hasta donde lo permita la disciplina, la democracia militar. Sus mandos serán designados de acuerdo a la experiencia y a la formación de los combatientes y deben ser rotados, no habrá castigos ni maltrato verbal y estará integrado por hombres y mujeres sin discriminación alguna.

Su creación parte de la preparación de sus mandos y combatientes a través de las miles de escaramuzas que se presentarán en el transcurso de la preparación de la insurrección, se formará en el transcurso de la insurrección y se consolidará finalmente, en el transcurso de la construcción del socialismo y en la lucha contra los intentos de restauración y en la defensa de la revolución ante la posible invasión imperialista.

EL ARMAMENTO GENERAL DEL PUEBLO ES EL FACTOR DETERMINANTE

Pero la derrota definitiva del imperialismo no se sucederá sin lucha y mientras tanto siempre existirá el peligro de

agresión imperialista y de restauración. Por consiguiente, no es suficiente la existencia de un Ejército Popular. Si las masas del pueblo no están armadas, ese ejército puede ser derrotado e incluso puede separarse de ellas e irse en su contra (el socialismo es lucha de clases y el proletariado no tiene garantizada la victoria de antemano), por tanto, el factor determinante de que el imperialismo no invada o sea repelido y de que el rumbo socialista de la sociedad no sea desviado es que las masas sean organizadas, entrenadas y armadas también.

Cada fábrica y cada unidad de producción debe contar con su Guardia Obrera y Campesina, toda la población debe familiarizarse desde temprana edad con el uso de las armas y vincularse por un corto periodo al Ejército Popular.

Las organizaciones desde las cuales las masas ejercen su Poder deben ser armadas, como garantía de que su mandato se cumpla; a fin de cuentas, *del fusil nace el Poder*, si las masas pierden el fusil también perderán el Poder.

No hay que esperar a que la insurrección se encuentre a la orden día o al borde del triunfo para armar a las masas. Como se dijo arriba, desde ahora mismo es necesario plantearse esta tarea.

TIENE QUE PREVENIR LA INTERVENCIÓN IMPERIALISTA

Colombia se encuentra en el «patio trasero» del imperialismo yanqui y tiene una importancia inmensa desde el punto de vista de sus intereses no solamente económicos sino políticos en la región, lo cual hace necesario prevenir desde el principio mismo su intervención militar, tan pronto sus intereses se sientan amenazados por la revolución.

Ahora mismo, sin encontrarse en evidente peligro sus intereses, Colombia se encuentra en el tercer lugar de los países beneficiarios de la «ayuda» militar imperialista yanqui y nada hace suponer que tal ayuda no siga creciendo. El peligro de invasión imperialista, siempre latente, cobrará mayor certidumbre en la medida en que la guerra popular se desarrolle, para lo cual el proletariado debe estar preparado.

Tal invasión, si se presenta antes del triunfo, hará más difícil la guerra popular pero no impedirá su victoria definitiva; ella obligará al proletariado a desarrollar una guerra prolongada de liberación, que le costará inmensos sacrificios; pero el final será el mismo: el pueblo colombiano ahogará en el mar de la guerra popular cualquier intento de dominación.

Si se presenta una vez conquistado el Poder, el proletariado deberá determinar unas disposiciones políticas especiales, una disposición especial de las tropas del Ejército Popular en las fronteras, unas medidas económicas especiales para la guerra y preparar a las masas para abastecer de tropas frescas, equipos y alimentos el frente de guerra.

El Partido no puede dejar de lado u olvidarse del estudio profundo de la rica experiencia internacional de la clase obrera en la guerra popular prolongada y prepararse desde ahora para esa lucha.

Toda la experiencia de lucha de los pueblos confirma que *todos los imperialistas son tigres de papel, son gigantes con pies de barro* que no pueden vencer a las masas revolucionarias cuando éstas se han lanzado a la guerra y si ellas cuentan con la dirección de un Partido Comunista. No tememos una invasión imperialista, no tememos sus bombas asesinas y su máquina de muerte: el día que osen poner el pie en nuestro territorio serán barridos por la furia de las masas. La

clase obrera no será inferior a los retos que la historia le plantea en el cumplimiento de su misión sagrada. De ello no debe haber ninguna duda.

Dos Tipos de Preparativos Para la Guerra Popular

Los marxistas leninistas maoístas nos encontramos haciendo los preparativos de la guerra popular, sin embargo, existen entre nosotros, dos caminos frente a esos preparativos:

De un lado, están quienes reducen tales preparativos a los aspectos casi puramente militares inmediatos; consideran que el Partido es para la guerra y creen que surgirá de la guerra. Sus preparativos están orientados, no a la construcción del Partido, Estado Mayor de la Guerra Popular, sino a la preparación de los equipos y destacamentos militares, o a una alianza con las fuerzas guerrilleras, según se deduce de sus planteamientos.

Comparten estas ideas, aunque con algunas diferencias, los compañeros del Grupo Comunista Revolucionario de Colombia, de la Organización Comunista de Colombia / m/m y de la Unión Comunista Revolucionaria.

Esta idea equivocada minimiza las tareas del Partido y, por eso, sus defensores se han rehusado a la investigación científica de la sociedad colombiana que permita la elaboración del Programa político para movilizar a las masas a la guerra, toda vez que allí se consignan las tareas de la revolución, las fuerzas de clase y por tanto de allí se deriva la línea militar.

Las ideas «izquierdistas» que subestiman la necesidad de poner la política al mando conducen a los camaradas a despreciar y a rehusarse a la discusión programática que delimita campos, aclara dudas y permite corregir los errores en los asuntos decisivos de la revolución.

Como consecuencia de todo lo anterior, no han podido elaborar una línea militar coherente con la realidad y por tanto carecen de un plan estratégico de guerra, primera condición de quien quiera dirigir una guerra.

Esto no puede conducir sino **a la impotencia y la palabrería o a la aventura.** No es casual que por varios años se esté hablando del «inicio» de la guerra popular, de transformar la guerra actual en guerra civil revolucionaria, y de la lucha armada como forma principal de lucha de las masas, sin que hasta ahora las palabras hayan sido plasmadas en hechos.

Pero además, en el caso de que los camaradas logran lanzarse a la guerra ahora, ello no dejaría de ser una nueva aventura. Porque **su guerra no sería una guerra de las masas;** una aventura de «salvadores» y «héroes» aislados de ellas y una nueva reedición del foco guevarista con ropaje maoísta. Si esto no fuera así, la clase obrera y las masas conoceríamos sus planes y propósitos.

Finalmente, incluso en el caso de que logran hacer un frente con las fuerzas guerrilleras de la pequeña burguesía, que ahora negocian la «paz», tal guerra seguiría siendo una guerra contra el pueblo, como hasta ahora lo es; que los marxistas leninistas maoístas incidan, e incluso dirijan esas organizaciones, no cambia la esencia del fenómeno: esa guerra no es una guerra por la revolución socialista como lo exige la sociedad, no es siquiera una guerra que se proponga democratizar el campo, sino que es una guerra reaccionaria por la renta diferencial del suelo.

Desde el punto de vista de la concepción, no son mate-

rialistas, pues no tienen en cuenta la materialidad de los asuntos: la caracterización de la sociedad, sus clases, los amigos y los enemigos y, sobre todo, no tienen en cuenta la fuerza material de la guerra popular, no se han percatado que la materia básica de la guerra son las masas y principalmente las obreras.

Desde el punto de vista de la posición de clase, los compañeros adoptan la posición de clase del pequeñoburgués desesperado que pretende encontrar atajos dada su condición de clase propietaria arruinada y lanzada a la miseria.

Desde el punto de vista del método, son subjetivos, no entienden la dialéctica en la guerra. Sus planes son un secreto que sólo ellos conocen porque desconfían de las masas o porque creen ingenuamente que, si los dan a conocer, el enemigo puede descubrirlos e impedir su realización.

Del otro lado estamos los que sabemos que el partido no es sólo para la guerra, sino ante todo para dirigir y organizar toda la lucha de la clase obrera hasta el comunismo. Sabemos que el **dispositivo principal y más importante** en la preparación de la guerra popular es el Partido y nuestros mayores esfuerzos están encaminados a ese objetivo **estratégico vital**.

Consecuentes con ello, hemos elaborado un proyecto de programa, basado en el análisis científico de la sociedad colombiana, el cual determina las tareas de la revolución; programa que es la brújula sin la cual absolutamente nadie es capaz de navegar y llegar a buen puerto en el mar de la guerra popular.



Basados en ese conocimiento, hemos elaborado la teoría de la guerra popular en Colombia; hemos descubierto sus leyes generales, y hemos armado al proletariado con un nuevo arsenal valiosísimo brindándole **un plan estratégico de la guerra popular**. Hemos dado, pues, los pasos más serios, más firmes y más decisivos en la preparación de una auténtica guerra popular, porque hemos hecho los preparativos estratégicos para garantizar su victoria.

Pero además, fieles a la idea revolucionaria del marxismo según la cual son las masas las hacedoras de la historia y de la guerra, prestamos atención a elevar sus formas de organización y de lucha, contribuimos a hacer conscientes (mediante la propaganda y la educación) y a generalizar las nuevas formas que están surgiendo en el actual ascenso de su movimiento.

Hemos dado a conocer a las masas la experiencia de su propia lucha y la de sus hermanos en Rusia, China, Perú, Nepal, etc. Hemos mantenido una propaganda sistemática en torno a la idea de la violencia revolucionaria y de la guerra popular para conquistar el Poder político y destruir el Estado burgués. En fin, hemos creado opinión pública y conciencia en torno a la necesidad de la guerra popular y hemos señalado sus objetivos.

Desde el punto de vista de la concepción somos materialistas que, al analizar el desarrollo económico-social, hemos descubierto las leyes de la guerra popular en Colombia, encontrando las fuerzas de la revolución y, sobre todo, nos apoyamos en las masas obreras y campesinas, la fuerza material para preparar una verdadera guerra popular.

Hemos descubierto la dialéctica de la guerra popular en Colombia. Presentamos a la clase obrera nuestras ideas y planes, y estamos seguros que el enemigo jamás podrá impedir su realización porque la guerra popular es invencible.

Fieles a la clase obrera y a su doctrina nos preparamos para una lucha larga y paciente, no esperamos triunfos rápidos y no nos desesperamos porque sabemos que la guerra popular no tiene atajos y porque tenemos la convicción científica que el futuro, pese a las vicisitudes, pertenece a las masas de obreros y campesinos pobres.

Conclusión General

Tanto los comunistas revolucionarios como las masas de obreros y campesinos debemos conocer las leyes de la guerra popular; por consiguiente, es completamente erróneo y corresponde a la concepción burguesa del mundo ocultar a las masas los asuntos concernientes a **su guerra** y a los preparativos para ella porque niega su papel protagonista en la historia, se constituye en una desviación «izquierdista» que desconfía de la actuación consciente de las masas en la guerra y termina, independientemente de su voluntad, o utilizando a las masas como carne de cañón, o suplantándolas por las «acciones heroicas de los salvadores» como ha sucedido en Colombia en casi toda su historia. Mao consideraba este asunto de la participación consciente de las masas en la guerra como un «problema de primera importancia» e insistía en que, a excepción de los secretos militares, la movilización política consciente de las masas para la guerra debe realizarse abiertamente.

La Guerra Popular en Colombia será la obra consciente de las masas populares dirigidas por el Partido Comunista Revolucionario, para lo cual se requiere que ellas comprendan las leyes de la guerra en general y las leyes particulares de la guerra popular en Colombia. La misión del Partido no es suplantarse a las masas ni conducirlos como si fueran borregos o carne de cañón en la guerra sino elevar su nivel de comprensión y hacer consciente su participación en ella.

La revolución proletaria en Colombia se propone la expropiación de los medios de producción ahora en manos de la burguesía, los terratenientes e imperialistas, tarea política que no podrá realizarse sin una lucha encarnizada y a muerte y que sólo podrá alcanzar la victoria a través de la Guerra Popular. La Guerra Popular en Colombia es entonces la continuación de la política revolucionaria de la clase obrera por medio de la violencia revolucionaria para aniquilar las fuerzas armadas enemigas, destruir el Estado burgués-terrateniente y proimperialista e instaurar la dictadura del Proletariado que abra el camino a la construcción socialista.

La Guerra Popular en Colombia es la forma superior de la lucha política de las masas, es inevitable porque las clases dominantes han respondido con la violencia reaccionaria a las justas aspiraciones de las masas, han enviado al ejército a sofocar huelgas y manifestaciones pacíficas; han despojado a sangre y fuego a los pobres del campo; han obligado a enseñado a los obreros y campesinos a responder con la lucha

armada revolucionaria, con la guerra popular a sus atropellos: han puesto al orden del día la necesidad de preparar a las masas para la guerra en cada combate de clase.

En la actualidad la forma principal de lucha de las masas en Colombia son las huelgas políticas que son a su vez formas de lucha preparatorias de la lucha armada y condición necesaria para la insurrección. Es decir, la lucha armada, que ha ocupado el lugar de forma principal de la lucha de las masas en diversos períodos de la lucha de clases, como por ejemplo en el período de "la violencia", ha pasado a un segundo lugar, sólo para dar paso a nuevas formas de lucha que conducirán inevitablemente a ponerla nuevamente como forma principal de lucha sobre una nueva base; ya no como lucha defensiva contra las clases reaccionarias, sino como lucha ofensiva por el Poder del Estado.

En Colombia, la Guerra Popular que llevará al proletariado a la victoria deberá aniquilar las fuerzas armadas al servicio de la burguesía, los terratenientes e imperialistas. La insurrección armada de los obreros y campesinos tendrá como objetivo inmediato aniquilar las fuerzas de policía, de la aviación, la armada y el ejército a fin de conservar las fuerzas armadas del pueblo y crear el Ejército Popular. Esto es, mientras el proletariado y las masas del pueblo destruyen y aniquilan las fuerzas de las clases reaccionarias deben crear en el transcurso mismo de esta lucha sus propias fuerzas militares: guardia, milicias y Ejército de obreros y campesinos.

Una vez lanzados los ataques decisivos contra la fortaleza enemiga, la clase obrera debe mantener la ofensiva a toda costa hasta aniquilar las fuerzas vivas del enemigo; si no logra mantenerse a la ofensiva hasta la destrucción total de las fuerzas de la reacción, permitirá que ellas se reorganicen y hagan más prolongada y sangrienta la lucha; mejor dicho, sin aniquilar al enemigo, sin despojarlo de cualquier posibilidad y medio de resistencia, es imposible conquistar el Poder en todo el país y prevenir la intervención armada del imperialismo.

En Colombia, algunas organizaciones marxistas leninistas maoístas le proponen a la clase obrera realizar una guerra que establezca bases de apoyo en el campo para rodear las ciudades desde allí. Esta vía desconoce el carácter capitalista de la sociedad colombiana, y por consiguiente la importancia estratégica de las ciudades donde las masas, protagonistas de la guerra, se concentran; por consiguiente, proponen un camino que no conllevaría a aniquilar las fuerzas del enemigo, sino a desgastarlo en una guerra de guerrillas tal y como se ha presentado hasta ahora con la lucha librada por la pequeña burguesía. En Colombia, a diferencia de los países semifeudales, el programa de la revolución no tiene como centro la lucha por la tierra, que obligaría a desarrollar una guerra campesina donde la fuerza principal la constituyen los campesinos y a establecer bases de apoyo para aniquilar al enemigo, sino la socialización de todos los medios de producción, lo cual pone como escenario principal las ciudades donde se encuentran las fuerzas principales de la revolución que deben aniquilar al enemigo; es decir, los compañeros equivocan los

blancos y las tareas de la revolución y por tanto su estrategia no conduce a aniquilar el enemigo sino a desgastar las fuerzas de la revolución y al fracaso. La Guerra Popular en Colombia deberá conquistar primero las grandes ciudades y avanzar por todo el país a fin de impedir la reorganización de las fuerzas reaccionarias y la invasión de las tropas imperialistas.

La Guerra revolucionaria del pueblo colombiano culminará con los enfrentamientos cuerpo a cuerpo entre las fuerzas armadas de la revolución y las fuerzas armadas de la contrarrevolución: en lucha de barricadas y en operaciones y batallas a campo abierto. La posible agresión e invasión imperialista no cambia esta ley; finalmente, las fuerzas reaccionarias serán aniquiladas en combates cuerpo a cuerpo. Por el carácter de la guerra popular que dará el triunfo a la clase obrera en Colombia, las fuerzas revolucionarias deberán lanzarse a los combates decisivos contando con la superioridad numérica de los combatientes pero encontrándose en inferioridad desde el punto de vista del armamento, el cual deberá ser arrebatado en su mayoría al enemigo en el campo de batalla; el proletariado está obligado a cambiar rápidamente esta relación y en el transcurso de pocas horas garantizar la superioridad no sólo numérica en combatientes sino también en armas. En palabras de Marx y Engels retomadas por Lenin: «Hay que concentrar en el lugar decisivo y en el momento decisivo una gran superioridad de fuerzas, porque, de lo contrario, el enemigo, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurrectos».



Las fuerzas militares reaccionarias en Colombia cuentan con varios centenares de miles de combatientes organizados en la policía, la aviación, la marina y el ejército; cuentan con un mando unificado a pesar de que existe división en el seno de las clases dominantes; están bien dotadas y cuentan con el apoyo logístico y la asesoría técnica y operativa del imperialismo; han sido innumerables las derrotas que han sufrido en diferentes operaciones guerrilleras y han sido impotentes para derrotar las guerrillas, consideradas las más antiguas del continente; a pesar de que poseen una larga tradición en la guerra irregular son altamente vulnerables pues están conformadas en su inmensa mayoría por obreros y campesinos lo que las hace inseguras y vacilantes; las contradicciones de clase en su seno son muy agudas y las convierten en un blanco fácil de las ideas revolucionarias para lograr su descomposición por dentro, trabajo que es decisivo para el resultado final de la guerra popular: muchos serán los combatientes de la guerra popular que saldrán de allí.

El proletariado es la fuerza principal de la guerra popular pues suma cerca de treinta millones en la sociedad colombiana, cuenta igualmente con una inmensa trayectoria de lucha que va desde la realización de varias insurrecciones, hasta la participación en la lucha guerrillera dirigida por la pequeña burguesía desde el 60; cuenta además con el campesinado pobre y medio como combatiente de primera fila cuyas fuerzas son numerosas y su experiencia militar invaluable ya que ha participado en las sucesivas guerras civiles desde el siglo XIX y constituyen la mayoría de los combatientes de los grupos

guerrilleros actuales. La debilidad de las fuerzas revolucionarias está en que no han contado con una dirección estratégica, con la dirección del Partido Comunista Revolucionario.

El ascenso de la lucha de masas actual indica la existencia de una ofensiva táctica en la situación de defensiva estratégica, frente a la cual el proletariado revolucionario debe ponerse a la cabeza esforzándose por que las masas conquisten victorias aprovechando la división en el seno de las clases enemigas. En esta situación, debemos procurar por que la revolución avance lo más posible, estar alerta a las nuevas formas de organización y de lucha que están surgiendo y que surgirán para hacerlas conscientes y generalizarlas de tal forma que todo el movimiento actual se convierta en escuela de la guerra popular.

El proletariado necesita del Partido Comunista Revolucionario de Colombia como instrumento que garantice la dirección estratégica de la Guerra Popular, quien deberá mantener una lucha decidida contra las desviaciones tanto de derecha como de "izquierda" manteniendo firme el rumbo estratégico de la lucha. A su vez, el Partido deberá despertar la iniciativa de las masas y prepararlas, a través de los múltiples enfrentamientos con sus enemigos, hacia la conquista del poder. Con justeza decía Stalin que *«El Partido es el Estado Mayor de combate del proletariado»*. Y Por tanto *«tiene que marchar al frente de la clase obrera, tiene que ver más lejos que la clase obrera, tiene que conducir tras de sí al proletariado y no arrastrarse a la zaga del movimiento espontáneo.»* (Los Fundamentos del Leninismo, ELE Pekín, págs. 110, 111).

Para que el partido pueda mirar lejos necesita basarse en la ciencia del marxismo leninismo maoísmo, tener un programa científico de la revolución y tener un profundo conocimiento de la historia; para que pueda marchar al frente de la clase obrera necesita tener un profundo conocimiento del movimiento práctico y poseer el método y el estilo del proletariado revolucionario que le posibiliten dirigir trabajando, no desligarse de las masas para elevarlas al nivel de comprensión de su programa y de su misión tanto en las tareas generales de la revolución como en la guerra popular. Sólo así se puede entender que el Partido pueda cumplir el papel de estado mayor de la clase obrera y de dirigente estratégico de la revolución y la guerra popular.

Las agudas contradicciones de la sociedad colombiana ocasionan que se presenten con frecuencia condiciones para levantamientos violentos o armados de las masas tanto en el campo como en la ciudad: la experiencia de huelgas que se transforman en insurrección o en conatos de ella son varias, el levantamiento armado de los campesinos y semiproletarios contra las bandas de asesinos al servicio de las clases dominantes también tiene su historia. Esto indica que serán muchos y variados los levantamientos de las masas que no conducirán necesariamente a la conquista del poder en todo el país, pero que sí permiten al Partido y a las masas aprender el arte de la insurrección y el ejercicio del poder así no sea más que local y temporalmente. En cada caso de éstos el Partido debe esforzarse porque la revolución avance lo más posible y a la vez tener un plan de retirada que evada la contraofensiva de las clases reaccionarias.

El Partido Comunista Revolucionario de Colombia debe prepararse para maniobrar con acierto en caso de que la insurrección no logre coronar la victoria en todo el país, o en caso de que la invasión o intervención imperialista se presente

antes de conquistar el poder, lo cual le obliga a tener un plan de retirada estratégica que le posibilite mantener concentradas sus fuerzas y reorganizarse para lanzarse nuevamente a la ofensiva. Aunque no es posible establecer desde ahora cuál será el camino que obligaría a adoptar una retirada estratégica, debemos prever que la insurrección popular puede transformarse en una guerra prolongada que implicaría el establecimiento del poder obrero en una parte del país para dirigir desde allí la contraofensiva estratégica de la revolución.

En la actualidad, la principal tarea de los comunistas para poder dirigir con acierto la guerra popular en Colombia, es elaborar la línea militar de la revolución, lo cual exige el estudio del arte de la guerra, y en particular de la rica experiencia de la lucha militar del proletariado internacional y de la propia experiencia en Colombia, el estudio de la realidad colombiana y la aplicación creadora del marxismo leninismo maoísmo a ella.

Esta tarea, sin embargo, no está desligada de la propaganda permanente a la necesidad de la guerra popular para alcanzar los objetivos de la clase obrera; así mismo, deben disponer sus fuerzas de acuerdo al periodo actual de la revolución para conducir con acierto el esfuerzo de la guerra popular, cuya necesidad se hace sentir sobre todo en las zonas de violencia en el campo, pero también en las zonas urbanas; los grupos de choque para la defensa de las masas en las demostraciones callejeras y la milicia obrera y campesina son formas de organización militar que ya se han puesto al orden del día por parte de las propias masas y se deben generalizar; esto exige que en cada Célula y Comité los secretarios militares se pongan al frente de la lucha militar de las masas, así como crear las Comisiones Militares en los distintos niveles de Dirección a fin de garantizar la dirección política práctica sobre las fuerzas militares populares.

En conclusión, como dijimos al principio de este documento, el camino de la revolución proletaria en Colombia es la Guerra Popular, cuyo desarrollo más probable será una gran insurrección que alcanzará todo el país y tendrá como centro las principales ciudades. Sus objetivos son aniquilar las fuerzas armadas del enemigo, destruir el Estado burgués-terrateniente y proimperialista y construir el Estado socialista de obreros y campesinos, basado en el armamento general del pueblo. En el transcurso de ellas, el proletariado deberá organizar el Ejército Popular como parte del pueblo en armas para impedir la restauración del poder de las clases reaccionarias, prevenir la intervención imperialista y garantizar un repliegue estratégico en caso de ser derrotado.

La acumulación de fuerzas para las batallas decisivas se realizará a través de las múltiples formas de la lucha revolucionaria de las masas que van desde las huelgas económicas y las movilizaciones por reivindicaciones inmediatas, hasta las huelgas políticas, la lucha de barricadas, la lucha guerrillera y las insurrecciones locales; lo cual exige al proletariado revolucionario estar atento a hacer conscientes y generalizar las nuevas formas de organización y de lucha que, con seguridad, aparecerán en el transcurso de esta. El dispositivo estratégico principal para garantizar su victoria es la existencia del Partido Comunista Revolucionario de Colombia quien deberá estar preparado para dirigir a las masas en las innumerables oportunidades que se presentarán para conquistar el poder, dadas las agudas contradicciones en que se desenvuelve la sociedad colombiana.

José Núñez
(Abril de 2001)

La emancipación de la mujer y la perspectiva del Comunismo

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales.

(Marx y Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*)

Sólo la gran industria de nuestros días le ha abierto de nuevo— aunque sólo a la proletaria—el camino de la producción social. Pero esto se ha hecho de tal suerte, que si la mujer cumple con sus deberes en el servicio privado de la familia, queda excluida de la producción social y no puede ganar nada; y si quiere tomar parte en la industria social y ganar por su cuenta, le es imposible cumplir con sus deberes de familia. Lo mismo que en la fábrica, le acontece a la mujer en todas las ramas del trabajo, incluidas la medicina y la abogacía. La familia individual moderna se funda en la esclavitud doméstica franca o más o menos disimulada de la mujer, y la sociedad moderna es una masa cuyas moléculas son las familias individuales.

... el carácter particular del predominio del hombre sobre la mujer en la familia moderna, así como la necesidad y la manera de establecer una igualdad social efectiva de ambos, no se manifestarán con toda nitidez sino cuando el hombre y la mujer tengan, según la ley, derechos absolutamente iguales. Entonces se verá que la manumisión de la mujer exige, como condición primera, la reincorporación de todo el sexo femenino a la industria social, lo que a su vez requiere que se suprima la familia individual como unidad económica de la sociedad.

(Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, 1884)

Las tesis deben subrayar con rigor que la verdadera emancipación de la mujer solo es posible a través del comunismo. Es preciso esclarecer profundamente el nexo indisoluble entre la situación de la mujer como persona y miembro de la sociedad y la propiedad privada sobre los medios de producción. Así delimitaremos con toda precisión los campos entre nosotros y el movimiento burgués por la "emancipación de la mujer". Esto sentará también las bases para examinar el problema femenino como parte del problema social, obrero, y por tanto permitirá vincularlo firmemente con la lucha proletaria de clase y con la revolución. El movimiento comunista femenino debe ser un movimiento de masas, debe ser una parte del movimiento general de masas, no solo del movimiento de los proletarios, sino de todos los explotados y oprimidos, de todas las víctimas del capitalismo. En esto consiste la importancia del movimiento femenino para la lucha de clase del proletariado y para su misión histórica creadora: la organización de la sociedad comunista.

(Lenin, 1920, citado en *De los recuerdos sobre Lenin*, Clara Zetkin)

Donde hay terratenientes, capitalistas y comerciantes, no puede haber igualdad entre el hombre y la mujer, ni siquiera ante la ley. Donde no hay terratenientes, capitalistas ni comerciantes, donde el poder de los trabajadores constituye una nueva vida sin estos explotadores, existe igualdad entre el hombre y la mujer ante la ley. Pero esto no basta.

La igualdad ante la ley no es necesariamente la igualdad en los hechos.

Necesitamos que las obreras consigan la igualdad con los obreros, no solo ante la ley, sino en los hechos. Para ello es preciso que las obreras participen cada vez más en la administración de las empresas sociales y en la administración del estado.

Al participar en la administración, las mujeres aprenderán con rapidez y se pondrán a la misma altura que los hombres. (...)

El proletariado no puede lograr la victoria completa sin conquistar la plena libertad para la mujer.

(Lenin, 21 de febrero de 1920, "A las obreras", *Obras completas*, tomo 32)

Lamentablemente, de muchos de nuestros camaradas aún se puede decir: "Escarbad en un comunista y encontraréis a un filisteo". Naturalmente, es preciso escarbar en el punto sensible: en su psicología con relación a la mujer. ¿Existe prueba más evidente que el hecho de que los hombres vean con calma cómo la mujer se desgasta en el trabajo doméstico, un trabajo menudo, monótono, agotador y que le absorbe el tiempo y las energías; cómo se estrechan sus horizontes, se nubla su inteligencia, se debilita el latir de su corazón y decae la voluntad? (...)

Son muy pocos los maridos, hasta entre los proletarios, que piensen en lo mucho que podrían aliviar el peso y las preocupaciones de la mujer, e incluso suprimirlos por completo, si quisieran ayudar «a la mujer en su trabajo». No lo hacen, por considerarlo reñido con «el derecho y la dignidad del marido». Este exige descanso y confort. La vida casera de la mujer es un sacrificio diario en miles de detalles nimios. El viejo derecho del marido a la dominación continúa subsistiendo en forma encubierta. Su esclava se venga de él objetivamente por esta situación, también en forma velada: el atraso de la mujer, su incompreensión de los ideales revolucionarios del marido debilitan el entusiasmo de éste y su decisión de luchar. Estos son los pequeños gusanos que corroen y minan las energías de modo imperceptible y lento, pero seguro. Conozco la vida de los obreros, y no solo a través de los libros. Nuestro trabajo comunista entre las masas femeninas, nuestra labor política comprende una parte considerable de trabajo educativo entre los hombres. Debemos extirpar hasta las últimas y más pequeñas raíces del viejo punto de vista propio de los tiempos de la esclavitud. Debemos hacerlo tanto en el partido como en las masas. Esto afecta a nuestras tareas políticas, lo mismo que la imperiosa necesidad de formar un núcleo de camaradas—hombres y mujeres—que cuenten con una seria preparación teórica y práctica para realizar e impulsar la labor del partido entre las trabajadoras.

(Lenin, 1920, citado en *De los recuerdos sobre Lenin*, Clara Zetkin)

La familia, que surgió en el último período del comunismo primitivo, será abolida en el futuro. Tuvo un principio y tendrá un fin.... Históricamente, la familia era una unidad de producción, una unidad de consumo, una unidad para la procreación de la fuerza de trabajo de la siguiente generación y una unidad para la educación de los niños. (...) en el futuro la familia podrá convertirse en algo desfavorable al desarrollo de la producción. Bajo el presente sistema de distribución de "a cada quien de acuerdo con su trabajo", la familia sigue siendo útil. Cuando alcancemos la etapa de la relación comunista de distribución de "a cada quien según sus necesidades", muchos de nuestros conceptos cambiarán. Después de quizá unos milenios o al menos en unos cuantos centenares de años, la familia desaparecerá. Muchos de nuestros camaradas no se atreven a pensar en estas cosas. Tienen mentes muy estrechas. Pero los problemas tales como la desaparición de las clases y los partidos ya se han discutido en los clásicos. Esto muestra que el enfoque de Marx y Lenin era elevado, mientras que el nuestro es bajo.

(Mao Tsetung, 1958, "Pláticas en la conferencia de Chengtu",

Mao Tsetung espontáneo)